

Selecta

LUCIANA
V. SUÁREZ

Así es
como
la conocí



Así es cómo la conocí

Luciana V. Suárez

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Lista de deseos finales de Shane Holloway

Respecto al funeral: Un solo servicio funerario, con predominancia de flores blancas (nada muy colorido), sin ataúd, con la urna con cenizas en el frente. La canción principal debe ser *Celebration* de Kool & The Gang. Nada de llanto histérico y maniqueísta, sabes que no lo tolero (y sí, estaré viéndolo desde algún lugar).

Respecto al entierro: El sermón final debe ser corto y conciso. El epitafio de la lápida debe decir: “Vivió como quiso, y así también murió”.

Respecto al día después del entierro (en cuanto a ti): Dormirás hasta las diez, no más de eso. Después te levantarás, tomarás el desayuno como cada mañana, irás a dar un paseo por Prospect Park, después regresarás y te bañarás. Al mediodía almorzarás una tarta de pollo, y tomarás una copa de helado de *brownie* de postre. Por la tarde tocarás música, después ordenarás tu estante de cds (están hechos un desastre y llevan tiempo así). Llegada la noche quemarás lavanda, sándalo y coco (es bueno para el alma, de acuerdo a una mujer que conocí una vez), y después te acostarás a dormir, lo que hagas antes de dormirte no es mi problema, por lo que si quieres masturbarte o llorar hazlo, es decir, eres libre de hacerlo.

Respecto a los días siguientes: Regresarás a trabajar, seguirás transitando las mismas calles que antes de que yo me hubiera ido, seguirás viendo a la misma gente, seguirás escuchando la misma música, seguirás comiendo la misma comida (y disfrutándola), seguirás respirando el mismo aire, pero

cambiarás algo, por tu propio bien, romperás con Bonnie, o mejor dicho dejarás de verla, porque esa muchacha no es para ti, así que cuanto antes la saques de tu vida será mejor.

Respecto al mes siguiente: Llevarás la urna con mis cenizas al río Housatonic, en Kent, Connecticut, en donde las esparcirás, te hospedarás en la posada Lockwood, queda en la entrada al pueblo, junto a la ruta 7, sino ahí tienes el mapa, o GPS, o lo que sea que uses para guiarte hasta allí, y ahí te quedarás por una semana entera, en la semana que tú escojas (aunque supongo que te vendrá mejor la primera semana), allí descansarás (es el lugar ideal para eso), comerás (la comida es deliciosa), explorarás el paisaje (el cual es muy idílico), rentarás un bote para remar por el río (ya verás cómo te gusta), cabalgarás a caballo (la sensación de montarte a uno es increíble) y conocerás a la gente que habita allí (son muy amigables por esa zona), y una vez que estés listo regresarás a Brooklyn.

Respecto al año siguiente: Seguirás con tu vida y serás feliz.

Con cariño desde el más allá, tu hermano Shane.

“Tan pronto te conocí supe que una aventura iba a ocurrir”.

A. A. Milne

Connor

Sábado 3 de junio

Creo que tú y yo sabemos que no quiero estar aquí, no me gusta el olor que destila este lugar, tengo la sensación de que las flores no son las indicadas, no conozco a la mayoría de las personas que vinieron, y creo que tú tampoco las conocías, papá no ha venido, pero no es de extrañar, dado que se encuentra en algún lugar de Europa con su nueva novia. Me pregunto si fuiste a algún lugar en donde está mamá, y si los dos me están viendo desde allí ahora mismo.

Se supone que debo leer un poema en tu honor, pero debe haber una equivocación dado que a ti no te gustaban los poemas, en su lugar leeré una oda que encontré sobre el río, porque sé cuánto te gustaban (a tal punto de terminar en el fondo de uno), pero no sé si podré hacerlo, porque a pesar de que en cierta forma estaba preparado para recibir tu muerte, fue más inesperada de lo que creí, fue más inesperada de lo que debió ser en realidad.

Sé que debí haber corroborado el tipo de servicio que escogiste, pero estaba tan abrumado por la noticia de tu muerte que me costó asimilarla, por lo que no lo hice, de todas maneras tú planeaste todo esto con antelación, no solo tu muerte sino también el servicio funerario, por lo que pensé que sería todo tal cual lo estipulaste, pero dudo que quisieras margaritas y girasoles como parte del banquete floral, y que *Now and forever* fuera la canción que hubieras escogido para tu funeral dado que esa era la canción que interpretaron en el

funeral de mamá y a ninguno de los dos nos gustaba por esa misma razón, nos recordaba a su funeral, pero a lo mejor cambiaste de parecer y escogiste esa canción, no tengo modo de saberlo.

Al final leí la oda en tu honor, pero sonó vacía y automática, como si la hubiera estudiado para un examen y no estuviera diciéndola de corazón, pero mi cerebro estaba desconectado de mi corazón en esos momentos, dado que me parecía estar soñando aquello y no viviéndolo.

Cuando regresé a mi departamento tuve que beber una copa de coñac, y después me fui a la cama, dado que no tenía apetito, ¿por qué lo tendría? Tú te has ido y yo debo quedarme en este sitio y seguir viviendo, sabiendo que tú nunca más lo harás.

Cerré los ojos, pero no me dormí de inmediato, ¿cómo iba a hacerlo? Si tú ya no dormirás, cerraste los ojos por última vez ayer por la madrugada, de acuerdo al forense debiste morir alrededor de las cinco y quince de la mañana, me pregunto qué fue lo último que viste, ¿acaso fue el sol que se estaba despertando por el este, asomándose de manera sigilosa, levantándose con el resto de la ciudad?, ¿o viste los edificios de la ciudad erigiéndose de forma majestuosa hacia el cielo? ¿O fue el Puente de Brooklyn que tan rígido y estoico se encontraba a tu derecha? ¿O fue el agua cristalina del Hudson que estaba llamándote como si fuera el canto de una sirena para que te sumergieras en lo profundo y no te dejara salir nunca más de ella? ¿Y qué oíste? ¿Acaso fue el coro de cláxones de los vehículos que pasaban por allí? ¿El clamor de voces de las personas que ya estaban despiertas? ¿O fue mi voz, Shane? ¿Fue mi voz fantasmal e incorpórea diciéndote al oído que no hicieras lo que ibas a hacer? ¿Qué fue lo que pensaste mientras el agua te penetraba hasta convertir tu interior en un contenedor líquido y cubrirlo por completo, impidiendo que tus pulmones volvieran a respirar? ¿Qué fue lo último que sentiste mientras te sumergías en la oscuridad para no ver la luz nunca más? ¿Fue miedo a no regresar?, ¿a saber lo que hay del otro lado de esa oscuridad?, ¿a saber si hay algo o nada en absoluto? ¿Fue alivio por saber que todo llegaba a su fin? ¿Fue

regocijo por culminar las cosas a tu modo? ¿Fue dolor porque todo se terminó de forma brusca? ¿Fue tristeza por todo lo que dejabas atrás? ¿Fue alegría porque a pesar de todo tuviste una vida plena? ¿Pensaste en alguien en particular? ¿En Victoria? ¿En tus alumnos? ¿En tus colegas? ¿En papá? ¿En mamá? ¿En mí? Supongo que nunca lo sabré, y supongo que tampoco debería importar, excepto que a mí me importa, porque tú eras mi hermano, mi único hermano, la única familia que me quedaba en cierto modo, y ahora ya no estás.

El domingo tuve que levantarme temprano para ir a tu entierro, aunque no me di cuenta de ello al despertarme, al principio pensé que sería un día tan normal y aburrido como cada domingo, pero al ver el esmoquin negro que posaba en la silla me percaté de por qué estaba allí, y entonces todo el día se tiñó de un tinte oscuro y sombrío.

Tras calzarme el esmoquin, bebí un café amargo a sorbos, y después partí hacia el cementerio Green-Wood, en donde tú estipulaste que debías ser enterrado, o más bien en donde tu lápida estará. Cuando llegué allí el lugar ya estaba colmado de gente, divisé entre la multitud a Tory, que estaba enfundada en un vestido negro algo holgado que contrastaba con su cabello rubio platinado, si bien tenía la cabeza agachada pude notar que estaba llorando, deslicé mi mirada hacia un grupo de niños que estaban aglomerados a un costado, con sus rostros tan compungidos que me dieron ganas de acercarme a abrazarlos, pero no lo haría dado que estaría fuera de lugar, además de que era probable que ellos tuvieran que terminar consolándome a mí. Escaneé con la vista a otras personas que parecían pertenecer a tu escuela, otros que eran tus vecinos y me saludaron con la cabeza, hasta que divisé a una figura conocida y me acerqué a él dado que no tenía más opción que esa, al principio no notó mi presencia, dado que estaba con la cabeza agachada, pero cuando alzó la vista me miró sorprendido, aunque no sé si porque estaba tan abstraído en sus pensamientos que no reparó en mi presencia, o porque no sabía cómo proceder a saludarme en vista de lo ocurrido.

—Connor, hola —dijo en tono solemne.

—Hola, papá —le dije sin estrecharle la mano o darle un beso, dado que en ese día no tenía ganas de tocar a nadie, el día anterior tuve que hacerlo en el funeral y fue de lo más agotador, además de que sentía que esos tactos estaban cargados de tensión y malas energías que podían traspasarme al tocarme.

—Es insólito, no creí que sería capaz de hacer tal cosa —dijo con voz tosca, sin vida, como si estuviera comentando cualquier otro suceso mundano y no tu muerte.

—Iba a morir de todas maneras, ¿sabes? —le dije, saliendo en tu defensa, tú hubieras hecho lo mismo por mí en su presencia.

—Sí, lo sé, pero no por ello se justifica lo que hizo, no tenía necesidad de acabar con su vida de esa forma, ¿tú estabas al tanto de que haría tal cosa? —me lo preguntó en tono demandante, como si fuera un niño de nuevo y estuviera recriminándome algo que había hecho.

—No, no sabía nada, así que me sorprendió tanto como a ti —le dije y después deslicé mi mirada hacia la parcela en la que había una lápida con una inscripción en ella, no había necesidad de un ataúd a la vista, dado que no había cuerpo para poner adentro.

—¿Y cómo es que incineraron su cuerpo? ¿Acaso él te lo pidió para más adelante, cuando se muriera? —me preguntó.

—Tengo entendido que él dejó su voluntad escrita, de hecho hasta pagó por todos los servicios funerarios y dejó órdenes de cómo se haría todo —le dije, dado que yo, como tu familiar más directo, me había encargado de llamar a los servicios funerarios cuando me avisaron que ya habías hecho los arreglos la semana anterior y habías pagado por todo, ahí no tuve más remedio que admitir que realmente habías decidido saltar al río y acabar con tu vida, porque cuando fui a la morgue a reconocer tu cuerpo, solo pude asentir mientras miraba lo pálido e inerte que estabas, yacías tan plácidamente sobre esa lámina plateada fría que cualquiera hubiera pensado que estabas tomando una siesta, tal vez por eso me costó aceptar por unas horas que realmente te

habías ido y que no ibas a regresar nunca más.

Un párroco se acercó y comenzó a leer un panegírico que fue breve y conciso, culminando con el hecho de que tu alma reposaría en un mejor lugar, en donde no hay dolor o sufrimiento, hambre o prejuicios, allí no hay maldad, todo lo que hay es bondad, allí no falta nada, y sobra todo, todos son iguales y hay amor para todos por igual, el tiempo no existe, es solo una lámina que se estira y estira, de manera interminable, pero que persiste de manera fija, y es una prolongación de la vida, de repente sentí que tenía cinco años de nuevo y estaba parado enfrente del ataúd de mamá, que al igual que aquel día también era domingo, solo que a diferencia de ese día estaba nublado y caía una llovizna fina de invierno, que tornaba al día aún más lúgubre de lo que ya lo era, tú estabas a mi lado en aquel entonces, tomándome de la mano, cuando el ataúd comenzó a descender lentamente yo emití un quejido, como si sintiera que mamá se iba a ir de poco hacia otro lugar y ya no regresaría nunca más, tú me apretaste la mano fuertemente y luego me susurraste al oído que debía ser un niño fuerte, que mamá nos estaba mirando desde algún lugar, no desde el ataúd, sino desde arriba, y a ella no le gustaba que lloráramos. Ahora tenía ganas de llorar, a pesar de que no había un ataúd descendiendo, pero no había nadie para que me tomara de la mano fuertemente.

Cuando finalmente aquello terminó, todos comenzaron a dispersarse para irse, yo comencé a caminar con pasos incómodos y débiles hacia la salida, habría un servicio más en tu honor en un restaurante cercano a tu casa, podría haber cambiado aquello para hacerlo en mi departamento, pero ambos sabemos que es demasiado pequeño para albergar a tanta gente. Una vez que logramos salir de allí, cada uno se subió a su auto y partimos rumbo hacia la misma zona.

Tras arribar al restaurante ya estaba todo preparado, al parecer encargaste un servicio de catering para que se ocupara de todo ello. Papá se desplazó por la sala, estrechando las manos de tus colegas, y yo me quedé junto a la mesa de la comida, intentando decidir qué servirme, o si lo haría siquiera, no tenía

apetito, pero no había comido nada desde el día anterior, y hacía tanto calor que temí desvanecerme, por lo que coloqué un par de tentempiés en un plato y mordisqueé algo, cuando sentí la presencia de alguien a mi lado, alcé la vista y encontré a Victoria parada enfrente de mí, tenía los ojos apagados y el rostro turbado.

—Hola, Connor, lamento mucho tu pérdida —me dijo con voz lánguida.

—Gracias, Tory, ¿cómo estás? —le pregunté más que nada por cortesía.

—Hummm, aquí —dijo, encogiéndose de hombros, después tomó un plato y comenzó a servirse rollitos de pizza—. Todavía no puedo creer que se haya ido, y encima de esa manera.

—Lo sé, tampoco yo —le dije y ella se volvió hacia mí con expresión incrédula, por un momento pensé que no había escuchado bien lo que le había respondido, pero luego me dijo:

—¿Acaso tú no lo sabías? —Al parecer todos creían que por ser tu único hermano, y tu familiar más allegado, debía estar al tanto de ello.

—¿Crees que lo hubiera dejado hacerlo si lo hubiera sabido? —le pregunté y ella se encogió de hombros de forma débil, como excusándose por pensar de esa forma.

—Lo siento, Connor, es que ustedes eran tan unidos que pensé que de alguna forma te lo había hecho saber y tú no habías podido impedirlo —me dijo.

—Pues no lo sabía —le dije y ella asintió con pesadumbre.

—Pues sé que debería decirte que de todas maneras más adelante moriría y tampoco había mucho por hacer, pero no debería haber hecho lo que hizo, Shane era muchas cosas, pero no un suicida —repuso con voz cansina.

—Lo sé, pero supongo que quiso terminar las cosas a su manera para evitar el dolor, y los hospitales, los odiaba, en realidad desde niños ambos los odiábamos —le dije, tratando de entender por qué hiciste lo que hiciste.

—Lo sé, y trato de entenderlo —dijo de forma comprensiva, después se quedó mirándome, con esos ojos grises suyos que tú decías que se asemejaban a los brillantes de mamá que posaban en la vitrina de la casa, porque si bien

tenían un brillo que a veces llegaban a cegarte un poco, si los mirabas por demasiado tiempo te dabas cuenta de que tenían una parte opaca.

—¿Tú hablaste con él últimamente? —le pregunté, tomando un rollo de pizza que descubrí que estaba exquisito, aunque tal vez se debía al hecho de que llevaba casi un día entero sin comer nada.

—No, la última vez que lo hice fue hace más de dos meses atrás —me dijo y yo asentí, a sabiendas de ello, es decir, de que esa vez tú decidiste romper con ella tras recibir la noticia de que tenías leucemia y era terminal, y no querías hacerla pasar por eso a ella—, pero recibí un email suyo el jueves por la noche.

—¿Ah sí? —le pregunté sorprendido.

—Sí, era breve, solo me agradecía por haberlo querido tal cuál era y por todos los momentos que pasamos juntos, y me deseaba que fuera feliz —repuso con la mirada perdida más allá de mi hombro, como si estuviera releendo el mail en una pared invisible—. Pensé que se estaba despidiendo a su manera porque cuando comenzara con el tratamiento no tendría las energías para hacerlo.

—Yo lo vi ese día por la noche, estuvo en mi casa comiendo algo —le conté recordándolo— y después, tras marcharse, supuestamente se iba a su casa, pero ahora sé que no fue así.

—Seguramente fue a despedirse de ti a su manera, dado que eras la persona más importante en su vida —repuso con voz queda, y a pesar de que me estaba mirando de manera directa parecía que no lo estaba haciendo

—Seguramente —le dije y después me despedí de ella y fui a saludar a nuestro padre, dado que quería largarme de allí lo más pronto posible.

—¿Tú te quedarás por aquí hoy? —le pregunté más que nada por cortesía, tal como lo harías tú si estuvieras aquí.

—No, enseguida debo regresar a Londres dado que debo prepararme para una reunión que tendré mañana por la mañana —me respondió, tal como lo esperaba—. ¿Tú qué harás?

—Iré a mi casa —le dije, dado que no planeaba ir a otro lugar, solo quería encerrarme en mi casa a pensar, o llorar, o lo que fuera.

—Lamento no poder quedarme más, pero si quieres ir hacia Londres conmigo puedo llevarte —me ofreció de manera amable, probablemente sea por las circunstancias, en otras condiciones no lo haría.

—No, gracias, tengo una vida aquí y cosas que hacer —le dije y él asintió.

—Bueno, si regreso para el 4 de julio te llamaré así vas a Albany y celebramos juntos —me dijo, pero ambos sabíamos que eso no ocurriría, él no estaría en Albany para el 4 de julio y no celebraríamos juntos nada.

—De acuerdo —le dije, aun así, porque eso es lo que tú también le hubieras respondido en mi lugar.

Nuestra despedida fue algo incómoda, y no solo por las circunstancias, sino porque era incómodo verlo, como siempre.

Una vez que llegué a mi piso me despojé del esmoquin y me sumergí en la bañera con agua helada, dado que necesitaba sentir el contacto de mi cuerpo con el agua relajante, pero de ahora en más asociaré el agua a tu muerte, Shane, sabes que me será inevitable hacerlo. Cerré los ojos por un momento, mientras sentía que mi cuerpo se deslizaba lentamente por debajo del agua, me dejé sumergir en ese estado de letargo y relajación que esa capa líquida me ofrecía, y sin darme cuenta de ello sumergí todo mi cuerpo en ella, mientras sentía que el agua se adentraba en mi interior.

No deben haber pasado ni dos minutos cuando saqué la cabeza del agua de forma brusca dado que me estaba ahogando, tosí un poco de manera agitada hasta que mi respiración se normalizó. Maldita sea, Shane, ¿cómo pudiste sumergir tu cuerpo en el agua por tanto tiempo y no desesperarte por salir de allí?

Quinn

Sábado 1 de abril

Si pudiera enviarle un mensaje a mi “yo” más joven le diría esto: no te cases joven, no vale la pena, hay tiempo para casarse, de hecho hay tiempo para todo, excepto para ser joven, solo se es joven una vez en la vida porque el tiempo pasa, nunca se detiene, dado que la estaticidad o la fijación no es una característica propia del mismo, por lo que está en constante fluir, como si fuera agua deslizándose por una superficie, y al igual que el agua una vez que llega a su cauce se pierde y no regresa más, por lo que eso fue lo que el matrimonio hizo conmigo, me quitó cosas, no me las dio, de acuerdo a Nicole, una de mis amigas que también se casó joven, debería tratar de encontrar las cosas positivas que me dejó, que en general se desprenden de las cosas negativas, pero me cuesta hacerlo, todo lo que recuerdo son gritos y llanto, y soledad y engaños, todo eso es tan fuerte que me cuesta recordar algo bueno, es como si todo lo malo hubiera cubierto lo bueno, como un chubasco que hubiera cubierto el sol de manera permanente. Probablemente la secuela más profunda que te deja un matrimonio fallido, o al menos uno como el mío, es que te cuesta volver a confiar en la gente, o más bien en la especie masculina, de acuerdo a Nicole no es en los hombres en quien no confío sino en mí misma, eso extrajo de las clases de yoga y terapia holística que imparten en nuestra posada, pero sea como sea, como resultado de mi primer matrimonio

fallido ahora no tengo citas, no puedo tenerlas, pero no solo por el tema de que no puedo confiar, sino también porque hace varios años que no tengo citas, desde antes de los veinte, por lo que estoy fuera de práctica. De todas maneras la falta de confianza no es lo único que me quitó mi primer matrimonio, sino también otras cosas como mis sueños profesionales, yo quería ser chef antes de casarme, dado que siempre tuve destreza para la cocina, y si bien tenía planes de asistir a alguna escuela de cocina, tras casarme aquel sueño voló en un instante, y lo más cercano que llegué a estar de la cocina fue trabajando en un bar, aunque al principio solo atendía mesas, como una camarera, pero después ascendí como ayudante de cocina y eso fue todo, pero era feliz de poder experimentar con recetas nuevas y de poder cocinarle a alguien, Lewis, mi ex marido, nunca apreciaba mucho lo que yo cocinaba, para él con una hamburguesa grasienta o una bolsa de frituras bastaba, por lo que eso tampoco le hacía bien a mi espíritu de cocinera, y de esposa, dado que quería tener a quien cocinarle y que quedara más que feliz y satisfecho con ello.

Tras divorciarme tuve que mudarme de nuevo a la casa de mi padre, dado que no podía seguir costeando un piso yo sola, y tampoco quería seguir viviendo en la misma ciudad en la que vivía mi ex esposo, por lo que me vi en la necesidad de regresar a Parkview, mi pueblo natal en Pensilvania, en contra de mi voluntad, aunque mi padre ya había muerto la casa seguía oliendo a él, así como el pueblo seguía siendo el mismo, si bien hacía tres años que no regresaba para allí para mí seguía luciendo igual de hostil y aburrido, nunca había renegado de vivir allí, pero nunca me había gustado tampoco, todo lo que recordaba de ese lugar era soledad y devastación, y veranos excesivamente aburridos, y desde luego también vergüenza, por ser huérfana de madre y porque mi padre pasara días enteros encerrado en una taberna de mala muerte, ahogando sus penas en copas de coñac, como resultado de ello no tolero beber alcohol o a los que lo beben de manera excesiva, pero volviendo al hecho de que me vi obligada a retornar a la casa de mi infancia, solo me quedé tres meses allí, porque por suerte al tercer mes una tía paterna

murió, aunque esa no es la parte afortunada, desde luego, aunque apenas tuviera recuerdos de esa tía nunca le desearía la muerte a una persona, ni siquiera a mi ex marido, pero la parte positiva de esa muerte fue que me legó su casa, a la que no tenía recuerdo de haber visitado, aunque recordé que mi madre me había comentado una vez que habíamos ido hacia allí, es decir, debía de ser ese lugar dado que había mencionado que era una tía de mi padre de Connecticut, la tía Georgette Dupree, la tía Georgette tenía una casa situada a las afueras de un pueblo llamado Kent, en el condado de Litchfield, junto a la frontera de New York. Sin pensarlo demasiado armé una valija con lo más esencial, puse en venta la casa de mi padre, y tras subirme a mi auto me marché hacia Kent.

Era una tarde templada de otoño cuando arribé en Kent, el cielo estaba esfumado en un gris semejante a la nicotina, las hojas de los árboles habían caído y yacían sin vida esparcidas en el suelo, pero todavía conservaban su color.

Kent era un pueblo de aspecto colonial, aunque todos los pueblos de Connecticut y de Nueva Inglaterra compartían esa particularidad adquirida tras la Guerra Revolucionaria en que la invasión de las tropas inglesas habían logrado la independencia de esas tierras, eso había leído en una lectura fugaz que había hecho en internet sobre el pueblo. El lugar en general destilaba un aire de tranquilidad y comodidad, pero la casa de mi tía descansaba en la tranquilidad exacerbada, dado que tal como señalaban los documentos de la hipoteca estaba ubicada a las afueras del pueblo, o entrada, dependiendo de cómo se lo mirase o desde donde se entrase, tuve que atravesar un puente de madera cubierto y tras salir de él di vuelta por un camino sinuoso hasta llegar a la casa.

La casa de mi tía era la única que figuraba allí, por lo que no habían casas vecinas, solo árboles que le hacían compañía, un río cruzaba por el frente y por detrás solo había una zona descampada. La casa tenía un estilo victoriano, por fuera estaba pintada en un blanco desvaído, contaba con dos plantas y un

porche delantero, parecía ser grande, por lo que debía adentrarme a ella para comprobar si también lo era por dentro.

Tras subir los dos peldaños que conducían al porche, saqué las llaves de mi cartera y abrí la puerta, el olor que me recibió era similar a la tierra y a algo que estuvo guardado por mucho tiempo, el recibidor era espacioso y frío y había tierra por todas partes, el techo era alto y los muebles algo anticuados pero en buen estado. La tía Georgette había muerto en junio, por lo que la casa llevaba casi cuatro meses cerrada. Abrí los enormes ventanales para que entrara luz y aire, y entonces la habitación dejó al descubierto su encanto, las paredes estaban pintadas en color claro con un diseño bien elaborado de flores encima. El piso era de linóleo, sospechaba que lo era en toda la casa. Había un par de cuadros que pendían de las paredes, con paisajes que claramente retrataban los alrededores dado que reconocía el río del frente en uno de ellos, y el puente que había atravesado en otro.

Examiné las demás habitaciones a través de un pasillo que las conectaba, había un comedor espacioso con una mesa larga de madera de caoba, acompañadas por sillas del mismo material, forradas con tela aterciopelada. La habitación del frente era una biblioteca con varios anaqueles que contenían muchos libros y un juego de sofá beige bien mantenido adornaba el resto de la sala. Las otras habitaciones eran una sala de estar y una oficina y la última habitación con puerta era una cocina enorme como la que siempre había ansiado tener dado que tenía una mesada larga hecha de alabastro, y varios estantes de madera, la cocina tenía un horno gigante y había una nevera con puertas dobles, me quedé un momento atrapada en esa sala, como si hubiera tenido un efecto magnético en mí y me hubiera dejado encantada.

El último salón que no contenía una puerta, sino que conectaba al pasillo con las habitaciones (al igual que el salón principal), era una especie de living trasero con una puerta doble que, tal como lo imaginaba, cuando la abrí descubrí que daba lugar a un patio trasero muy bonito dado que tenía varios sillones acolchonados, macetas, algunas estatuas, una fuente de piedra, una

piscina con agua bastante sucia, y un sin fin de flores que estaban bien mantenidas y rozagantes a pesar de que llevaban meses sin que nadie se ocupara de ellas, aunque de seguro el agua de las lluvias era quien se había encargado de regarlas. Si bien ese patio estaba cercado, a un lado se veía una especie de cobertizo y más allá una especie de granero rodeado de árboles, por lo que pensé que en algún momento debió de servir de granja.

Regresé al interior, abriendo las ventanas de todas las habitaciones a mi paso, y cuando llegué al primer salón subí por la escalera que se encontraba a un lado, tenía forma de caracol, pero estaba construida en un material parecido al mármol, no tenía tantos peldaños como pensé, por lo que tras llegar al rellano me quedé mirando al largo pasillo alfombrado que conducía a las habitaciones, habían doce en total, todas eran idénticas, a excepción de una que por los muebles más sofisticados, y las fotografías que habían esparcidas por allí, debió de pertenecer a la tía Georgette, tomé uno de los retratos que posaban en el estante que mostraban a una mujer algo robusta, de cabello cano recogido, rasgos pronunciados, como esas personas a las que eran difícil de ignorar, y ojos azules apagados, esbozaba una media sonrisa que parecía forzada, como si el fotógrafo le hubiera exigido que sonriera en contra de su voluntad, pero parecía ser buena en el fondo.

Dejé mi valija en la habitación del frente y después bajé de nuevo para ver qué tipos de arreglos necesitaba la casa, sin lugar a dudas necesitaba una mano de pintura en el exterior, y un par de arreglos minúsculos en el interior, tenía suerte de que no hubiera moho o algunas roturas, todo estaba en buenas condiciones, incluyendo los adornos que parecían ser de porcelana y acrílico, la tía Georgette tenía un buen gusto en cuanto a decoración se trataba, no sabía a qué se había dedicado en vida, probablemente su marido era quien trabajaba, aunque ciertamente no sabía si se había casado, tal vez solo había heredado aquella casa de sus padres, lo que sabía a ciencia cierta era que no tenía hijos sino se la hubiera dejado a ellos, no mencionaba ningún hijo en el testamento, de hecho no se mencionaba a ningún otro familiar aparte de mí, me

pregunté cuándo habría hecho aquel testamento, y si estaba lo suficientemente lúcida como para poner mi nombre en él, ¿qué habría significado para ella legarle la casa a alguien a quien apenas había visto en su vida y de quien tenía recuerdos vagos?, y que a pesar de tener un par de lazos sanguíneos que nos unía no tenía sentimientos por mí, como tampoco los tenía yo por ella en vista de la falta de contacto.

Me quedé sentada un rato en los peldaños del porche, con la vista directa al río, mientras pensaba en qué haría con la casa, ciertamente era muy grande para conservarla, me costaría muchísimo mantener su consumo de electricidad, eso sin contar cuánto me costaría limpiarla entera, además de que era muy grande para una sola persona, y yo no tenía empleo de momento, no sabía si lo encontraría tampoco o en qué consistiría, de seguro sería un empleo tan esporádico y mal pagado como los que había tenido en el pasado en los bares, tenía experiencia en ciertas áreas relacionadas a la cocina y a la limpieza, pero no estudios o diplomas, apenas había terminado la secundaria y solo porque todavía vivía con mi padre, si me hubiera largado antes de Parkview ni siquiera habría conseguido eso.

La otra opción que tenía, de no quedarme con la casa, era venderla, ¿e irme a dónde? No podía regresar a Pensilvania, por lo menos no a la casa de mi familia dado que ya la había puesto en venta, pero la decisión de venderla se había basado más en el hecho de no sentirla más mi casa que en el hecho de haber heredado otra, esa ya no era mi casa y ese ya no era mi pueblo, había sido parte mía hace un tiempo atrás, pero ahora ya no era mi lugar o mi hogar, pero esta casa y este lugar tampoco lo eran, por lo que debía decidir qué hacer con ella.

Cerré los ojos por un momento para absorber el aire pulcro que emanaba de aquel lugar, el ambiente olía a césped cortado y a agua fresca. Mantuve los ojos cerrados mientras una idea comenzaba a abrirse paso en mi cabeza, pero pensé que era absurda dado que no había forma de que pudiera llevarla a cabo, era muy arriesgado y requería mucho dinero y trabajo duro, pero en

cuanto mi casa de Pensilvania se vendiera tendría algo de dinero, y cuando se trataba de trabajo era muy responsable y cumplidora, y dado que esto se trataba de mi negocio, de mi propio sustento de vida, lo haría con más responsabilidad y determinación que nunca.

Al final me quedé a vivir en esa casa, dos semanas más tarde recibí el dinero de la venta de la casa de Pensilvania y lo invertí en los arreglos necesarios para la casa más la compra de otras cosas como mesas individuales, un estante grande, más utensilios, cubertería y otros elementos de cocina, así como televisores, teléfonos y ropa de cama para cada dormitorio, y un par de ordenadores, contacté al ayuntamiento para pedir una licencia de propietario y solicité una ayudante de cocina, dos mujeres para la limpieza y una recepcionista para abrir mi propia posada, la posada Lockwood, le puse mi apellido, nunca pensé que tendría un negocio y que el mismo llevaría mi apellido.

Así que desde hace casi tres años atrás que la posada Lockwood es mi hogar y también mi lugar de trabajo, finalmente conseguí algo que el matrimonio me había quitado: mi sueño de convertirme en la cocinera principal de un lugar, y de tener un lugar estable al que finalmente puedo llamar hogar.

Connor

Sábado 1 de julio

Mañana se cumplirá un mes desde que te fuiste, y me parece tan bizarro e irreal como tu muerte misma. El mundo se ha vuelto más apagado y sombrío desde entonces, también más grande, como si de repente la población hubiera aumentado, o como si la ciudad hubiera incrementado su anchura o volumen, pero no es así, es solo mi impresión dado que tú ya no estás aquí, sin ti la ciudad y la vida me parecen mucho más grandes pero a la vez pequeñas, porque de repente ya nada de eso importa, nadie importa, ni la gente o la ciudad, o la vida misma.

Cada día que pasa me cuesta más despertarme, cuando abro los ojos lo hago de modo diferente, sabiendo que algo ha cambiado en el mundo y entonces me embarga una sensación de tristeza, porque caigo en la cuenta de que nunca más veré tu rostro ni escucharé tu voz.

A veces me pregunto, ¿por qué tú? De todas las personas, ¿por qué tuviste que morir tú? Habiendo tantas personas malvadas, y otras que no tanto, pero que no aprecian tanto la vida, y tú no solo eras bueno sino que también adorabas la vida, ambos sabemos que de los dos yo soy quien debí haber muerto, no porque sea un malvado o porque no aprecie la vida, sino porque no soy tú, y tú eres el que debería seguir viviendo.

Recién ahora cumpliré con algunas de tus voluntades, me tomó casi dos días encontrar la lista que me habías dejado, se encontraba dentro del libro que me dejaste la última vez que te vi, *El extranjero*, de Albert Camus, en la página en donde la hoja se encontraba había una cita marcada que decía: “Dado que todos vamos a morir, es obvio que cuándo y cómo no importa”. Supongo que la dejaste allí con la intención de que la viera y comprendiera la decisión que tomaste.

Me temo que las primeras cláusulas de tu lista no se cumplieron debido a que la encontré dos noches después de tu entierro, pero trataré de cumplir con las demás, con respecto a Bonnie me temo que te decepcionaré dado que sigo viéndola, de hecho la he visto con más frecuencia en el último mes y he tenido sexo cada noche con ella, excepto que fue algo desgastado ya que mi ánimo está por el suelo, me cuesta concentrarme un poco en el trabajo, cada vez que salgo a caminar por Prospect Park veo a dos muchachos caminando y de inmediato asumo que son hermanos y pienso que ya nunca más caminaremos por ahí, cuando paso por cerca del río Hudson no puedo mirar para allí sin pensar que ahí moriste (aunque si es por eso debería mudarme hacia otro lugar que no tenga vista directa hacia allí), un par de veces intenté llamarte para contarte algo que me había ocurrido, o para recordarte algo, como la fiesta del 4 de julio, pero este año tú no estarás, ya no estarás nunca más para celebrar cualquier otra festividad, o para que te cuente algo que me ocurrió.

Un par de colegas y alumnos tuyos me contactaron a través de varias redes sociales para decirme cuánto te extrañan y contarme que harán una ceremonia en tu honor la primera semana de clases, en agosto, por lo que me invitaron a asistir a la misma y tendré que hacerlo, más que nada porque quiero hacerlo.

También me ha contactado tu arrendatario para expresar las condolencias y para que fuera hacia tu departamento a desalojarlo dado que rentabas el lugar. Fue extraño estar en tu departamento sabiendo que ahora ya no es tuyo, pero en cuanto entré sentí tu aroma esparcido por todas las habitaciones que sentí que en cierta forma seguías allí, me dieron ganas de quedarme un rato acostado

allí, como en los viejos tiempos, pero me levanté en cuanto me di cuenta de que esos tiempos no regresarán.

He puesto todas tus pertenencias en mi departamento, pero me temo que tendré que vender algunas y regalar otras, dado que como sabrás mi departamento es demasiado pequeño para ellas, supongo que es una fortuna que no tuvieras mascotas, de lo contrario incluso ellas te extrañarían.

Con respecto a tu lista de voluntades, como te he dicho, solo he cumplido con un par de ellas, he ordenado mi estante con Cds (resulta que tenías razón, estaban hechos un desastre), también he encendido un incienso de lavanda, sándalo y coco (también tenías razón en ello, es muy bueno), y ahora se supone que debo cumplir con la última parte, la de ir hacia Connecticut a arrojar tus cenizas en el río de Kent. Creo saber por qué escogiste ese lugar en particular, de todos los lugares, o, mejor dicho, de los dos lugares que podrías haber escogido, fuiste a la escuela secundaria allí, y recuerdo que tenías las mejores anécdotas de ese lugar, siempre que regresabas de allí parecía que habías estado de vacaciones por un lugar exótico y no de pupilo en un internado. Allí conociste a tu primer amor, tuviste tu primer grupo de verdaderos amigos, conectaste con la naturaleza, las clases de básquet y rugby que te impartieron fueron decisivas en tu vida dado que allí decidiste que querías ser profesor de gimnasia y entrenador, y las clases de remo te hicieron desarrollar amor por el agua, aunque en vista de cómo culminó tu vida ahora lo encuentro bastante irónico y absurdo. Pero bueno, el hecho es que cumpliré con tu voluntad e iré por una semana a Kent y esparciré tus cenizas allí, las que por cierto han estado en la urna, posadas en la encimera de la chimenea, haciéndome compañía, dado que en cierta forma me hace sentir que sigues aquí.

—¿Y te quedarás una semana en ese lugar? —me preguntó Bonnie el viernes por la noche cuando yacíamos en la cama.

—Sí, debo ir a esparcir las cenizas de Shane —le respondí, con la mirada fija en el techo, siempre que acabábamos de hacerlo mi mirada quedaba fijada un rato en el techo, supongo que porque no podía dormirme de inmediato y

necesitaba fijar la mirada en algo que no fuera Bonnie.

—¿E irás solo? Porque si quieres podría acompañarte dado que estoy de vacaciones —me dijo, enroscando su pierna en la mía.

—Es algo que debo hacer solo —le dije, porque ciertamente es algo íntimo, entre tú y yo, algo acordado entre ambos, o más bien solo acordado por ti, pero que nos involucra a ambos.

El sábado temprano, tras desayunar, cargué una valija en la guantera y puse tu urna en la guantera que está adentro del auto, junto a mi asiento, dado que es un objeto frágil y temo que si lo deajo por ahí sin protección vaya a romperse.

Tras subirme al auto tomé la Avenida Atlantic, luego la carretera 678, y tras atravesar la carretera 55, Dog Tail Corners Rd, y salir por la ruta 7, dos horas después llegué a Kent, Connecticut. Tras atravesar el puente Bulls de madera cerrado (uno de los tres puentes cerrados que hay en Connecticut, de acuerdo a internet), atravesé un camino sinuoso que conducía a la posada Lockwood.

Cuando llegué a destino, estacioné en la zona de aparcamiento, que estaba delimitada por una valla de madera, y me quedé mirando a la posada, por fuera tenía aspecto de casa victoriana pero bien mantenida, además de esa casa no había ningún otro edificio por ahí, por lo que solo habían árboles, flores y el río que se extendía por el frente, el río en el que se supone que debo arrojar tus cenizas y despedirme de ti para siempre.

Saqué tu urna de la guantera, disponiéndome a bajar del auto para comenzar a cumplir con tu lista de deseos finales.

Quinn

Sábado 6 de mayo

Llevar a cabo la apertura de la posada exigió dinero y trabajo duro, pero dado que la casa no requería modificaciones (ya que tal como estaba era encantadora y sofisticada, además de que estaba en buen estado), al cabo de un mes ya estaba lista y habilitada para funcionar, entrevisté a varias personas para los trabajos que solicitaba y a los pocos días contraté a dos mujeres de la zona para limpiar, una recepcionista, y una ayudante de cocina, todas con buenas referencias, y también un jardinero que iba solo dos veces a la semana a arreglar las flores del jardín y a cortar el césped, y en verano regaba un pesticida por la cantidad de bichos y mosquitos que habían por allí.

Unos días después de Acción de Gracias abrimos la posada, dado que era un lugar de descanso y alojamiento la gente que se alojaba en ella era de afuera, gente que estaba de pasada o que necesitaba unas vacaciones cortas, y habían épocas de sequía, como en los inviernos crudos en que habían nevadas (lo cual era típico en Nueva Inglaterra), pero en general no podíamos quejarnos dado que teníamos una buena clientela, y éramos el único lugar ubicado a las afueras, y la gente encontraba comodidad en la posada y tranquilidad en la zona, así como belleza en el paisaje, y algo que me enorgullecía era que siempre halagaban mi comida, de hecho un par de mujeres me habían pedido que les pasara unas recetas, lo cual hice gustosa dado que no era mezquina con

ellas, en general eran recetas de mi madre y de mi abuela materna, y algunas improvisadas por mí misma, pero no iba a patentarlas o algo así dado que tampoco eran platos extraordinarios.

Otro aspecto positivo que había encontrado en abrir la posada era que tanto Grace, mi ayudante de cocina, como Nicole, la recepcionista, se habían convertido en mis mejores amigas, Grace era de New Milford, el pueblo contiguo a Kent, tenía veinticinco años, era de estatura baja y algo menuda, su espíritu dulcificado se expresaba por fuera dado que tenía un rostro sereno muy bonito, así como maneras muy sutiles y delicadas de moverse; y Nicole, por el contrario, era de Chicago, tenía veintisiete años y un aspecto más extrovertido y sociable, era alta y delgada, y siempre caminaba con postura rígida, tenía ímpetu y carácter, resultado de un matrimonio turbulento, aunque ella no permitía que eso la definiera, pero siempre apuntaba que era la mujer que había llegado a ser gracias a eso.

De todo el personal solo ellas dos vivían en la posada, dado que no eran de allí, aunque Nicole había dejado Chicago para siempre y había llegado a Connecticut en busca de un nuevo comienzo, tras entrevistarla conecté de inmediato con ella por la cuestión de que ambas nos habíamos casado muy jóvenes con hombres que no eran buenos para nosotras, y habíamos pagado un precio alto por ello, lo que se podría traducirse a: tomamos malas decisiones. Así que la contraté de inmediato y le ofrecí un lugar para dormir allí que ella aceptó gustosa, de lo contrario habría tenido que buscar algo en el pueblo. Lo mismo ocurrió con Grace, si bien ella no tenía un pasado que quería dejar atrás, como el de Nicole y yo, de hecho apenas había tenido un novio en su haber, conecté con ella a través de la cocina, ella también aprendió a cocinar cuando era chica, en la cocina de su madre, con recetas de su abuela materna, y era tan apasionada en el arte culinario como yo, tras graduarse de la secundaria también tenía intenciones de estudiar cocina, pero por una cosa y por otra (la enfermedad de su madre, la muerte de su abuelo preferido, la ruptura con su novio), no pudo hacerlo, pero había tomado un par de cursos de

cocina mientras trabajaba en una tienda de dulces de su pueblo. Le pregunté si pensaba ir y venir cada día desde New Milford (dado que quedaba a solo veinte minutos de Kent), o si querría quedarse a dormir allí, me respondió que prefería quedarse allí si no le descontaba mucho de su salario dado que había quedado sin empleo hace poco por lo que había tenido que regresar a la casa de sus padres y a esta edad no le gustaba la idea de vivir allí, quería su propio espacio, y a pesar de que allí dormíamos en el cobertizo que estaba afuera de la posada (el cual estaba bien acondicionado), lo sentía como independiente, y la verdad que después de tres años se había convertido en una especie de pijamada para las tres, dado que si bien los tres dormitorios estaban separados dentro del cobertizo, los mismos estaban unidos por finas paredes por lo que a menudo nos juntábamos en una sola cama y hablábamos por horas hasta dormirnos. Era un placer tenerlas de amigas dado que eran buenas mujeres.

Así que en términos generales (y también particulares) abrir la posada había sido la mejor decisión que pude haber tomado.

Los huéspedes que recibíamos eran generalmente personas de la tercera edad, muy pocos eran jóvenes, y generalmente eran parejas que iban de pasada, por lo que solteros habíamos tenido pocos en el pasado. Primavera y verano eran generalmente la temporada alta, dado que Kent tenía un parque estatal con siete cascadas que eran muy populares, además de montañas muy atractivas, y muchos iban a escalar, bañarse en el río y disfrutar de la vista en esa época, dado que en invierno era prácticamente imposible bañarse allí. Durante el otoño también teníamos visitantes, dado que la vista era magnífica en Connecticut durante esa época, y no solo por los colores intensos que adquiría la vegetación, sino también por los dulces de arce y pasteles de canela que se comían por esa época. Y aunque en invierno la temporada era baja, había que admitir que la vista era idílica cuando caía nieve, tornando al exterior y al follaje en copos de algodón. Con la belleza de ese paisaje, la tranquilidad del lugar, la amabilidad de la gente y mi cómoda posada, me

había llegado a enamorar de Kent en poco tiempo, y ahora lo consideraba mi hogar dado que me sentía tanto cómoda como feliz allí, mi trabajo me otorgaba una enorme satisfacción y a veces tenía que pellizcarme para caer en la cuenta de que era la dueña de una posada hermosa, mis colegas eran mis amigas y vivían conmigo, y gozaba de buena salud por lo que no me faltaba nada y no podía pedir más nada tampoco, aun así, tanto Nicole como Grace concordaban en el hecho de que debía salir más y socializar más también, pero yo siempre les respondía que allí adentro se encontraba mi vida social, aunque a veces íbamos las tres a cenar a algún restaurante del pueblo, o a beber algo en algún *pub*.

A veces planeábamos tareas recreativas para los huéspedes, como cabalgatas a caballo por la zona (dado que había un establo a escasos pasos de la posada), o sesiones de yoga y spa, o clases de baile, o los llevábamos a recoger manzanas de la granja, en un par de ocasiones, cuando la posada estaba completa, organizábamos algunas fiestas temáticas para entretener a los huéspedes. Por lo que la posada requería trabajo duro, pero lo hacíamos todo gustosas dado que era un placer trabajar en ella.

Cada día armábamos el menú con Grace para el día siguiente, y tres veces a la semana íbamos al pueblo a hacer las compras. Tras servir los platos, generalmente yo pasaba por el comedor para saludar a los nuevos huéspedes y de paso presentarme y preguntarles si tenían alguna preferencia respecto a las comidas, o tal vez algunas alergias, aunque generalmente era Nicole quien les preguntaba sobre ello al registrarlos en recepción así ya lo sabíamos con antelación.

El primer fin de semana de mayo tuvimos pocos huéspedes, aunque no era de extrañar dado que en ese mes había poco movimiento. Ese sábado al mediodía cociné una tarta de pollo para el almuerzo y una tarta de chocolate con crema fundida para el postre.

Tras desocuparme en la cocina fui hacia el comedor para saludar a los comensales. Antes solía haber una mesa larga allí que la hice quitar para

sustituirla por mesas individuales, por lo que ese día solo cuatro mesas estaban ocupadas. La primera por un matrimonio sexagenario que eran de New Hampshire y andaban visitando a sus nietos que asistían al internado Marvelwood, en Kent habían tres internados muy populares y prestigiosos, por lo que a menudo los que se hospedaban en la posada eran parientes de los pupilos de ellos.

La otra mesa estaba ocupada por una pareja que parecían rondar los treinta y andaban paseando por el área, buscando cosas para su hogar porque acababan de mudarse a Litchfield.

En la tercera mesa estaba sentada una mujer como de unos cuarenta que trabajaba para una revista de fotografías de paisajes rurales y andaba tomando fotografías de los paisajes de la zona.

Y en la última mesa estaba un muchacho de New York que debía de rondar los veinte o treinta, tenía el cabello castaño y los ojos avellanas, su rostro era apacible y sereno, e iba vestido con ropa cómoda. Dijo que solo andaba paseando por el fin de semana dado que hacía mucho que no iba para allí y era un ex alumno de la secundaria Kent, otro de los internados. En época de fiestas aniversarios de esos colegios la posada se llenaba de ex alumnos, por lo cual estábamos considerando la idea de ampliar el lugar y añadir más dormitorios, dado que doce dormitorios eran pocos a veces, cuando me había mudado para allí había cuestionado la cantidad de habitaciones para una sola persona, dado que según averigüé después por la zona, la tía Georgette siempre vivió sola, pero según una lugareña que la conocía sus padres habían construido esa casa con muchas habitaciones porque en un principio querían convertirla en una escuela para señoritas, algo que nunca se llevó a cabo, pero la casa quedó tal cual, algo que después agradecí, de lo contrario no habría podido abrir la posada.

Cuando Grace recogió los platos y utensilios, y los llevó a la cocina para lavar, me sorprendió ver que en una sola bandeja había quedado el plato con pastel intacto, en tanto que las otras habían dejado el plato tan reluciente que

parecía que hasta lo habían lamido tras comerlos.

—¿Sabes quién es la persona que no comió el pastel? —le pregunté a Grace mientras iba poniendo los platos en el fregadero.

—El muchacho de New York —me dijo.

—¿Le preguntaste por qué? Tal vez quiere otra cosa —le dije.

—No, pero si quieres ahora le pregunto —me dijo, disponiéndose a salir de la cocina para ir hacia allí.

—No, deja, ya iré yo, tú comienza a lavar los platos —le dije y me encaminé hacia el comedor, los comensales ya estaban saliendo de allí cuando intercepté al muchacho neoyorquino, parado era más alto de lo que pensé, y más fornido también, se notaba que le gustaba ejercitarse.

—Disculpa —le dije, él se volvió hacia mí de inmediato con expresión extrañada—, noté que no probaste el pastel, ¿acaso no te gusta el chocolate? ¿O prefieres otra cosa? Porque si es así puedo prepararte otra cosa, no tengo problema —le dije y él se quedó mirándome mientras se mordía el labio inferior, al parecer se lo mordió fuerte porque le sangró un poco.

—No, es solo que estoy un poco mal del estómago —se excusó sonriendo—, pero apuesto que estaba tan delicioso como la tarta de pollo.

—Oh, lamento lo de tu estómago, ¿quieres algo para eso? Puedo prepararte un té de hierbas —le ofrecí.

—No, gracias, ya se me pasará —rechazó amablemente.

—Cualquier cosa si necesitas algo de la cocina solo pídemelo y te lo prepararé —le dije y él asintió.

—Gracias...

—Quinn —le dije—, ¿y tú eres?

—Shane —repuso sonriendo.

—Es un placer conocerte, Shane, por cierto, te sangra el labio —le dije y él se lo limpió con la manga.

—Gracias —repuso.

—Cualquier cosa puedes encontrarme en la cocina o en el jardín, qué tengas

una buena estadía, Shane —le dije y él sonrió de manera cordial, después se dio vuelta y se marchó.

Yo regresé a la cocina, pensando en su sonrisa, algo que tendía a mirar en los muchachos era la sonrisa, o la mirada, dado que eran aspectos naturales en una persona, y por mucho que te esforzaras no podías fingirlas o enmascararlas, aunque a veces pareciera lo contrario. Ese muchacho tenía una sonrisa bonita y natural, que te invitaba a acercarte a él, por lo que pensé que tal vez más tarde lo haría.

Connor

Sábado 1 de julio

Me bajé del auto con mi equipaje y tu urna a cuestas, y luego me encaminé hacia el interior de la posada, el día estaba caluroso y el sol brillaba con tal intensidad que todo el follaje de esa zona resplandecía, pero no estaba tan sofocante como en New York, aunque sospechaba que se debía a la falta de gente y edificios, además de que había un río que cruzaba por el frente por lo que debía de otorgar cierta frescura a la zona.

Tras subir los dos escalones que conducían a la posada, me adentré a ella dado que estaba la puerta abierta. Enfrente de la puerta, junto a una escalera con pisos de linóleo, había un mostrador de madera con el cartel de recepción encima, una muchacha de cabello rojizo largo y rostro con expresiones fuertes estaba detrás de él, vestía una blusa blanca y junto a su seno derecho estaba escrito su nombre: Nicole, no era mi tipo, pero de seguro tú la hubieras encontrado atractiva. En cuanto me vio esbozó una sonrisa automática, de esas que adoptan las personas que trabajan en el servicio de algún lugar.

—Buenos días y bienvenido a la posada Lockwood, ¿tiene una reserva? — me preguntó en tono formal pero amable.

—No, pero puedo hacerlo ahora, ¿verdad? —le pregunté.

—Desde luego, deme sus datos —dijo, poniendo sus dedos sobre el teclado del ordenador.

—Mi nombre es Connor Holloway —le dije mientras sacaba mi tarjeta de crédito de la billetera.

—¿Connor Holloway de Brooklyn? —me preguntó para mi sorpresa, yo asentí.

—¿Cómo lo sabías? —le pregunté.

—Hay una reservación abierta a tu nombre —dijo, dejando de lado las formalidades—, la hizo otro huésped que estuvo aquí el primer fin de semana de mayo.

—¿Shane estuvo aquí ese fin de semana? —le pregunté, dado que no me lo habías contado sobre ello. Ella asintió, sonriendo de manera animada.

—Sí, se quedó dos días e hizo una reservación de una semana a tu nombre para cualquier fecha, por lo que no es necesario que pagues nada porque ya está todo pagado. —Tuve que guardar mi tarjeta de crédito al oír eso—. Tampoco debes darme tus datos dado que él nos los proporcionó, a menos que después de mayo hayas cambiado tu número de teléfono o domicilio —yo negué con la cabeza—. Bien, entonces lo único que te preguntaré es si tienes alergia respecto a algunas comidas.

—No, ninguna —le dije, dado que el de las alergias y todos los males solías ser tú.

—Muy bien, la habitación tiene todas las comodidades, y el wifi se activa automáticamente tras presionar el nombre de la posada en las redes que te aparezcan desde tu ordenador o teléfono móvil.

—Bien, gracias —le dije.

—¿Tienes alguna duda o consulta? —yo negué con la cabeza—. En ese caso te daré la llave de tu habitación —me dijo, entregándome una llave con el número 6 en ella—, sube por esas escaleras que hay un solo pasillo con las habitaciones.

—De acuerdo, gracias —le dije tomándola.

—El almuerzo se servirá a las doce, pero si llegaras a salir y regresar tarde avisa así puedes tomarla después —me informó.

—De acuerdo —le dije y comencé a subir los peldaños con la valija en una mano, y la caja con la urna en la otra, tenía suerte de que tuviera una cubierta, de lo contrario se habría visto algo extraño exhibirla por ahí.

Una vez que llegué arriba me encaminé por un pasillo alfombrado, no era muy largo, por lo que debía de ser para un número limitado de personas. La habitación seis era la última del lado izquierdo, tras entrar descubrí que era pequeña pero cómoda para una sola persona, contaba con todas las cosas que se encuentran en un hotel, pero aquí el aspecto era rústico, me pregunté si tú te habrías alojado en esa misma habitación cuando fuiste hacia allí, también me pregunté qué habrías ido a hacer, si fuiste de paseo porque sabías que lo harías por última vez.

Deposité la urna en una mesa pequeña que se encontraba al lado de la cama, y comencé a desempacar la valija, no había llevado tanta ropa, solo la suficiente para una semana, la mayoría de mis prendas eran de verano, pero también había llevado algunos abrigos, dado que recordaba que las noches en lugares descampados como esos eran algo frescas, además de que también había que tener en cuenta el hecho de que el clima podía cambiar de manera notoria de un día para otro, esa era otra cosa que ocurría en verano y en toda la Costa Este, lo recordaba de los cuatro años de internado en el que había estado, como también lo recordarás tú que viviste por allí y conocías esa zona tan bien como tu vecindario de Brooklyn.

Una vez que terminé de desempacar me acerqué a la ventana y divisé el paisaje desde allí, todo lo que se veía era un verde que refulgía bajo los rayos del sol, árboles que se alineaban sobre el lienzo verde, haciéndose compañía mutuamente, y más allá bordeaba el río con sus aguas serpenteantes, me pregunté si alguna vez lo habrías atravesado por esa zona, y si habrías remado ese último fin de semana que fuiste hacia allí, me pregunté qué tanto habrías visto de la zona y bajo qué mirada lo hiciste sabiendo que verías todo aquel paisaje por última vez.

Antes de las doce bajé al comedor, me pregunté cuántas personas habrían alojadas ese día, no más de veinte seguro. El comedor era espacioso y tenía mesas individuales, al sentarme a una que estaba junto a un ventanal me pregunté si te habrías sentado ahí cuando estuviste allí.

Miré a través de la ventana, desde allí se veía una especie de granero rojo, por lo que pensé que tal vez era una especie de granja, me pregunté si habrían animales como vacas o caballos en él, recuerdo las historias que solías contarme respecto a los caballos en los que cabalgabas por la zona, y yo escuchaba maravillado como si me estuvieras relatando una película en el medio oeste, pero yo tenía doce y tú catorce por aquel entonces, y mientras tú estabas allí yo todavía estaba en casa dado que iba a la escuela media.

Volví la vista hacia la puerta cuando escuché unos pasos y vi que dos parejas estaban entrando, una de ellas debía de rondar los cincuenta, y la otra los veinte, parecían haber ido juntos y en cuanto notaron mi presencia me saludaron de forma amable, tras sentarse, la pareja más adulta me preguntó de dónde era y si había ido solo.

—Nosotros somos de Boston, pero vinimos a pasear los cuatro juntos —me dijo la mujer, tenía el cabello rubio platinado que claramente se lo teñía, porque como decías tú nadie tiene ese color de cabello natural, excepto Victoria, pero debido a sus antepasados holandeses.

—¿Son parientes? —le pregunté, tratando de entablar conversación con ella, aunque a decir verdad no me apetecía hacerlo, pero tampoco podía fijar la mirada en la mesa y hacer de cuenta como si no existían, me pregunté si habían personas alojadas cuando tú estuviste allí y si habrías conversado con ellas, de seguro que sí, dado que de los dos tú eras el más sociable.

—Ella es nuestra hija y él es su marido —me dijo, señalando a la pareja joven que estaba con ellos, la muchacha tenía el cabello castaño y el muchacho oscuro, parecía que llevaban poco tiempo de casados por la manera en la que se tomaban de las manos, tú eras el que solía hacer ese tipo de observaciones respecto a la gente, decías que lo hacías porque te interesaba la

raza humana y sus costumbres y hábitos, y a pesar de que a mí no me interesaba eso para nada supongo que me contagié un poco de ti.

—Oh, ¿y se quedarán muchos días por aquí? —les pregunté por mera cortesía.

—Cuatro días, llegamos ayer y nos iremos el lunes por la tarde —me dijo la mujer de manera sonriente—, ¿qué hay de ti?

—Llegué esta mañana y me quedará una semana —le dije.

—¿Y viniste solo de vacaciones? —me preguntó con curiosidad.

—Sí, así es —le dije, dado que no iba a entrar en detalles y contarles lo que había ido a hacer, estoy seguro de que si tú hubieras estado en mi lugar sí se lo hubieras dicho.

—Pues te encantará el lugar, tiene unas vistas magníficas —me dijo y yo asentí. Agradecí que justo entraron dos muchachas jóvenes, parecían rondar los treinta, por sus ropas deportivas parecían ser escaladoras o algo así, ambas miraron a mi mesa y me saludaron con la cabeza, pero por suerte no me hablaron. Detrás de ellas entró un tipo como de unos treinta y tantos que tras sentarse tampoco me saludó. Y al final entró una mujer como de sesenta, bastante sofisticada y con el cabello algo cano.

A los diez minutos entró una muchacha empujando una bandeja con ruedas, llevaba puesto un delantal de cocina y comenzó a distribuir los platos en las mesas, cuando llegó a mi mesa me miró y sonrió de forma animada. Tenía el cabello oscuro corto, los ojos color ámbar y la piel lechosa, parecía tener unos veinte y pocos.

—Tú debes ser el muchacho que llegó esta mañana, el de la habitación seis, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí, así es —le dije e iba a preguntarle si ya se había corrido la voz de mi llegada o algo así, pero ella era parte del personal, por lo que debía de estar obligada a saber ello.

—Aquí está la comida, espero que la disfrutes —me dijo, poniendo el plato enfrente de mí que contenía una especie de tarta que olía sabrosa, estaba

acompañada de algún tipo de ensalada. Después depositó las bebidas a un lado.

—Gracias —le dije.

—Cualquier cosa si necesitas algo de la cocina solo dímelo, mi nombre es Grace —dijo sonriendo.

—De acuerdo, gracias, Grace —le dije y ella se alejó.

Probé un bocado de la tarta que descubrí era de champiñones y estaba deliciosa, si bien ese tipo de tarta era una de mis preferidas nunca había probado una así de deliciosa, y eso que la había comido en los mejores restaurantes de New York. La ensalada también sabía deliciosa, aunque a simple vista solo tenía papas, lentejas y algo amarillento, parecía contener cilantro y algo parecido a las alcachofas.

Todos los huéspedes dejaron de hablar mientras degustaban la comida, por lo que debían de encontrarla exquisita. Me pregunté qué habrías pensado tú de esos platos, y si pudiste comer todo, dado que después del diagnóstico habían cosas de las que pasabas por falta de apetito, o porque te dolía el estómago.

Una vez que terminamos con la comida, la muchacha llamada Grace pasó a recoger los platos y dejó los platos del postre en su lugar, que contenía un pedazo enorme de pastel de chocolate con cerezas, nueces y una crema con sirope cubierta por encima, se veía delicioso, y aunque había quedado satisfecho con el almuerzo lo comí, y descubrí que parecía un pedazo de cielo, llámame cursi, pero esa es la impresión que me dio, me pregunté si tú comiste uno parecido y si opinaste lo mismo.

Devoré el pastel en un segundo dado que era delicioso y de consistencia esponjosa. Cuando levanté la vista noté que todos los huéspedes estaban comentando lo delicioso que era el pastel.

La muchacha llamada Grace pasó al rato con la bandeja con ruedas a recoger los platos, y entonces la felicité por ello.

—La comida estuvo muy deliciosa, en especial la tarta y el pastel, aunque todo estuvo delicioso —le dije y ella sonrió de manera modesta.

—Me alegra mucho que te haya gustado, se lo haré saber a la cocinera, aunque en un rato vendrá a saludarlos de todos modos —me dijo.

—Oh, creí que tú eras la cocinera —le dije.

—En realidad yo soy la ayudante de cocina, la cocinera principal, que hace casi todo, es la dueña de la posada —me dijo y yo asentí.

—Ya veo —le dije e iba a decirle que le diera mis felicitaciones, pero recordé que había dicho que en un rato pasaría a saludarnos, me pregunté cuántas personas más trabajarían allí, de seguro no tantas dado que el lugar no era muy grande.

Un rato después, viendo que todos se habían levantado para irse, yo también me levanté para salir de allí, al parecer la cocinera no iba a pasar, pero de todas maneras tal vez lo haría después.

Cuando pasé por frente de la recepción la recepcionista me llamó para entregarme un folleto que contenía las atracciones del pueblo con sus indicaciones, y otro con un itinerario de las actividades que se hacían allí, en la posada, y me dijo que si quería podía unirme al grupo de huéspedes para hacerlos con ellos. Miré al folleto con lugares para visitar en la zona, recordé que me habías contado sobre las montañas Catskills, que fuiste a escalar por allí un par de veces antes de que el atardecer comenzara a caer, por lo que tomé las llaves y salí de la posada para dirigirme hacia allí, así veía a través de mis ojos cómo veías esos lugares tú con los tuyos.

Quinn

Sábado 6 de mayo

A pesar de que Pensilvania ya no era mi hogar a veces me encontraba extrañándolo, aunque eran más bien los buenos momentos que había pasado allí lo que extrañaba, los primeros doce años de mi vida, antes de que mi madre enfermara de manera repentina y grave, y de que mi padre deambulara por tabernas, hundiéndose en el alcohol, cuando solíamos ser un familia bastante unida a nuestra manera, mi madre pasaba horas en la cocina, preparando los almuerzos y las cenas, trabajando en su jardín y en su porcelana, mi padre iba y venía de su trabajo y de la casa de sus amigos de jugar al póker, esa era su vida, los fines de semanas íbamos a algún lugar como a un parque o a la casa de alguna familia amiga a cenar, rara vez salíamos a comer en restaurantes, dado que a mi padre no le gustaba mucho eso de salir a comer afuera si podías comer en tu casa (aunque después no le dio vergüenza caerse de borracho en los taburetes de las tabernas). Una que otra vez fuimos de vacaciones, a lugares cercanos más que nada, papá consideraba que era un despilfarro gastar en viajes cuando tenías necesidades reales que cubrir, aunque si bien no nadábamos en dinero pertenecíamos a la clase media, papá tenía un empleo seguro y bien remunerado, y en casa contábamos con la necesidades básicas y otras más. Durante las festividades la pasábamos solo los tres, pero estaba bien, dado que era una linda época.

Tras que mi madre muriera la atmósfera familiar y cálida se tornó densa y sombría, mi padre comenzó a salir noche tras noche, a veces regresaba tarde, otras no regresaba, no pasó mucho tiempo hasta que me di cuenta de lo que estaba ocurriendo, yo iba a la escuela, como toda niña, y cuando regresaba a casa preparaba la cena, dado que almorzaba en la escuela, sabía cocinar dado que mi madre me había enseñado, pero también me gustaba hacerlo. También me ocupaba de limpiar aunque una vecina, amiga de mi madre, iba a ayudarme un par de veces, probablemente porque le daba pena mi situación, en el vecindario se cotilleaba que mi padre se había convertido en alcohólico, y tal vez hasta temían que me pegara o algo así, pero si bien mi padre no era tan afectuoso y atento como mi madre, nunca me había levantado la mano, ni siquiera la voz.

Durante mis años de secundaria él siguió bebiendo y en la escuela los chicos sabían sobre ello, un par de veces uno que otro lo había comentado en voz baja mientras yo pasaba por su lado, pero en general mis amigas parecían tenerme lástima por ello, yo no podía esperar a cumplir dieciocho para largarme de allí. Cuando finalmente llegué al último año de escuela, la relación entre mi padre y la bebida pareció afianzarse aún más, a tal punto de que en un momento pensé que sería mejor si me largaba de casa sin terminar la escuela, pero temía que en ningún lugar quisieran contratarme por mi edad por lo que aguanté y me quedé, y cuando finalmente me gradué armé un equipaje y me largué de allí, durante los últimos dos años había trabajado en una tienda de obsequios tres veces por semana, y como niñera de los hijos de los vecinos los fines de semanas, por lo que ahorré lo suficiente que me bastó para rentar un lugar en Lancaster, al poco tiempo conseguí el empleo en un bar, y si bien no iba a ir a la universidad de inmediato, planeaba tomar cursos de cocina en la ciudad, pero entonces un fin de semana Lewis entró en el bar, y yo me quedé encandilada con sus ojos grises y su voz masculina, así como con sus hoyuelos que prácticamente me tiré a sus brazos sin siquiera pestañear. Lewis me esperó hasta que mi turno terminó y entonces fuimos a una cafetería, y después

a su piso, y de allí no salí sino hasta el día siguiente, si bien yo había salido con un muchacho en mi pueblo, solo habíamos llegado a segunda base, por lo que era estéril en el campo sexual, después de eso me volví adicta al sexo, aunque solo con Lewis, desde luego, aunque tal vez me había vuelto adicta a él, nunca había conocido a nadie como Lewis, podía ser dulce y rudo a la vez, a pesar de que no tenía estudios hablaba del mundo como si lo conociera entero, tenía labia y coraje, y también contaba con el don de mentir bien, sabía cómo encarar a las personas y darlas vuelta hasta que pensarán como él, era un ser de muchos talentos, como decía él.

De a poco fui quedándome en su piso, que era tan pequeño como el mío, hasta que tres meses después me mudé con él y otros tres meses después nos casamos en una ceremonia más que sencilla dado que mi vestido era holgado y rústico, como para usarlo en una tarde de verano, y su esmoquin era un saco con un pantalón que apenas tenían color, solo asistieron mis compañeros del bar y sus amigos, nada de familiares dado que ninguno de los dos los teníamos, era cierto que yo tenía a mi padre, pero era casi igual a no tener a nadie, y Lewis había crecido en familias de acogidas dado que su madre había muerto por adicción a la metanfetaminas, y su padre la había abandonado tras que quedara embarazada, aunque según Lewis era probable que ni ella supiera de quien se había embarazado dado que no tenía una vida muy estable, y según se comentaba podría haber trabajado con su cuerpo por un tiempo para pagar su adicción a las drogas. En esos momentos me creí afortunada en los brazos de Lewis, hasta que un año después todo comenzó a cambiar para mal y no hizo más que tornarse en algo horrible.

Ahora que miro en retrospectiva, creo que caí en los brazos de Lewis porque estaba necesitada de afecto, llevaba años sin importarle a nadie y de repente él parecía más que interesado en mí. De todas maneras, de mis dos vidas, de la de mi pueblo y la de él, solo extrañaba la de mi pueblo, y solo apenas y un par de épocas, dado que esa vida junto a Lewis me parece una vida ajena a mí, una vida que uno de mis tantos yo escogió para vivir en un momento

determinado, basándose en la falta de algo, en la carencia de un aspecto esencial, es como si esa parte de mi vida hubiera sido un error que por muy feo que fuera debía atravesar.

Pero la vida que llevaba ahora en la posada, esa parecía ser mi vida real, la vida que siempre había soñado con tener y que sentía que merecía tener, dado que allí tenía comodidad, estabilidad y placer, era un ambiente seguro y también familiar dado que tanto Nicole como Grace se habían convertido en mi familia.

Ese sábado por la tarde me puse a preparar la cena para esa noche, haría una tarta española con una ensalada de champiñones, dado que no quería ser repetitiva y hacer algo con pollo de nuevo. Después preparé un tiramisú para el postre que lo serviría con helado. Grace me ayudaba con un poco, y después se iba a servir y a recoger los platos de las mesas. Todo el personal comíamos en la cocina, aunque a veces en diferentes horarios dado que teníamos diferentes obligaciones.

Esa noche cuando Grace trajo los platos del comedor, uno de ellos regresó con el tiramisú intacto.

—¿Es del muchacho de New York? —le pregunté a Grace quien asintió.

—Dijo que estaba todo rico, pero que temía que el tiramisú fuera a caerle pesado dado que estuvo con dolor de estómago —me dijo.

—Sí, lo mismo me dijo hoy al mediodía, pero ahora al menos comió todo el helado —le dije.

—Le ofrecí darle algo para ingerir como un tylenol o un valium, pero me dijo que ya había ingerido una píldora y que se sentía mejor —me dijo ella.

—Enseguida le preguntaré qué tal se siente, tal vez necesita que alguien lo lleve a urgencias para un chequeo —le dije, dado que cuando algunos de los huéspedes se enfermaba o le dolía algo, llamábamos a urgencias o los llevábamos nosotras en un auto si no era nada grave.

Una vez que terminamos de limpiar la cocina, Grace fue hacia el cobertizo a cambiarse para ir hacia New Milford, y yo me desplazé por la posada,

inspeccionando todo, solo una pareja estaba sentada en unos de los salones, los demás parecían haber salido dado que no se escuchaba ruido. Nicole se encontraba tras el mostrador todavía, pero enseguida se iría dado que saldría a cenar en el pueblo con un muchacho al que había conocido recientemente.

—¿La mayoría salió? —le pregunté.

—Eso parece, es decir, los que vinieron en pareja salieron, y también el muchacho que se está hospedando en la habitación seis —me informó.

—Oh... —le dije, pensando que entonces no había necesidad de que le preguntara si necesitaba algo— ¿tú ya te vas? —le pregunté.

—Sí, voy a cambiarme y después saldré —me dijo.

—Qué te diviertas entonces —le dije y ella sonrió.

—Mañana te contaré al respecto —dijo con voz burlona.

—Cuento con ello —le dije sonriendo y después salí al porche, dado que quería apreciar la noche desde allí, la luna estaba llena y brillaba de forma esplendorosa, haciendo centellear a las aguas del río como si fuera una alfombra hecha de brillantes. Una de las tantas cosas que me gustaba de vivir allí en Kent, y más precisamente de las afueras, era que todo parecía vasto e infinito, y también más cercano, el cielo parecía tan cercano que a veces daba la impresión de que estaba cogido de la mano a las colinas, o de que tocaría la tierra.

Me quedé contemplando un momento a las estrellas titilantes y justo cuando iba a entrar distinguí a una figura a lo lejos, estaba parado en el borde del río, tan inclinado que parecía que iba a arrojarse en él y por un momento me dio la impresión de que iba a hacerlo, por lo que me encaminé con pasos apresurados hacia allí, sintiendo que el corazón me galopaba de forma violenta, pero una vez que llegué ahí me di cuenta de que el muchacho no pensaba arrojarse a las aguas, solo las estaba contemplando de cerca. Él pareció percatarse de mi presencia porque se volvió a mí y se quedó mirándome.

—Hey, tú eres la cocinera, ¿verdad? —me preguntó reconociéndome.

—Sí, aunque también soy la dueña de la posada —le dije y a pesar de que esa zona solo estaba iluminada por la luz de la luna, pude notar que levantó las cejas de forma interesada.

—¿Ah sí? Qué bien —musitó sonriendo—, ¿eres la única dueña o también lo es alguien más?

—Hummm, la casa fue una herencia de una tía y yo decidí convertirla en una posada —le dije.

—Ah, ya veo, pues fue una buena elección dado que es una casa hermosa y la ubicación es perfecta —repuso y yo asentí—. ¿Tu tía era la señora Georgette?

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté sorprendida.

—Porque como recordarás yo asistí a la secundaria Kent, uno de los colegios internados de aquí, y a veces nos desplazábamos por esta zona, porque cabalgábamos o remábamos por el río, o andábamos corriendo con el profesor de entrenamiento, o simplemente nos escabullíamos con una muchacha —dijo en tono burlón— y recuerdo que siempre que pasábamos por aquí ella estaba sentada en una silla mecedora en el porche, una vez nos detuvimos para hablar con ella, en realidad fue para descansar un rato de la maratón, y nos contó que se llamaba Georgette, que vivía sola aquí y que siempre había vivido en esta casa.

—Oh, ¿y parecía ser una mujer agradable? —le pregunté y su rostro adoptó una expresión sorprendida.

—¿Acaso no la conociste? —me preguntó.

—No, es decir, sí, pero cuando era niña, ella era tía de mi padre y nosotros vivíamos en Pensilvania, por lo que casi nunca veníamos para aquí y al parecer ella tampoco iba para allá —le dije.

—Ya veo —repuso asintiendo—. Pues sí, era agradable, de trato sencillo, pero tampoco es que hablé con ella largo y tendido, solo fue un intercambio basado en un par de palabras, pero daba la impresión de ser un poco anticuada en algunos aspectos, aunque supongo que como mucha gente grande.

—Ya veo —le dije, había conocido a un par de personas que vivían por la zona que me habían dicho lo mismo respecto a ella.

—¿Entonces tú vives sola en la posada? —me preguntó.

—Oh no, la recepcionista y la ayudante de cocina también viven aquí, y además casi siempre estamos rodeadas de huéspedes —le dije y él sonrió.

—Claro, pero me refería a que no vives con alguien de tu familia —repuso.

—No, porque no la tengo —le dije y él asintió.

—Bueno, pero tienes un bonito hogar, aunque debas compartirlo con una docena de personas —repuso en tono burlón.

—Sí, es cierto —le dije—, ¿tú con quién vives en New York?

—Solo —repuso—, pero tengo un hermano que vive cerca de casa en Brooklyn, así que lo veo seguido.

—Oh, ¿y son originarios de ahí? —inquirí.

—No, de otra ciudad de New York, de Albany —me dijo.

—Y supongo que son solo dos hermanos —le dije y él asintió.

—Y siempre fuimos unidos aunque no solo por eso, sino también porque nuestra madre murió cuando éramos niños, y nuestro padre viajaba mucho porque tenía empresas y negocios afuera del país, así que digamos que eso nos unió más —repuso con la voz cálida, como si quisiera mucho a su hermano, siempre que alguien se expresaba así de un hermano me preguntaba cómo sería tener un hermano y quererlo mucho, dado que yo era hija única.

—Lamento lo de tu madre, y entiendo lo que significa su muerte dado que yo perdí a la mía cuando tenía doce —le dije.

—Oh, pues lo lamento también —repuso con voz cálida, como si realmente lo comprendiera—, ¿y tu padre sigue vivo?

—No, él murió hace cuatro años —le dije con incomodidad, dado que no me había enterado de su muerte sino hasta tiempo después de que ocurrió, si bien tras marcharme hacia Lancaster no había regresado hasta que me divorcié, de vez en cuando llamaba a casa y a veces llamaba a la vecina de al lado, para ver cómo estaba mi padre, un día cuando la llamé me comunicó, con voz

incrédula e incómoda a la vez, que mi padre había muerto hace dos meses atrás de una enfermedad pulmonar ocasionada por el alcohol, en ese momento me quedé en silencio del otro lado, sin saber qué decir, pero sentí una sensación opresiva en el cuello, anunciándome que iba a llorar, si bien mi padre no era un hombre afectuoso, y en todos los recuerdos que tenía de él se mostraba bastante distante, era mi padre y lo quería a mi modo, como él me habrá querido a mí, por lo que tras colgar la llamada me hundí entre las frazadas y rompí a llorar, ahora sí que era completamente huérfana y ya no tenía más familiares cercanos a los que acudir.

—Pues lo lamento, si bien nuestro padre no murió la relación que tenemos con él no es muy cercana, así que no lo vemos seguido —repuso.

—Ya veo —le dije—, ¿y tu hermano también asistió al colegio Kent?

—Oh no, él asistió a otro colegio internado en la secundaria, aunque también en otro pueblo de Connecticut —me dijo.

—Ya veo —repuse—, ¿y estás casado?

—No, no está en mis planes tampoco —repuso con voz firme pero serena, quise preguntarle por qué, pero no lo hice porque había gente que quería casarse y otra que no, era simple como eso—, ¿qué hay de ti?

—Tampoco, bueno, estuve casada una vez, pero fue hace mucho tiempo —le dije con la mirada perdida entre los árboles que nos miraban desde el frente.

—¿Hace mucho tiempo? ¿Cuántos años tienes? Porque parece ser joven —señaló, y probablemente si yo estuviera en su lugar hubiera hecho la misma observación que él.

—Veinticinco, me casé al cumplir los diecinueve, y me divorcié tres años después —le dije, aunque eso era un eufemismo, dado que no habíamos hecho el divorcio de manera oficial a través de abogados, pero en todo caso solo nos habíamos casado por iglesia dado que ambos pensábamos que la parte simbólica era más importante que la legal, otra señal de que ni siquiera debíamos habernos casado, así que nuestro matrimonio no tenía validez para la justicia.

—Ya veo —repuso asintiendo—, tengo un amigo que se casó a los veinte, y hay mucha gente que se casa a los dieciséis, en estados en donde está permitido casarse a esa edad, así que no es tan descabellado.

—Pues en mi caso fue una decisión brusca, precipitada y estúpida —confesé, tal como se lo confesaba a todo el que le contaba sobre ello, como si fuese una parte mala de mi pasado de la que estaba arrepentida y avergonzada y necesitaba purgarme al decirlo en voz alta.

—Lo entiendo, pero tenías diecinueve, todos hacemos estupideces a esa edad porque se supone que estamos aprendiendo de esto que se llama vida —dijo con una cadencia de voz profunda.

—Como sea, esa estupidez me dejó un par de secuelas que estoy tratando de curarlas —le dije y él se quedó mirándome.

—Supongo que por eso estás sola, de seguro una de esas secuelas es que ahora te cuesta confiar o abrirte en el aspecto amoroso —me dijo y yo asentí, bajando la mirada al río, la luna se reflejaba en el agua ondulada, dando la impresión de estar cortada en varios pedazos—. Pues supongo que te tomará tiempo, pero un día finalmente estarás de nuevo lista para volver a abrir tu corazón.

Yo no le dije nada, solo levanté la mirada del agua a la luna, que en el cielo estaba completa. Me pregunté de cuántas cosas habría sido testigo, dado que era como un espectador silencioso, siempre inmiscuida en las vidas humanas, pero sin involucrarse de manera directa.

—¿Te gusta mucho este río? —le pregunté a Shane, evadiendo comentar respecto a su observación.

—Sí, de hecho es mi río preferido, me gusta más que el Hudson de New York —me dijo, bajando la vista a las aguas—, es que aquí aprendí a amar el río, así como a la naturaleza.

—Lo entiendo —le dije, dado que se notaba que guardaba los mejores recuerdos de aquel lugar—, ¿y vienes seguido para aquí?

—Desde que me gradué de la secundaria solo regresé una vez dado que

anduve muy ocupado —repuso con la vista todavía fija en el agua.

—Oh, lo entiendo —le dije, pensando cómo sería añorar un lugar, si bien yo a veces añoraba mi pueblo de Pensilvania, en realidad más bien añoraba una época más que al pueblo en sí, por lo que no había un lugar al que añorara, aunque ahora que vivía allí en Kent, y me gustaba mucho, si debía mudarme a otra Estado estaba segura de que lo extrañaría.

—¿Y tienes vida social aquí? —me preguntó después.

—Hummm, bueno, no sabría si llamarlo vida social, pero tanto la recepcionista como la ayudante de cocina son mis amigas y a veces salimos a cenar o a beber algo en el pueblo —le dije.

—¿Y hoy saldrán? —me preguntó.

—Ellas tienen planes, por separado, y yo me iré a dormir dado que ha sido un día largo y mañana debo levantarme temprano —le dije.

—¿Entonces no tienes un día libre de la cocina o algo así? —me preguntó y yo negué con la cabeza.

—A menos que no haya ni un huésped en la posada, de lo contrario no habría quien cocine —le dije.

—Lo entiendo, debe ser un empleo demandante, más aún si eres la dueña de este lugar —musitó.

—Sí, lo es, pero me gusta, ¿sabes? Durante mucho tiempo fue mi sueño ser la cocinera principal de un lugar, y aunque pensé que lo sería de un restaurante serlo de una posada es mucho mejor dado que es mía —le dije y él sonrió.

—Bueno, me alegra saberlo —repuso y yo lo miré extrañada—, es decir, me alegra ver que la gente trabaja de lo que le gusta, que sigue el camino de sus sueños.

—También a mí, aunque a veces sea difícil —le dije.

—Bueno, nada que valga la pena en la vida es fácil, generalmente hay que trabajar duro para alcanzar un sueño, pero lo vale, ¿verdad? —yo asentí.

—¿Tú qué haces? —le pregunté.

—Soy profesor de educación física, trabajo en un colegio secundario de

Brooklyn en donde entreno a un grupo de chicos en básquet y rugby —repuso con un deje de melancolía en la voz.

—Oh, te debe de gustar mucho entonces —le dije, dado que si había asistido a uno de esos internados prestigiosos, que por fuera lucían demasiado costosos, de seguro provenía de una buena familia, pero había estudiado lo que quiso y no era ninguna profesión elitista.

—Sí, me encanta, desarrollé amor por los deportes en este lugar dado que aquí pasé muchas horas remando, o jugando al básquet o al rugby, conectado a la naturaleza que para el penúltimo año de escuela secundaria sabía que eso era lo que quería ser —dijo con orgullo.

—¿Y enseñas en un colegio privado? —le pregunté.

—Sí, bueno, en realidad enseño en dos, uno es privado y el otro público, pero ambos están a las afueras de Brooklyn por lo que a menudo tiendo a entrenar a mis alumnos al aire libre, tal como aquí —me dijo.

—¿Y no querías enseñar en una escuela de aquí? —le pregunté.

—Hummm, lo consideraré, o mejor dicho, esa era la idea, pero, aquí entre nosotros, la razón de haber escogido irme a Brooklyn, es que mi hermano menor pensaba quedarse allí, y yo quería estar cerca de él, porque sabía que él me quería cerca también —me dijo.

—Eso es tierno, es decir, el que tengan una relación muy cercana y estén dispuestos a hacer cosas por el otro —repuse.

—¿Tú tienes hermanos? —yo negué con la cabeza—. Oh, pues debe tener su parte positiva el ser hijo único, pero también lo es tener hermanos.

—¿Y tu hermano es casado? —le pregunté.

—No, nunca estuvo en una relación seria tampoco —repuso.

—¿Y tú? —le pregunté.

—Lo estuve hasta hace poco —repuso con un deje de melancolía en la voz, por lo que parecía que la extrañaba.

—¿Piensas volver con ella? —me atreví a preguntarle sin saber si estaba cruzando la línea de la intromisión, como llevaba tiempo sin mantener una

conversación tan larga con alguien a quien no conocía mucho no sabía si estaba rebasando las normas de la educación o si ya las había rebasado.

—No, eso ya está terminado —dijo, pero se notaba que todavía la quería.

—Será mejor que regrese adentro —le dije dado que pensé que él querría estar solo y yo había irrumpido su tranquilidad.

—Iré contigo dado que ya iba a acostarme de todos modos —me dijo, por lo que nos encaminamos juntos hacia el interior de la posada. Una vez que entramos, Grace y Nicole venían caminando por el pasillo, ambas engalanadas en atuendos elegantes, listas para salir. Las dos me miraron sorprendidas cuando me vieron, probablemente porque entraba con Shane, tal vez dio la impresión de que veníamos juntos de algún lado, aunque en cierta forma así era.

—Ya conocen a Shane, ¿verdad? —les dije y ambas asintieron, mirándolo fijamente a él.

—¿Fueron a dar un paseo? —nos preguntó Grace con su típico tono sereno.

—No, solo estábamos afuera —le dije yo y ella asintió.

—Bueno, ya nos íbamos —dijo Nicole—, nos veremos mañana.

—Qué tengan una buena noche —les dije yo y ambas salieron de allí para irse por separado. Yo me volví hacia Shane para despedirme de momento.

—Bueno, Shane, espero que tengas una buena noche —le dije, mirándolo bajo la luz artificial de las lámparas, estaba algo pálido y tenía la piel de gallina, pero en todo caso yo también dado que si bien estábamos en primavera y los días eran algo calurosos, las noches eran otra historia en esa parte del pueblo, dado que la posada era el único edificio que figuraba por allí y el río estaba cerca.

—Igual tú, qué duermas bien, te veré mañana —me dijo sonriendo y comenzó a subir las escaleras con paso lento. Yo perfilé por el pasillo hasta llegar al jardín, dado que el cobertizo estaba conectado a través de una puerta directa hacia él, para que el acceso fuera más fácil y directo hacia la posada. Una vez que entré en mi dormitorio me quité la ropa para darme un baño, mi

dormitorio era espacioso, estaba pintado en color amarillo pastel, tenía una cama de dos plazas bastante cómoda, un clóset mediano, un estante con libros y otro con espejo en donde ponía mis maquillajes y mis joyas, enfrente de la cama había un televisor plasma y dos sillones en color naranja, y un par de cuadros en las paredes que había comprado en la galería del pueblo, a un lado de mi cama había un enorme ventanal, por lo que a veces me acercaba a él a ver el cielo extenso desde allí.

Me metí en la bañera para darme un baño relajante antes de acostarme, encendí un par de velas aromáticas alrededor para acompañar el ambiente, si bien adoraba mi vida y me llenaba de satisfacciones, últimamente sentía que me estaba estancando en la rutina dado que cada día era igual al anterior y el anterior a ese, lo cual estaba más que bien en mi caso, pero debía admitir que había algo que me faltaba, tal vez era como Nicole y Grace decían y debía socializar más, tomarme una noche a la semana para desconectarme de la posada y conocer gente, y tendría que hacerlo cuanto antes dado que ya había perdido muchos años atada a un matrimonio tóxico y sin futuro, que ahora debía tratar de disfrutar y vivir mi presente.

Connor

Sábado 1 de julio

Para poder ver las montañas Catskills tuve que dirigirme por la ruta 7 que conducía a la posada y luego tomé un camino que iba en curva hasta llegar al parque estatal Macedonia Brook, fui en auto, desde luego, dado que a diferencia tuya yo nunca fui tan amigo de la naturaleza o de los ejercicios físicos.

Tras estacionar en la entrada al parque me dirigí por un camino rocoso hacia el bosque, aunque todo lo que había allí eran rocas, piedras, árboles, y colinas, todo estaba cubierto por la vegetación del lugar, a lo lejos se veían algunos escaladores con mochilas enormes a cuestas, siempre me pregunté cómo podían soportar tanto peso mientras caminaban por esos caminos tan desnivelados y llenos de peñascos, y a veces en condiciones climáticas inestables.

Comencé a caminar a través del camino desnivelado por las rocas que se superponían, siempre que hablabas de este lugar me contabas que a medida que te adentrabas en los bosques septentrionales comenzabas a escuchar el sonido de los árboles y de la vegetación, que era como si hablaran, yo debo haber tenido trece la primera vez que me contaste sobre ello, por lo que en ese momento me pareció una idiotez, y creo que hasta proferí una risotada, pero tú siempre fuiste un sentimental cuando se trataba de la naturaleza, por ello

siempre pensé que estudiarías algo relacionado a ella como geografía, o filosofía, dado que tu mente era cualquier cosa menos analítica, aunque no por ello eras menos racional, solo lo eras a tu manera reflexiva. De todas maneras no creo que te equivocaste con tu profesión, dado que te gustaba mucho ejercitarte al aire libre, y conectabas bien con la gente, en especial con la gente más joven, por lo que disfrutabas de ella, y se notaba que tus alumnos también disfrutaban de que tú fueras su profesor, todos me dijeron que dejarías un tremendo hueco en las clases y en sus vidas, que será difícil de llenar y más que nadie entiendo a qué se refieren.

Caminé un buen tramo, escaneando el camino, tanteando algunas piedras y esquivando las ramas bajas de los árboles hasta que llegué a un apartado que estaba despejado, se encontraba en lo alto, pero tampoco era una cima, me senté a una roca, cerca del precipicio y divisé el panorama que se extendía enfrente de mí, todo era verde, amarillo o marrón en esa época del año, a lo lejos se veía una parte de las montañas Catskills, asomándose desde New York, el cielo se interponía entre ellas, y luego se extendía por encima del parque, como si fuera infinito e interminable. Me hubiese gustado ver esa imagen contigo, y a pesar de que un par de veces hablamos de hacer un viaje hacia allí al final por una cosa u otra nunca lo hicimos, y ahora nunca lo haremos. Cerré los ojos por un momento y aspiré el aroma que desprendía aquel lugar, era una mezcla de hierba con rocío, a pesar de que no caía rocío dado que era verano, pero todo era pulcro y limpio, y el silencio sepulcral te incitaba a tomar una siesta, pero no haría tal cosa en un lugar como ese.

Un rato después me levanté y me encaminé de nuevo por el mismo camino para ir de regreso al auto y regresar a la posada. Pensé en dar un paseo por el pueblo, pero ya habría tiempo para ello dado que me quedaría una semana allí.

Mientras regresaba a la posada por el camino sinuoso, noté que el cielo se estaba tornando en un naranja brillante, que imponiéndose por detrás de la posada la hacía ver como a una postal encantadora.

Tras entrar en la posada, la recepcionista levantó la mirada hacia mí y me sonrió de forma animada.

—¿Regresaste antes del paseo o ya vienen todos? —me preguntó y por un momento no entendí de qué hablaba.

—Oh, no, yo no salí con el grupo de gente de aquí, salí solo —le dije.

—Oh, está bien —dijo sonriendo—, de todas maneras fueron hacia el pueblo a visitar algunos lugares históricos, si te quedas una semana entera puedes ir en cualquier momento.

—Seguro —le dije y después subí a mi dormitorio.

Tras darme un baño me quedé un rato acostado en la cama, mirando a las fotografías que tenía guardadas en mi teléfono móvil, en la mayoría de ellas apareces tú, como es natural, en los días posteriores a tu muerte lo único que hice fue mirar tus fotografías y vídeos dado que necesitaba verte, necesitaba escuchar tu voz, necesitaba ver tus gestos, necesitaba saber que tu existencia aún no había culminado, que de alguna forma sigues presente aunque sea en el pasado.

Cuando se hicieron las ocho bajé al comedor y ya habían varias personas sentadas a las mesas, al parecer habían llegado nuevos huéspedes dado que había un matrimonio joven que no había visto al mediodía con dos niños, también un hombre solo, y una mujer joven que se encontraba en la mesa contigua, no parecían estar juntos, pero se lanzaban miradas disimuladas de a rato, como si estuvieran flirteando.

Me senté a la misma mesa que me había sentado al mediodía, si estuvieras aquí dirías que no cambié esa manía, dado que siempre te burlabas del hecho de que yo siempre me sentaba a la misma mesa en los restaurantes a los que íbamos, para ser sincero no sé por qué lo hago, supongo que porque lo veo como a marcar mi territorio, y a tener mi lugar en cada sitio al que voy.

La mujer del cabello platinado me saludó de forma animada desde una mesa que ahora estaba más alejada de la mía. La muchacha llamada Grace entró en

ese momento, empujando la bandeja con ruedas que tenía varios compartimentos, comenzó a distribuir los platos con comida por cada mesa y cuando llegó a mí me entregó el plato de manera amable.

—Espero que te guste —me dijo sonriendo.

—De seguro me gustará —le dije, viendo que el plato contenía una especie de tarta con una salsa blanca esparcida por encima, la consistencia era esponjosa y por dentro tenía una especie de carne con jamón, no me quedaban dudas de que la cocinera debía de haber estudiado cocina por años, de seguro era una mujer grande y gorda, por alguna razón siempre imaginaba a las cocineras de esa manera, probablemente porque así eran en el colegio al que había asistido.

La mayoría de los huéspedes estaban enzarzados en conversaciones, a excepción de los que estaban solos, como yo, el hombre que estaba solo y la mujer que estaba en la mesa contigua ahora estaban cenando juntos y hablaban de manera bastante animada, honestamente yo no me sentaría con alguien a quien acabo de conocer allí dado que no soy muy sociable, aunque si eras tú el que estaba allí solo probablemente lo habrías hecho.

Miré por la ventana, afuera solo se veía el cielo estrellado, por lo demás todo era oscuridad que daba un poco de miedo dado que no habían casas o edificios alrededor, me pregunté si alguna vez se habría cometido un crimen por allí dado que más allá de la posada no había nada por lo que era el escenario perfecto ya que nadie te escucharía o vería, aunque de acuerdo a ti todo era pacífico y seguro por allí, incluso de noche.

El postre esta vez consistió en una copa de helado con una capa de bizcocho, sirope en el medio y crema con cerezas encima, me pregunté cuántas horas estaría la cocinera cocinando dado que debía cocinar para una cantidad considerable y de seguro que para el personal que trabajaba allí también, y dado que eran platos muy succulentos y elaborados debían de tomarle tiempo hacerlos.

Tras que Grace levantara las cosas, todos salimos del comedor, algunos

salieron de la posada, al parecer iban a ir a visitar el pueblo, yo podría haber hecho lo mismo, dado que todavía era temprano, pero quería acostarme a dormir dado que planeaba levantarme temprano para ir a remar en el lago, y de paso llevar tus cenizas para esparcirlas en él, dado que esa era la razón principal que me había llevado hacia allí.

Quinn

Domingo 7 de mayo

Si bien había decidido estar sola y me costaba volver a confiar en los hombres, una parte mía extrañaba ciertos aspectos de estar con alguien, como sentir el tacto en mi cabello o en alguna parte de mi cuerpo, una mirada cargada de interés sobre mi persona, el hecho de saber que había otra persona que pensaba en mí de esa forma, cuando el domingo al mediodía, durante el almuerzo, Nicole nos contó sobre su cita a Grace y a mí, no pude evitar sentir un poco de envidia por ella, es decir, por ese aspecto, pero después me recordé a mí misma que así era el principio de una relación, que después de un tiempo todo se tornaba en algo real y espantoso, como si comenzara siendo un sueño y culminara en una pesadilla.

—¿Tú qué hiciste anoche? —me preguntó Grace, tras contarnos sobre la fiesta aniversario de sus abuelos en New Milford a la que había ido la noche anterior.

—Nada, me di un baño y luego me acosté —le dije.

—Pensé que te habías quedado hablando con el de la seis —me dijo.

—Solo hablamos un rato afuera, pero cuando entramos él subió enseguida a dormir porque estaba cansado —le dije.

—Es apuesto —comentó Grace.

—Es demasiado apuesto —dijo Nicole, de las dos ella siempre se fijaba

más en el aspecto físico, aunque decía que no se iría detrás de un tipo solo por eso.

—Sí, supongo que lo es —convine.

—Y parecía interesado en ti —añadió Nicole.

—Solo porque yo me acerqué a él, y solo de forma profesional, en cierto modo —le aclaré.

—Pero si se muestra interesado en ti, ¿hay algún problema con ello? —me preguntó Nicole, pero yo no le respondí, logré evadir la pregunta y cambiar de tema, aunque no creía que ese muchacho fuera a interesarse en mí, además no importaba porque ese día se iría de la posada.

Como era domingo por la tarde fui a dar un paseo por los alrededores para inhalar un poco de aire y oxigenar los pulmones y la cabeza, Kent y, más aún, esa zona, era una fuente inagotable de aire pulcro dado que la contaminación no llegaba a esa parte del pueblo ya que estaba alejada de la carretera y no habían fábricas por allí cerca. Además de que el cielo siempre se veía a lo ancho y a lo largo, y más cercano a la tierra. Al poco tiempo de haberme mudado hacia allí, daba largas caminatas por las tardes, mientras me familiarizaba con el lugar, descubrí mucha belleza que me dejó cautivada, aunque lo que más maravillada me dejó fue el hecho de percatarme de cuanto me había perdido del mundo por estar enfrascada en un matrimonio a temprana edad, aunque no le echaba la culpa a Lewis por ello, no es como si él me hubiera prohibido que admirara la naturaleza, pero cuando tus problemas y los de otra persona ocupan tu cabeza la mayor parte del tiempo es difícil reconocer la belleza que te rodea, además de que en una ciudad el paisaje está atestado de edificios y vehículos que a veces sirven de distracción para otras cosas.

Iba tan sumida en mis pensamientos que no reparé en la presencia de alguien hasta que estuvo cerca de mí.

—¿Tú también saliste a caminar por la zona? —le pregunté mientras se

acercaba.

—A cabalgar, en realidad —dijo con la voz algo jadeante, cuando se acercó más noté que tenía el rostro colorado y estaba sudando.

—¿Te sientes bien? —le pregunté y él asintió sin mirarme.

—Es solo que hacía mucho que no cabalgaba que me quitó el aliento —dijo, intentando reírse, pero entonces comenzó a toser, iba a darle unas palmaditas, pero la tos cesó casi de inmediato—. Disculpa por eso.

—Descuida, lo entiendo, yo también tuve problemas la primera vez que monté en uno —le dije.

—¿Cabalgas seguido? —me preguntó.

—No, solo lo hice una vez, tras mudarme para aquí —le dije.

—Pues deberías hacerlo más seguido dado que hace bien a los pulmones, aunque no puedo decir eso de mí en estos momentos —repuso.

—Sí, siempre digo que lo haré, pero todos los días estoy ocupada con la posada —le dije, dado que si bien yo solo cocinaba, tres veces a la semana íbamos al pueblo a hacer las compras con Grace, cada noche decidíamos qué cocinaríamos y a veces experimentábamos con nuevas recetas que llevaban su tiempo, además, como yo era la dueña, debía ocuparme de algunas cosas indispensables como controlar que todo estuviera en orden, revisar facturas, pagarles a los empleados, encargarse de cosas, y cuando no estaba ocupada con la posada tenía cosas que hacer que generalmente involucraban el lavado de mi ropa o el arreglo de otras.

—Bueno, ahora estás libre, ¿verdad? Tal vez podrías montarte a uno —me dijo y yo me quedé mirándolo.

—¿Ahora? No lo creo —le dije.

—¿Por qué no? El establo no está lejos de aquí —me dijo y yo me quedé mirándolo un momento, indecisa, y después asentí.

—Está bien —repuse y él sonrió de forma satisfecha.

El establo no quedaba lejos de la posada, de hecho quedaba dentro de la misma área descampada, solo debía caminar un buen tramo en diagonal para

llegar hasta ahí. El establo pertenecía a una familia que vivía en el pueblo, yo los conocía porque los había contratado para que los huéspedes cabalgaran en los caballos por la zona.

Al llegar allí tuve suerte de que el muchacho que se encargaba de bañar a los caballos todavía se encontrara allí, por lo que tomé a uno llamado Shadow y me subí a él.

—Yo te esperaré aquí —me dijo Shane, sentándose a un banco cerca del establo.

—De acuerdo —le dije y tomé de las riendas a Shadow para comenzar a cabalgar, de acuerdo al cuidador del establo ese caballo era uno de los más tranquilos, no cabalgaba a gran velocidad, así que estaría bien para alguien inexperta como yo en cuanto a cabalgatas. Shadow comenzó a galopar despacio, trotando por el césped que brillaba bajo los rayos solares, estaba soleado, pero no hacía calor, dado que mayo usualmente brindaba días templados, y a veces, cuando el clima se tornaba errático en aquella parte del país, nevaba, pero usualmente eran días soleados de primavera.

De a poco, Shadow comenzó a incrementar el ritmo de su galope, el muchacho que cuidaba el establo me había dicho que él era uno de los más mansos, que tomaba confianza de inmediato con la persona que lo montaba, antes de mudarme para ahí nunca había montado un caballo, más que nada porque no habían caballos en el pueblo en el que yo solía vivir cuando era chica, o tal vez sí, pero en la zona rural, y yo no tenía contacto con ella, y luego cuando me había mudado a Lancaster, pues era una ciudad así que tampoco, y a decir verdad, yo no era una devota de los animales dado que si bien en la casa de mi familia solíamos tener un perro no le prestaba mucha atención, para mí solo era la mascota y el protector de la casa, y hasta el momento de mudarme hacia allí solo había visto caballos a través de la televisión y de libros, pero en cuanto los vi por primera vez me transmitieron tal calma con solo mirarlos que me quedé atrapada en ellos por un largo rato, de acuerdo a Grace (quien era una asidua en el tema de las cabalgatas), los

caballos tenían la capacidad innata de tranquilizar a la gente porque por dentro eran seres tranquilos, que por ello se los usaba mucho como terapia para gente con problemas físicos o emocionales, dado que la equino terapia había demostrado ser tan efectiva como los medicamentos o la terapia con terapeutas, ella lo había comprobado dado que cuando era niña tuvo un accidente que la había dejado imposibilitada de caminar por un par de meses, y por ello sus padres la llevaban cada tarde a una granja en New Milford, así pasaba mucho tiempo con los caballos, lo cual la ponía de buen humor, y una vez que logró recuperarse comenzó a montar en ellos y desde entonces lo hacía, de las tres era ella quien montaba a menudo por allí.

Shadow dio vuelta por la parte trasera de la posada, pasando por el cobertizo y el jardín, y después por frente del río, la brisa vespertina me pegaba en el cuerpo, haciéndome sentir más liviana y relajada, como si fuese una pluma flotando en el aire.

Cuando Shadow dio una vuelta entera por la posada, comenzó a aminorar la marcha hasta detenerse al llegar al establo, como si hubiera recibido la orden de dar solo una vuelta y después regresar al punto de partida, aunque el cuidador me había enseñado cómo hacerlo detener, solo debía darle unas palmaditas en el lomo de forma suave y luego soltar las riendas de a poco y él se daba cuenta de que debía detenerse.

El cuidador guardó a Shadow en el establo y yo regresé junto a Shane, quien me estaba aguardando sentado al banco.

—¿Y? ¿Lo disfrutaste? —me preguntó sonriendo.

—Oh sí, había olvidado lo bien que se siente montar —le dije mientras nos encaminábamos hacia la posada.

—Me alegra que lo hayas recordado, y espero que lo recuerdes más seguido de ahora en más, si yo tuviera un caballo en Brooklyn a disposición créeme que cabalgaría a menudo —me dijo.

—Supongo que allá no hay caballos —le dije y él negó con la cabeza.

—Por eso, si yo fuera tú y tendría este establo a disposición vendría a

menudo a cabalgar —repuso.

—De ahora en más trataré de hacerlo con más frecuencia —le prometí y él sonrió complacido—. Oye, tú te irás hoy, ¿verdad?

—Sí, dentro de un rato —repuso.

—¿Y regresarás pronto?

—No lo creo posible —repuso con voz queda mientras su mirada se perdía en el horizonte.

—Supongo que cuando estás tan atareado y tienes tantas obligaciones se complica un poco —le dije, pero él no dijo nada al respecto.

—Oye, ¿puedo preguntarte cuáles son tus planes? —me preguntó en su lugar.

—¿Mis planes? ¿Con respecto a qué? —le pregunté confundida.

—Con respecto a todo, a la vida en general —me dijo.

—Pues planeo seguir viviendo aquí, trabajando en mi cocina, y llevando adelante la posada —le dije.

—Bien, ¿y qué hay respecto a la parte sentimental? —me preguntó después.

—¿Te refieres a la parte amorosa? —le pregunté.

—Claro.

—¿No recuerdas que te conté que estuve casada una vez y terminó mal? —le dije.

—Sí, pero no por ello quedarás soltera por siempre, ¿verdad? —me dijo y yo no le respondí nada—. Escucha, yo no estuve casado así que no sé cómo es, y mucho menos sé cómo fue tu matrimonio en particular, pero eres joven, independiente, responsable, y pareces ser una buena muchacha, también eres bonita, por lo que no me parece justo que alguien como tú se esté privando de salir con alguien solo por una relación fallida.

Yo me quedé callada un momento, tratando de asimilar lo que me había dicho: joven, independiente, responsable, buena, y bonita, hacía mucho que alguien me decía todo eso que ya había comenzado a pensar que ser cocinera y dueña de la posada era toda mi identidad.

—No dije que sería solterona por siempre, es solo que de momento no creo

estar preparada para ello, y además siempre estoy ocupada con la posada, no es tarea fácil llevarla adelante sola, es decir, tengo ayuda pero solo yo soy la dueña —le dije, como ocultándome detrás de esa excusa, como si la posada fuese mi muro de protección ante ello.

—Lo entiendo, pero bueno, no creo en eso de que quieras estar sola para siempre, nadie quiere tal cosa —me dijo.

—Tal vez no, pero, aun así, hay gente que acaba sola —le dije.

—Sí, pero no creo que tú encajes dentro de ese grupo de gente —me dijo mirándome.

—¿Por qué no? —le pregunté.

—Por todas las razones que te mencioné antes sobre ti, alguien así no puede acabar sola —repuso.

—Bueno, pero tú no me conoces, es decir, acabas de conocerme ayer, puedo tener mal temperamento, ser algo borde, puedo arrastrar cosas en mi pasado de las que ni sabes, como un asesinato —le dije.

—Bueno, en eso tienes razón, yo también puedo arrastrar cosas de las que ni sabes —convino—, pero yo soy muy observador por naturaleza, y también tengo buenos instintos, además de que soy bueno juzgando a la gente, si alguien no me cae bien de entrada es porque en lo profundo tiene algo malo, pero tú no me diste esa impresión, muy por el contrario, por lo que no encajas en ese grupo de personas.

—Aun así, eso no significa que deba acabar al lado de alguien —le dije con vehemencia, dado que se estaba poniendo igual de pesado que Nicole y Grace cuando decían que debía salir a conocer hombres, ¿y en dónde los conocería? La población de Kent no llegaba ni a los tres mil habitantes, por lo que habían muy pocos de mi edad y que estuvieran solteros, ¿cuáles eran las probabilidades de que encontrara a uno como la gente entre esos? Además de que si bien a veces sentía un poco esa falta, tampoco era tan intensa, y no creía en eso de que tú debías salir a buscar algo, en todo caso ese algo debía encontrarte a ti, o debía ser algo más bien azaroso y no forzado.

—¿Sabes? Me recuerdas a mi hermano en ese sentido, él nunca tuvo una novia formal porque alega que tal vez eso de estar en una relación no es para todos, y no es que sea un casanova que no quiera sentar cabeza, es solo que todavía no ha conocido a la muchacha indicada para él.

—¿E intentaste buscarle una muchacha indicada? —le pregunté, dado que si se estaba preocupando por mí en ese aspecto y apenas me conocía, no imaginaba cómo podía ser con su único hermano.

—No, aunque una vez sí le presenté a una amiga de mi ex novia que pensé que podía ser su tipo, pero me equivoqué.

—¿Ves? Tus instintos no son tan fuertes como alegabas —señalé.

—Bueno, aunque en realidad en esa ocasión no me basé mucho en mis instintos, sino más bien en las ganas que tenía de verlo con alguien porque él llevaba tiempo solo y yo estaba más enamorado que nunca, y ya sabes que cuando estás enamorado quieres que todo el mundo lo esté —dijo.

—Lo entiendo —le dije, dado que tras haber conocido a Lewis todo lo que pensaba cada vez que veía a alguien era si estaban tan enamorados como yo, y si no lo estaban esperaba que conocieran pronto a alguien para que estuvieran tan enamorados como yo lo estaba, al parecer veía ese aspecto como algo “afortunado” y si estabas soltero eras un infeliz.

Ya habíamos llegado a la posada, por lo que nos quedamos un momento parados afuera, el sol caía por el oeste, rodeado de una capa naranja luminosa, los atardeceres y amaneceres eran un placer al ojo humano en esa parte del pueblo.

—Disculpa si me entrometí demasiado en tu vida, a veces no puedo evitar hacerlo —repuso.

—Descuida —le dije. Él desvió la mirada al río y se quedó mirándolo un momento.

—Es hermoso, ¿verdad? —musitó.

—¿Qué cosa? ¿El río? —le pregunté, siguiendo la línea de su mirada.

—Todo en realidad, el río, los árboles, el cielo, la naturaleza tiene una

belleza constante, siempre está en curso y siempre lo estará, es una de las pocas cosas que nunca morirá —dijo con voz reflexiva, como si estuviera hablando de algo realmente importante.

—Lo sé, en esta parte del pueblo eso no se puede pasar por alto —le dije, acto seguido nos quedamos en silencio, él con la mirada todavía encandilada en la naturaleza, y yo mirándolo a él—. Oye, debo entrar para empezar a preparar la cena.

—En ese caso me despediré de ti —me dijo para mi sorpresa.

—¿No te quedarás a cenar? —le pregunté.

—Mañana debo levantarme temprano y tengo cosas que preparar esta noche —me dijo.

—Bueno, espero que hayas tenido una buena estadía en estos dos días —le dije.

—La tuve, tu posada es muy acogedora y bonita —me dijo.

—Gracias, Shane, entonces espero que cuando puedas regreses —le dije, pero él no dijo nada, solo esbozó una sonrisa débil.

—Te deseo una buena, larga y feliz vida, Quinn —me dijo en un tono de voz firme, como si realmente me deseara aquello a pesar de conocerme poco.

—Gracias, Shane, yo te deseo lo mismo a ti —le dije sin saber si acercarme a darle un beso, pero al final resolví extender mi mano hacia él y darle un apretón, su mano era tan suave que me costó soltarla.

Una vez que entré en la cocina me quedé pensando en todo lo que Shane me había dicho sobre que debía abrirme a la posibilidad de estar con alguien, por un momento pensé que tal vez era como Grace había dicho y él tenía interés en mí, pero no parecía ser así en absoluto, aun así, había sido lindo conocer a alguien como él, que no solo parecía ser un muchacho bueno e interesante, sino que además se notaba que tenía buen tacto con la gente, y a pesar de que a veces a mí me molestaba que la gente se metiera en mis asuntos (en especial si no los conocía), en su caso no me había molestado tanto, en cierto modo me

gustó que mostrara esa clase de interés humano en mí como para preocuparse por mi bienestar, hacía tiempo que aparte de Nicole y Grace nadie más se preocupaba por mí, por lo que en cierto modo me había hecho sentir especial, aunque él parecía ser un muchacho amable y sociable, por lo que era probable que fuera así con todos, aun así, había sido bueno para mi alma dado que de repente me sentía más animada, esperaba que Shane regresara otro día a la posada, pero muy dentro de mí algo me decía que no volvería a verlo nunca más.

Connor

Domingo 2 de julio

Hoy se cumple un mes desde que te arrojaste al río Hudson, culminando con tu vida, es extraño pensar que hace un mes que dejaste de formar parte de esta vida, a veces me parece que no te fuiste, que en realidad te fuiste de vacaciones a algún lugar y que después volverás, pero conforme pasan los días caigo en la realidad de que no es así, el hecho de no verte seguido es un recordatorio constante de ello, tus cosas esparcidas por mi departamento también lo son, los saludos de la gente en relación a tu muerte son otra, y las cenizas que cargo en esta urna también, y ahora las arrojaré en el río Housatonic, tal como tú lo querías, y entonces ya no tendré nada más tuyo, por lo menos no algo que se desprenda de tu cuerpo.

Alquilé un bote y me subí en él, coloqué la urna en la superficie del mismo para que no se cayera y tomé los remos del bote, de acuerdo al hombre que me lo alquiló no tendré problemas si no me aísla mucho de esta zona, no estaba lejos de la posada, desde allí se la veía aunque algo pequeña, era un buen día, soleado pero no estaba del todo caluroso, aunque tal vez fuera porque era temprano, o porque era una zona descampada, o porque estaba flotando encima del río, el agua era cristalina y parecía ser pura, recuerdo que me contaste que un par de veces viniste a pescar por aquí con tus amigos y que varias veces en verano viniste a bañarte con ellos y un grupo de chicas, que se quedaron hasta

el amanecer, viendo cómo salía el sol mientras bebían cervezas, porque era una experiencia increíble contemplar cómo el día comenzaba desde allí. Recuerdo que tuviste tu primera vez aquí, no en estas aguas, pero cerca de ellas, junto a un abedul, dijiste que te alegrabas de haber perdido tu virginidad aquí dado que el lugar destilaba cierto encantamiento, y a pesar de que la muchacha en cuestión no era tu novia en cierta forma fue especial, tan diferente a la mía que fue en el dormitorio de la universidad, con una muchacha con la que solo estuve una vez y no fue especial en absoluto, solo algo descontrolado y hasta torpe, aunque supongo que porque se trataba de mí, en mi caso ninguna relación fue especial con nadie, el sexo siempre fue igual, o lo que me produjo era igual, pasión, desenfrenada a veces, otras no tanto, pero nunca fue un acto especial, solo dos cuerpos unidos por una misma pasión momentánea, ni siquiera con Bonnie es especial, pero es más duradero en relación a otras, y conozco su cuerpo y la deseo cuando la veo, y a pesar de que todo esto solo lo estoy pensando puedo escuchar tu respuesta en mi cabeza, diciéndome que necesito enamorarme, no para sentar cabeza, como tú decías, sino para experimentar el amor, esa necesidad de estar con otra persona que supera a la física, ese sentimiento que es más intenso y duradero que cualquier otro, si estuvieras aquí es probable que entraríamos en una disputa al respecto dado que yo te respondería que enamorarse no es para todos, y tú contra atacarías diciendo que eso es porque todavía no he conocido a la muchacha indicada, ¿y sabes qué, Shane? No tengo ganas de pelear en mi mente contigo ahora mismo, y mucho menos en este día, en que se supone que debo deshacerme de ti, en cierto modo.

Me detuve en un lugar desde donde el cielo proyectaba sus rayos de manera directa, el cielo se veía muy azulado y bien despejado, sin una sola nube dibujada en él, un par de pájaros estaban entonando una canción en la copa de un abedul, como si fueran parte de un coro.

Coloqué los remos a un lado y luego te levanté, es decir, a lo que quedaba de ti en esa urna, debía decir unas palabras antes de hacerlo, antes de esparcirte

por esas aguas, pero no preparé un discurso, por lo que solo te diré lo que se me viene a la mente en estos momentos:

Tal como tú lo querías, Shane, estoy en el río Housatonic, a punto de arrojar tus cenizas, aquí descansarás por siempre, o al menos una parte tuya, sé que he estado enojado contigo por la decisión que tomaste de irte antes de tiempo, aun cuando ibas a irte en unos meses de todos modos, pero creo entender por qué lo hiciste, o al menos trato de hacerlo y de respetar tu decisión, como es probable que tú la hubieras respetado si hubiera sido yo quien se hubiera suicidado, no sé si estarás en alguna parte y si algún día volveremos a vernos, pero si no es así una parte tuya siempre vivirá en mi mente, Shane, gracias por ser un buen hermano, siempre te querré.

Y al decir esto abrí la urna y regué tus cenizas en el río, cayeron de forma lenta y sigilosa, como si fueran hebras de polvo, aunque en cierta forma lo eran, algunas quedaron suspendidas en el aire por un rato hasta que finalmente cedieron al magnetismo del agua, pensé en la ironía de que tú te hubieras quitado la vida en un río, y ahora tus cenizas descansaban en otro, es como si tu destino hubiera sido terminar en el fondo del agua de algún modo.

No regresé de inmediato a la posada, dado que me quedé un rato navegando por esas aguas, aspirando el aroma fresco que desprendían mientras contemplaba el paisaje, todo era follaje de un verde intenso, que se mezclaba con algunas tonalidades amarillas que parecían doradas bajo los rayos del sol, más allá todo era colinas y montañas inmensas y tupidas que adornaban el área, cerré los ojos un momento y todo lo que se escuchaba allí era el sonido de los pájaros tarareando una canción, o el correr del agua que era bastante calmo, pero nada de bullicio de personas ni ruido de motores, solo el silencio de una zona tranquila y despejada, tenías razón, Shane, este lugar, por remoto y boscoso que sea, es maravilloso.

Cuando regresé a la posada ya era la hora del almuerzo, pero no fui al comedor a almorzar dado que no quería ver a nadie, en su lugar me encerré en mi dormitorio y pedí que me llevaran el almuerzo allí, aunque apenas probé

bocado, no podía hacerlo, incluso con lo delicioso que parecía todo, ni siquiera probé el postre porque el estómago se me había cerrado debido a que ahora que me había desprendido de ti sentía que te habías ido casi por completo de mi lado.

Quinn

Domingo 2 de julio

Como el sábado por la noche salí, el domingo me levanté un poco más tarde de lo usual, por lo que Grace se había encargado de preparar el desayuno ese día, ahora las cosas eran así, en realidad desde hace casi dos meses que las cosas habían cambiado un poco en mi vida, bueno, por lo menos en el ámbito social y solo un poco, dado que había decidido tomarme el sábado por la noche para salir, a veces me obligaba a hacerlo por lo que el domingo me levantaba un poco más tarde que de costumbre, Grace me había dicho que si quería podía tomarme todo el día, que ella se encargaría, pero no me parecía correcto dejarla cocinar, limpiar y servir sola la comida, aunque fuera solo por un día, encima en verano que era la temporada alta, por lo que antes del mediodía fui hacia la cocina para ponerme a cocinar, ese día hice una paella y sushi, dado que el menú iba variando cada día y había conseguido pescado fresco el día anterior, por lo que con Nicole y Grace también almorzamos eso.

—Cuéntanos, ¿qué tal te fue anoche en tu cita? —me preguntó Nicole de manera animada.

—Bien, es decir, era un muchacho interesante y agradable, tal como tú lo describiste —le dije, dado que era ella quien me lo había presentado ya que estaba saliendo con su amigo.

—¿Y no te parece que tiene unos ojos matadores? —me preguntó en tono

burlón.

—Sí, supongo que sí —le dije, dado que tenía unos ojos verdes esmeraldas muy brillantes.

—¿Y entonces volverán a salir? —me preguntó Grace.

—Desde luego que volverá a salir con él —dijo Nicole, dando por sentado eso, o tal vez incitándome a que lo hiciera.

—Deja que responda ella —le dijo Grace y después volteó la mirada a mí de forma expectante.

—Pues él tiene mi número y dijo que me llamaría para que saliéramos otro día —les dije.

—Y seguro lo hará —dijo Nicole.

—¿Ustedes qué hicieron? —les pregunté.

—Hummm, yo fui a la casa de mis padres un rato, pero ellos tenían una fiesta así que regresé rápido —dijo Grace.

—Y yo salí a cenar con Paul y regresé bastante tarde —dijo Nicole, guiñándome un ojo de forma burlona.

—Tal vez deba buscar a un portero para que te reemplace a la noche —le dije medio en broma.

—De todas formas la gente que salió anoche regresó temprano, y ya les dije que si llegaban tarde y yo no estoy y la puerta está cerrada pues que introduzcan el código para que se abra sola y que luego tomen la llave de su dormitorio del estante, pero que hay dos cámaras grabándolos por si llegaran a tomar otra que no es la suya —dijo en tono de advertencia, habíamos tenido que diseñar ese sistema dado que Nicole no se iba a quedar toda la noche, de hecho, a veces consideraba la idea de contratar a otra recepcionista dado que su turno comenzaba a las siete de la mañana y culminaba a las ocho de la noche, y a pesar de que se ausentaba del mostrador para tomar las comidas, ir al baño o simplemente tomarse un descanso, pasaba más tiempo allí que en otra parte, por lo que no me parecía justo para con ella, pero ella decía que no era necesario que lo hiciera dado que le gustaba estar sentada allí, ya que más

allá de tomar los datos de las personas, cobrarles y entregarles las llaves del dormitorio, no debía hacer más nada, a pesar de que después se ocupaba de responder preguntas en las redes sociales de la posada, contestar emails y chequear la página web, pero no era nada demandante, por lo que casi siempre estaba leyendo alguna revista o libro, o viendo alguna serie en el ordenador.

—¿Irán a la clase de yoga hoy también? —les pregunté, dado que ahora, los fines de semana, recibíamos en la posada la visita de una instructora de yoga que había publicado un par de libros sobre terapia holística.

—A mí me gustó mucho, así que sí —dijo Grace de forma entusiasmada.

—A mí también, así que sí, ¿qué hay de ti? —me preguntó Nicole.

—Creo que también, pero después quiero ir un rato a cabalgar —les dije, dado que desde hace dos meses atrás que los fines de semanas por las tardes estaban destinados a cabalgar.

Para las clases de yoga habíamos acondicionado el salón que estaba junto a la biblioteca, por lo que lo habíamos ornamentado con objetos del feng shui, de lo que Nicole sabía mucho dado que era aficionada a ello y había decorado su dormitorio con símbolos y tótems relacionados a eso, por lo que en ese salón habían velas, inciensos, objetos tribales, budas y gemas. La profesora de yoga era una terapeuta holística, trabajaba mucho con feng shui, flores de Bach y hierbas que preparaba ella misma, había escrito dos libros que había auto publicado y que mayormente se vendían por la zona, Nicole había leído ambos y le habían gustado, yo había intentado leerlos, pero no había ido más allá del primer capítulo dado que no eran mi tipo de lectura, además de que no creía que un libro fuera a solucionararte la vida, y los títulos de ambos me parecían tan ridículos como los conceptos mismos, uno era: *El ingrediente secreto que le falta a tu vida* y el otro: *La vida que siempre soñaste: la tienes a tu disposición*. Honestamente no creía en nada de eso.

Si bien me gustaban las clases de yoga, dado que me ayudaban a aclarar la mente y a mantenerme más enfocada, habían cosas con las que no concordaba

cuando la instructora te guiaba mientras tenías los ojos cerrados y estabas sentado en el suelo en posición de indio, decía cosas como: *“Imagina que eres una flor, tus brazos son los pétalos, tu cuerpo el tallo, ahora imagina que estás bajo los rayos del sol, floreciendo”*. Otra meditación era: *“Imagina que eres un árbol, tu cabeza es la copa, tus brazos son las ramas, tu cuerpo el tronco, y tus pies las raíces, ahora imagina que estás en un bosque, recibiendo la energía de la tierra, nutriéndote de ella”*. Honestamente me costaba imaginar a mi cuerpo como a un elemento de la tierra, pero debía admitir que las meditaciones me quitaban cualquier rastro de estrés que sentía.

Cuando salimos de la clase, fui directo hacia el establo a buscar a Shadow para ir a cabalgar. Shadow se había convertido en mi caballo preferido para cabalgar dado que se notaba que se sentía cómodo conmigo, y yo también me sentía cómoda con él, a diferencia de los primeros días en que solo cabalgaba por los alrededores de la casa, ahora me desplazaba más allá con él, y aunque Shadow nunca galopaba fuerte, ahora lo hacía a una velocidad un poco más elevada que antes, y dado que era verano y estaba caluroso me venía bien cabalgar, sintiendo la brisa vespertina rozarme el cuerpo, había veces que incluso me sentía volar.

Tras dejar a Shadow en el establo, regresé a la posada para comenzar a preparar la cena, ahora que hacía otras cosas más aparte de cocinar me sentía mejor conmigo misma, no pude evitar recordar a Shane, el muchacho de New York que había venido hace dos meses a la posada, dado que en cierta forma él era el responsable por ello al haberme recomendado que debía montar más a menudo, me pregunté qué sería de su vida, había considerado la idea de enviarle un email dado que sus datos figuraban en la planilla de huéspedes del hotel (como los de cada huésped que pasaban por ahí), pero no sabía si sería prudente, y con respecto a contactarlo por redes sociales estaba fuera de discusión dado que yo no era muy amiga de la tecnología, y tampoco tenía tiempo para ello.

—¿Qué cocinaremos el martes? —me preguntó Grace durante la cena—. O, más bien, ¿qué haremos ese día?

—Pues al mediodía almorzaremos aquí, como siempre, hamburguesas y salchichas con ensaladas, y pastel de manzana con helado de postre, y por la tarde iremos al pueblo, y si quieren podemos quedarnos allí a ver los fuegos artificiales y cenar —les dije.

—Pero tenemos huéspedes —señaló Nicole.

—Pero la mayoría se fueron hoy, no creo que vayan a quedarse hasta el martes a celebrar el Día de la Independencia aquí —le dije.

—Bueno, eso es cierto, un par de personas se marcharon hoy, y otros lo harán mañana —convino ella—, pero hay uno que está registrado por la semana entera, el de la seis.

—¿Es el que pidió servicio al dormitorio en el almuerzo y la cena? —le pregunté a Grace y ella asintió.

—Cuando me atendió le vi mala cara —comentó ella.

—¿Estará enfermo? —le pregunté.

—Le pregunté y me dijo que no, que solo estaba mal de ánimo —repuso ella.

—Esta mañana salió y regresó cerca del mediodía con una expresión sombría —comentó Nicole—, no es que pareciera mal humorado sino más bien apagado.

De repente, me vino a la mente el hecho de que Shane también había ocupado esa habitación cuando se había hospedado allí hace dos meses atrás, y también se había sentido mal tras llegar, no es que fuera supersticiosa y pensara que había una especie de maldición en torno a esa habitación, es solo que mi mente había establecido esa conexión por alguna razón.

—Bueno, pero ¿le preguntaste si es seguro que se quedará el martes aquí? Tal vez tiene planeado irse por ese día y luego regresar —le dije.

—Le preguntaré mañana temprano —me dijo.

Antes de acostarme, me quedé mirando a una fotografía que tenía de mi familia, en ella aparecía con mis padres, yo tenía cinco años por lo que apenas

tenía recuerdos de ello, estábamos en el living de mi antigua casa, celebrando mi cumpleaños, los tres aparecíamos abrazados y sonrientes, como si fuéramos una gran familia feliz, no tenía muchas fotografías en la que nos viéramos así, por lo que esa era mi fotografía preferida de ellos y por ello la tenía en la mesa de luz, solo tenía dos fotografías allí, esa y otra más actual, en la que estaba junto a Grace y Nicole dado que en cierta forma ahora ellas eran mi nueva familia.

Connor

Lunes 3 de julio

Tras regresar de esparcir tus cenizas, me quedé encerrado todo el día en la habitación, viendo *E.T*, *Los Goonies* y *Volver al futuro*, eran nuestras películas preferidas de niños y las veíamos siempre que podíamos, uno de los pocos recuerdos que tengo de mamá es de una vez que nos preguntó si no nos cansábamos de ver siempre las mismas películas, otras memorias que tengo de ella es de la piscina de esa casa en verano, cuando nos ponía protector solar y luego se quedaba cerca nuestro, mirándonos cómo flotábamos con nuestros nadadores. Otro recuerdo que tengo es de su última navidad, cuando ya parecía enferma, pero se esforzó por mantenerse igual de dulce y serena que siempre cuando abrimos nuestros presentes. Y otro recuerdo vívido que tengo es de su sonrisa y de su mirada, ambas eran dulces, como ella, eso es algo que sin importar cuánto tiempo pase no se borra de mi mente, y espero que todo lo que recuerdo de ti tampoco se borre nunca, porque ahora es todo lo que tengo de tu existencia.

Me levanté pocas veces de la cama en ese día, para recibir el servicio a la habitación más que nada y para darme un baño rápido, y por la tarde solo me asomé a la ventana a admirar el paisaje desde allí, el sol ya se estaba ocultando por el oeste, pero todavía brillaba con tal intensidad como solo lo hacía en verano. No se veía a nadie por allí, pero supongo que porque era

domingo, de acuerdo a lo que se escuchaba en el pasillo muchos se estaban yendo de la posada ese día, por lo que estaba silencioso. Me quedé mirando fijamente al paisaje cuando vi a un caballo pasar cabalgando por allí, con una muchacha encima, me quedé contemplándola dado que llevaba los cabellos al viento y su postura estaba bien erguida y relajada, como si realmente disfrutara de cabalgar. Esa visión me proporcionó tal admiración que me despertó ansias de cabalgar, tú lo sugeriste en tu lista de deseos, así que lo haré en estos días.

El lunes me levanté temprano para salir a correr por la zona. Tras desayunar, un desayuno que parecía continental por lo succulento que era, perfilé hacia la salida cuando la recepcionista me habló.

—Disculpa, pero quiero saber si te quedarás mañana aquí —me preguntó.

—Sí, me quedaré hasta el domingo por la mañana —le recordé.

—Claro, pero es que pensé que como mañana es el 4 de julio tal vez te irías —me dijo.

—No, me quedaré aquí —le dije—, ¿hay algún problema con ello? —Pensé que tal vez se cerraría la posada por ser el Día de la Independencia.

—Oh no, es que serás el único aquí, por eso preguntaba —repuso sonriendo, yo asentí y luego salí de allí, la verdad que con tu muerte se me había olvidado lo del 4 de julio, pero de todas maneras no tenía sentido que me quedara en New York a celebrar una festividad que no quería celebrar.

Fui a correr por los alrededores de la secundaria Kent, tu adorada escuela, de la que con tanta devoción hablabas que a veces yo sentía celos y hasta odiaba porque tras que tú comenzaras a asistir allí yo quedé solo en casa, iba a la escuela, pero después debía regresar a casa y estaba solo, tú ya no estabas allí y después solo te vería algunos fines de semanas y en fechas especiales, cuando yo iba a comenzar la secundaria no quise asistir a esa escuela por varios motivos, pero al principal nunca te lo dije y es que temía no forjar ninguna amistad y tú eras popular en tu escuela, por lo que no dejarías a tus

amigos para estar conmigo y eso me hubiera molestado, dado que yo siempre venía antes que todos según tú, y así era, pero por ello mismo escogí ir a otra escuela, para no crearte problemas. Tu escuela es tal como tú la describías, y como la vi en las fotografías, aunque es parecida a muchas escuelas residenciales de Nueva Inglaterra, incluso a la mía, me pregunto si alguien de allí se enteró de tu muerte, y si la misma tuvo algún impacto en ellos, aunque es una pregunta estúpida, dado que tú impactaste en cualquiera que conocieras, incluso si solo los habías conocido de manera esporádica.

Regresé a la posada cerca del mediodía, por lo que fui directamente al comedor para almorzar. Había pocas personas sentadas allí, por lo que intuía que se marcharían por la tarde.

—Por lo visto hoy te sientes mejor —me dijo Grace, mientras depositaba el plato en mi mesa.

—Sí, ayer no tuve un buen día —le dije y ella asintió.

—¿Por algo en particular? —me preguntó con voz relajada, no como si estuviera figoneando sino como si realmente le preocupara, si bien tú eras el observador de los dos, ciertas personas parecen tan sinceras que cualquiera se da cuenta de sus verdaderas intenciones.

—Algo así —le dije sin entrar en detalles.

—Disculpa mi intromisión —dijo al instante de forma apenada.

—Descuida —le dije, ella sonrió y se dio vuelta para marcharse, mientras la veía alejarse pensé que tal vez podría haberle preguntado sobre ti dado que estuviste allí hace dos meses atrás, por lo que de seguro te habría visto.

Ese día almorzamos una cazuela deliciosa, y de postre un flan con caramelo y crema. Cuando Grace regresó para recoger las cosas la detuve:

—Oye, Grace, ¿puedo hacerte una pregunta? —inquirí.

—Desde luego —repuso sonriendo.

—¿Tú recuerdas a un muchacho que vino para aquí hace dos meses atrás desde New York? —le pregunté.

—Hummm, la verdad es que viene mucha gente de New York, ¿podrías ser más específico? —me pidió.

—Tenía veintisiete años, era un poco más alto que yo, pero tenía casi mi misma complexión y su cabello era de color castaño, se llamaba Shane —en el momento en que le dije tu nombre su rostro se iluminó con una expresión de reconocimiento, no me extrañó que supiera tu nombre o que te recordara y de una manera tan cariñosa, estaba seguro de que en cuanto me fuera de allí nadie recordaría mi nombre o mi existencia.

—Sí, claro, Shane de Brooklyn, ¿verdad? —yo asentí—. Pues sí, lo recuerdo, ¿por qué?

—Es... mi hermano. —Sé que tendría que haberme referido a ti en tiempo pasado, pero es duro hacerlo, y en especial enfrente de alguien que no está al tanto de tu muerte.

—Vaya, qué sorpresa, ¿o él te comentó sobre este lugar? —me preguntó.

—Sí, la estadía aquí es un regalo de él —le dije y ella asintió—. Oye, ¿tú hablaste con él esa vez que vino?

—No mucho, solo me dijo que se llamaba Shane, que era de Brooklyn, y que había venido porque asistió a la secundaria Kent por lo que conoce bien la zona, se hospedó en tu misma habitación y solo se quedó dos días, un fin de semana —repuso.

—Ya veo —le dije.

—¿Puedo saber por qué lo preguntas? ¿Acaso no estás en contacto con él? —inquirió y yo me habría hecho la misma pregunta si no sabía sobre tu muerte.

—No, solo curioseaba —le dije y ella asintió.

—Pues quien habló mucho aquí con él es Quinn —me dijo.

—¿Y ella quién es? —le pregunté.

—¿Acaso no conociste a Quinn? —me preguntó con incredulidad y yo negué con la cabeza—. Es la cocinera y dueña de la posada.

—Tú me dijiste el sábado que ella pasaría por aquí a saludar, pero no lo hizo —le recordé.

—Claro, tienes razón, es que al mediodía estaba haciendo una llamada a un proveedor, y por la noche salió tras preparar la cena, y ayer vino, pero tú no bajaste a comer aquí —me explicó—. Pues el hecho es que Quinn es quien habló bastante con él, pero no sé de qué, solo sé que causó una muy buena impresión en ella dado que Quinn no es muy sociable, es decir, sí lo es, pero porque debe serlo, o sea por obligación, dado que es la chef y dueña de esta posada, pero socialmente le cuesta abrirse a la gente, pero con él no le costó demasiado.

No me sorprendió para nada escucharlo, dado que no había persona que no se abriera ante ti.

—¿Y crees que podría hablar con ella? —le pregunté.

—Seguro, ya le diré que quieres saludarla y vendrá —me dijo sonriendo.

—Gracias —le dije y después me quedé sentado allí, a pesar de que todos ya se habían marchado del comedor, dado que quería hablar con la cocinera y preguntarle sobre ti, desde luego que tendría que contarle sobre tu muerte dado que quiero que me cuente casi toda la conversación que mantuvo contigo, aunque tal vez sea personal y no quiera hacerlo.

Desvié la mirada hacia la ventana para admirar el paisaje que se veía desde allí, desde donde se mirase aquel lugar parecía ser una postal, cada ángulo era diferente, pero igual de cautivante.

Estaba tan absorto en esa imagen que no escuché que alguien había entrado, solo me volví cuando escuché su voz.

—Hola, yo soy Quinn, la cocinera y dueña de la posada —se presentó, y cuando volteé la vista hacia ella me encontré con una muchacha joven, de estatura media, algo flacucha, llevaba el cabello recogido y su rostro era sereno. Me quedé mirándola un momento antes de responderle, dado que no estaba seguro, pero por su complexión me parecía que era la muchacha que había visto cabalgando en el caballo la tarde anterior. Cuando por fin hablé le dije:

—Soy Connor, el hermano de Shane Holloway.

Quinn

Lunes 3 de julio

Cada lunes por la mañana hacía una lista de los posibles menús para la semana, así podía ver con antelación si contábamos con todos los alimentos para cocinar, o si debíamos comprar algunos, como al día siguiente era el Día de la Independencia ya tenía decidido lo que cocinaría al mediodía y a la noche, aunque en realidad sería lo mismo para ambas ocasiones dado que a esa comida solo la comíamos en aquella fecha.

Cuando estaba terminando de almorzar, Grace regresó con los platos y utensilios del comedor que los puso en el fregadero para lavarlos, ella era quien se encargaba de lavarlos y yo de secarlos.

—Oye, Quinn, el muchacho de la seis está preguntando por ti, quiere conocerte —me dijo Grace.

—Oh, ¿está en el comedor? —le pregunté, recordaba que era el que había llegado el sábado, pero no lo había conocido todavía.

—Sí, te está esperando —me dijo.

—Una vez que termine aquí iré a verlo entonces —le dije.

Tras terminar de acomodar todo en la cocina, me quité el delantal, me arreglé un poco el cabello en un espejo que había allí, y me fijé si no tenía algunas manchas de comida en el rostro, dado que a veces mientras estaba cocinando me pasaba la mano por la frente o las mejillas sin darme cuenta.

Cuando entré en el comedor solo se encontraba el muchacho de la seis, estaba sentado junto a una de las ventanas, mirando hacia afuera a través de ella, en cuanto se volvió tuve la extraña impresión de haberlo visto antes, tal vez había ido para allí alguna vez, si bien la posada no siempre estaba colmada de gente recibíamos tantos huéspedes al cabo de un año que a veces era difícil recordarlos a todos, él se quedó mirándome fijamente un momento y después dijo algo que me sorprendió:

—Soy Connor, el hermano de Shane Holloway.

Me tomó un momento reaccionar ante lo que había dicho por la impresión que me había causado.

—¿Eres hermano de Shane? Él estuvo hace dos meses aquí —le dije, pensando que tal vez por ello lo encontraba conocido, dado que tenía un aire parecido a Shane, aunque fuera muy nimio.

—Sí, eso me dijeron aquí —repuso mirándome—. De acuerdo a Grace, tú lo conociste, es decir, eres quien más habló con él.

—Sí, así es —le dije, pensando cuál era el motivo por el que lo preguntaba, tal vez él no se lo había contado.

—¿Podrías contarme al respecto? Si es que no es algo privado —me dijo, haciendo señas a la silla que estaba al frente.

—Sí, es decir, no hay nada que fuera privado, o que no quiera contarlo —le dije mientras me sentaba. Me puse a relatarle sobre la primera vez que lo vi en el comedor, luego esa noche enfrente del río, la manera embelesada en la que hablaba de Kent y de la naturaleza, de su devoción por su profesión como profesor, y del orgullo que sentía por ser su hermano, él esbozó una sonrisa complacida ante ello.

—Y lo vi por última vez el domingo 7 por la tarde, antes de que se fuera, me incitó a que cabalgara en uno de los caballos del establo y lo hice, luego dimos una caminata desde el establo hasta aquí —le dije y luego le conté de qué hablamos, aunque mayormente era sobre mí no me importó contarle que me había dicho que debía abrirme a las relaciones sentimentales.

—No me sorprende, pero no es que Shane fuera entrometido, es solo que siempre le preocupó el bienestar de las personas, aun cuando solo las conociera de forma efímera y casual —repuso y yo asentí.

—Sí, eso me pareció —le dije—, ¿puedo preguntarte cómo está él?

Podía haberle preguntado por qué me hacía esas preguntas cuando podía preguntárselas a él directamente, aunque pensé que tal vez habían tenido una pelea o un desacuerdo y ahora estuvieran distanciados temporalmente.

—Shane murió hace un mes.

Usualmente no me quedaba petrificada por nada dado que nunca recibía noticias malas o impactantes, probablemente la última vez que me sentí así fue cuando la vecina de mi padre me dijo que este había muerto, pero ahora sentía que me había quedado helada y hasta paralizada.

—¿Qué? —le dije confundida, pensando que tal vez no había oído bien.

—Murió hace un mes, de hecho ayer hizo exactamente un mes —me dijo y entonces me di cuenta de que era cierto.

—¿Cómo? —le pregunté sin poder salir del asombro.

—Se ahogó en el río Hudson —repuso bajando la mirada—. Bueno, ahogarse es un eufemismo cuando en realidad no fue algo accidental.

—¿Quieres decir que...? —le dije y él asintió sin dejarme terminar la pregunta, me quedé aún más pasmada al saberlo dado que parecía un muchacho de lo más cuerdo y feliz.

—Pero no lo hubiera hecho si no se hubiera visto obligado a ello —me dijo y yo lo miré extrañada.

—¿Tenía problemas de dinero? —le pregunté, dado que mucha gente se suicidaba por eso, pero él negó con la cabeza.

—Tenía leucemia, fue diagnosticado los últimos días de abril, pero era terminal, por lo que de todas maneras moriría este año —me dijo y yo debo haber adoptado una expresión atónita porque él dijo: —Supongo que no te lo dijo.

—No —le dije, negando con la cabeza—, pero ahora cobran sentido algunas

cosas —le dije y él se quedó mirándome, como esperando que le explicara y entonces le dije que rechazó varios postres alegando que estaba mal del estómago, que estaba algo pálido, que al día siguiente lo encontré colorado y sudado, aunque él había alegado que se había agitado porque hacía mucho que no cabalgaba, pero yo también cabalgué ese día y a pesar de no haberlo hecho en mucho tiempo no me agité, y por último estaban las cosas que había dicho, el hecho de que admiraba todo de forma embelesada, como si fuera la última vez que vería todo eso.

—Su muerte fue repentina, a pesar de que esperábamos que lo fuera, pero no de ese modo —repuso con voz queda mientras desviaba la mirada hacia la ventana.

—Lo imagino —le dije, todavía tratando de asimilar la noticia, a pesar de que había conocido a Shane de forma esporádica, había generado tremendo impacto en mí en ese corto tiempo.

—Yo no sabía que había venido para aquí hace dos meses, pero no me sorprende, dado que este lugar siempre fue uno de sus preferidos, probablemente el preferido, dado que como te dijo asistió a la secundaria aquí por lo que conservaba buenos recuerdos de este lugar —me dijo y entonces yo me atreví a decirle algo aunque no sabía si estaba bien hacerlo.

—Él tenía deseos de trabajar en la secundaria de aquí, pero no lo hizo porque quería estar en New York, cerca de ti. —Por su expresión se notaba que no lo había sorprendido mucho.

—Siempre lo sospeché —me dijo—, aunque él nunca me lo dijo, supongo que para no incomodarme.

—Me contó lo cercanos que eran —le dije y él asintió, y entonces me percaté de cuánto lo habría afectado aquello—. Lamento mucho su muerte.

—Yo también —dijo con voz queda.

—Antes dijiste que no sabías que él había venido para aquí hace dos meses, ¿viniste para aquí porque este lugar te recuerda a él? —le pregunté.

—No —dijo negando—, unos días después de su muerte encontré una lista

de deseos finales de Shane, algo así como sus últimas voluntades, entre ellos decía que debía venir para aquí por una semana para pasear y explorar el lugar más que nada, pero también para esparcir sus cenizas en el río.

—Oh... —dije sorprendida.

—Y lo hice, ayer por la mañana que se cumplía un mes de su muerte —me dijo y entonces cobró sentido el hecho de que se hubiera sentido mal durante todo el día y no hubiera bajado, si bien yo había establecido coincidencias entre él y Shane por haber ocupado la misma habitación y por lo de haberse sentido mal, resulta que uno era en el aspecto físico y el otro en el emocional, aunque sí había algo que ambos compartían y eran los genes.

—Debe haber sido feo —fue lo único que se me ocurrió decirle.

—Más que feo fue extraño hacer tal cosa —me dijo.

—Lo entiendo —le dije y él se quedó mirándome.

—Todo este mes ha sido duro, y no solo por su ausencia, sino también por todas las cosas que rodean a su muerte, sus objetos personales, el tener que hablar de él con la gente en tiempo pasado, el saber que hay cosas que no volverán a ser lo mismo... —dijo con voz cansina.

—Yo perdí a mi madre cuando tenía doce, así que sé muy bien lo que significa perder a alguien —le dije, recordando los días posteriores a su muerte, su lado vacío en la mesa, su ausencia en la casa, escuchar su voz cada día, verla sonreír, todavía se sentía el olor de su perfume esparcido por la casa, era solo una persona, un miembro más de la familia, pero el más importante, el pegamento que nos mantenía unidos a los tres, por lo que eso generó una modificación en todas las cosas ordinarias, dado que mi madre se ocupaba de todas las cuestiones de la casa y de las mías, tras terminar de ordenar la casa se sentaba a mi lado para ayudarme con la tarea de la escuela, hacía la colada, cocinaba, limpiaba, se ocupaba de pagar las cuentas, de revisar mis cosas, de asistir a los eventos escolares, cosas que mi padre rara vez hacía dado que si no estaba trabajando estaba con sus amigos jugando al póker o en casa leyendo el periódico o alguna revista deportiva, por lo que

tras su muerte todo eso cambió, y de repente las vidas de mi padre y la mía se desmoronaron y quedaron pendiendo de un hilo, además de que ambos la extrañábamos a mi madre y lo expresábamos a nuestra manera, por separado, desde luego.

—Mi madre también murió cuando yo era niño —repuso.

—Lo sé —le dije y él se quedó mirándome.

—Shane nunca tuvo reparos a la hora de abrirse ante las personas, en eso nos diferenciamos bastante —repuso.

—Eso me dijo —le dije y él asintió.

—Siempre fue muy sociable, era algo natural en él, pero no de un mal modo, sino de uno bueno, sabía cómo llegar a las personas, por ello era muy querido en las escuelas por sus alumnos —me dijo.

—Se notaba que era un buen muchacho, y que era muy devoto de su profesión —le dije.

—Sin dudas dejará un tremendo vacío en cada una de las vidas que tocó —dijo con voz lánguida y la mirada perdida, tenía la mano derecha encima de la mesa, por lo que me vi tentada a deslizar la mía y tomársela, pero me percaté de que hubiera estado fuera de lugar.

—Lo sé, porque generó tal impacto en mí que ahora cabalgo a menudo, y tal vez para otra persona eso sea una tontería, pero no para mí que hacía mucho que no lo hacía, o que no me permitía hacerlo, y él me recordó que era bueno tomarme esos momentos para mí y que no estuviera siempre enfocada en el trabajo —le dije, sintiendo una oleada de gratitud por dentro, pero esta vez fue una gratitud de otro tipo, más mística dado que él estaba muerto.

—Shane siempre generaba un impacto positivo en la gente, es lo que él hacía, una vez le dije, medio en broma y medio en serio, que debía ser motivador emocional, y me dijo que en cierta forma eso hacía con sus alumnos, dado que si bien los entrenaba físicamente también los impulsaba a ser mejores en todos los aspectos a través de los entrenamientos —repuso.

—Pues no sé qué más decirte aparte del hecho de que está claro que este

mundo perdió a un ser que era indispensable —le dije y él asintió.

—Sí, así es —repuso y luego se quedó callado, yo no supe cómo continuar la conversación, quería preguntarle algunas cosas sobre Shane, pero no me parecía prudente hacerlo de momento—. Gracias por responder a mis preguntas —me dijo de manera estoica.

—Por favor, fue un placer —le dije, y luego él se levantó de la silla por lo que yo también lo hice. Entonces descubrí que era tan alto como Shane, y tal como él también tenía un cuerpo ejercitado, aunque no tanto.

—Bueno, me iré a mi dormitorio —repuso—. Por cierto, la comida es muy deliciosa, felicidades.

—Oh, gracias, me alegra que te guste —le dije complacida dado que siempre era un halago escuchar esos cumplidos en cuanto a mis comidas.

—Gracias de nuevo, te veré después —dijo y se marchó para irse a su habitación.

Yo regresé a la cocina, con la cabeza todavía abrumada por la noticia que me había dado, por un momento se me había puesto la piel de gallina al enterarme de que Shane había muerto, pero ahora sentía una sensación liviana en el cuerpo, llena de gratitud, como si hubiera tenido contacto por un breve momento con una especie de santidad, y que con su toque me hubiera otorgado algo de paz, y hubiera modificado una parte de mi vida que por mínima que fuera era significativa.

Connor

Lunes 3 de julio

En cierta forma te siento cerca de mí ahora que estoy aquí, sabiendo que este es uno de los últimos lugares que transitaste en tu último mes de vida, y que te hospedaste en esta misma habitación en la que me encuentro ahora, de hecho te siento más presente aquí de lo que te siento en New York, no sé si una vez que vaya a la casa de papá (que no sé cuándo será) te sentiré ahí también, es probable que todo el tiempo esté rememorando recuerdos del pasado, que te vea en cada rincón de esa casa, que sienta tu aroma y que escuche tu voz, riéndote de mí porque me caí del trineo, o porque intenté preparar una malteada e hice un desastre en la cocina. Pero este lugar, este lugar desprende partes tuyas de algún modo, aunque en cierto sentido ahora hay partes tuyas esparcidas por el río, por lo que aquí vivirás por siempre, tal como siempre lo deseaste.

Incluso ahora no dejo de sorprenderme al enterarme de que generaste un impacto positivo en la vida de alguien en este lugar, cuando la escuché a esa muchacha llamada Quinn hablar de ti, y vi en su mirada cuánto la había conmovido conocerte y la noticia de tu muerte, no pude evitar sentir una punzada de envidia en mi interior, si bien siempre fuiste el del encanto natural, nunca antes te había envidiado por ello, en todo caso sentía admiración por ti, siempre estuve orgulloso de tener un hermano mayor que no tuviera que

esforzarse para relacionarse con la gente, que solo le bastara con estar presente en un lugar para despertar interés en alguien, que su sola imagen fuera suficiente para que otra persona se sintiera cómoda, eras un empático por naturaleza y por ello te admiraba, pero esta vez todo lo que sentí fue envidia, y no sé por qué, no sé si fue por algo que esa muchacha dijo, o por la forma en la que lo dijo (encandilada, todos los que te conocían se enamoraban un poco de ti sin importar la edad o el género), o tal vez sea por el hecho de que ya nunca más impactarás en la vida de nadie, ahora todas las historias de la gente que inspiraste las escucharé a través de relatos pasados, pero nunca más inspirarás a nadie en el futuro, y tal vez eso es lo que me molesta un poco, pero también, mientras esa muchacha hablaba de ti con tanta devoción, me pregunté cómo lo hacías, cómo hacías para sentirte tan cómodo en presencia de la raza humana, nadie lograba incomodarte, ni siquiera las personas más intolerables, tú siempre les dabas otra oportunidad, sin importar lo que te hubieran hecho, y entonces terminaban por ceder a tus encantos, nunca te tomabas nada de modo personal porque decías que nunca era personal, que el enfado o lo que fuera que otras personas sentían tenía más que ver con ellos que contigo, nunca cuestioné o me pregunté a quién saliste en ese aspecto (aunque es probable que a mamá más que a papá), pero ahora que lo pienso creo que siempre fuiste así, desde pequeño, porque te recuerdo de ese modo, y nunca modificaste esa parte tuya, tenías tus defectos, como todos los humanos, pero comparado a tus virtudes no existían. Creo que nunca te dije que quería ser como tú, todo lo que te dije es que deberían haber más personas en el mundo como tú, que de ese modo nos ahorraríamos guerras y peleas y conseguiríamos la paz mundial, pero debería haberte dicho que más que nadie quería ser como tú, porque de ese modo hubieras sabido cómo te ve alguien y lo que se siente estar orgulloso de alguien como tú.

Quinn

Martes 4 de julio

Al final el martes tendríamos más huéspedes de los que pensábamos, aunque no tantos, solo cuatro, pero eran bastante para un día de festividad. Con Grace y Nicole decoramos el interior y exterior de la posada con globos y banderines de los colores del país, incluso si no había nadie decorábamos la posada en épocas festivas, luego guardábamos todo en el sótano hasta el año siguiente.

Con Grace nos pusimos a hacer hamburguesas, salchichas y carnes asadas con ensaladas, ya habíamos preparado varios pasteles de manzanas temprano y se estaban aireando cerca de la ventana.

—¿Qué haremos más tarde? —me preguntó Grace.

—Iremos un rato al pueblo con los huéspedes a ver los fuegos artificiales, y luego regresaremos para preparar la cena —le dije.

—¿Y prepararemos lo mismo para la cena? —me preguntó.

—Sí, dado que sobrará mucho y no cocinamos esto seguido, además ninguno de los huéspedes que están ahora son vegetarianos —le dije.

—Oh, bueno, entonces mejor así —repuso ella—. Oye, al final ayer no te pregunté si hablaste con el muchacho de la seis.

—Oh sí, lo hice —le dije, mientras tomaba la carne picada para armar las hamburguesas.

—¿Y qué te pareció? —me preguntó con curiosidad.

—Hummm, apuesto —le dije y de inmediato me percaté de que era Grace quien estaba preguntando, no Nicole, a Grace le importaba más la personalidad de una persona no la apariencia—, es decir, parece amable.

—Primero dijiste apuesto —señaló.

—Porque olvidé que estaba hablando contigo —le dije.

—Pero crees que es apuesto —volvió a decir.

—Sí, bueno, ¿a ti qué te pareció? —le pregunté.

—Pues también me pareció apuesto y amable, pero lo conocí como a todos los huéspedes, de manera más bien formal —repuso.

—¿Tú saldrías con un huésped? —le pregunté.

—¿Acaso está vedado? —preguntó con incredulidad—. Supongo que si me gustara uno y me invitara a salir pues lo haría, ¿y tú?

—No lo sé, más que nada porque no sé si volvería a verlo —le dije.

—Lo entiendo, pues cuando me preguntaste si saldría con uno entendí que te referías a salir de manera informal, por el tiempo que estuviera en la posada, no pensé que te referías al hecho de salir de manera seria —repuso.

—¿Y tú estás abierta a eso de salir de manera informal con alguien? —le pregunté, dado que desde que la conocía que nunca había salido con nadie.

—Claro, es decir, si me gusta un muchacho sí, pero si eso lleva a una relación formal mejor aún —repuso.

—Lo entiendo, yo pienso igual que tú, aunque prefiero salir con alguien de manera formal más que informal —le dije.

—¿Y qué hay del amigo del muchacho con el que Nicole está saliendo? —me preguntó.

—Bueno, solo tuve dos citas con él, no estamos saliendo precisamente, solo nos estamos conociendo, ni siquiera nos dimos un beso —le dije y ella abrió los ojos de manera sorprendida.

—Creí que ya habían pasado por todo eso —me dijo.

—Aquí entre nosotras te diré algo que no le diría a Nicole dado que ella se

ve muy entusiasmada con el hecho de que salga con ese muchacho, o con alguien para el caso, pero no creo que vuelva a salir con ese muchacho dado que si bien es bueno no creo que haya conexión entre nosotros.

—Lo entiendo, y me di cuenta de ello, es decir, a ti se te nota enseguida cuando algo te entusiasma y no noté ninguna chispa cuando hablas de ese muchacho, y si yo fuera tú tampoco saldría de nuevo con él si no hay conexión —me dijo.

—Sí, no creo que vuelva a verlo —le dije.

—¿Sabes? Cuando vino ese muchacho llamado Shane pensé que había algo entre ustedes —me dijo para mi sorpresa.

—¿Ah sí? ¿Por qué pensaste eso? —le pregunté.

—Bueno, más que nada porque te acercaste a él, y tú casi nunca intercambias más allá de un saludo y un par de palabras con los huéspedes, y con él fuiste más allá de eso —me dijo.

—Oh, claro —dije, viéndolo desde afuera cualquiera pensaría eso de mí dado que yo no era una muchacha muy sociable, y tal como ella lo había señalado no intercambiaba más que un saludo y un par de palabras con los huéspedes—, pues sí, es cierto que me acerqué a él, pero no de ese modo que estás pensando, Shane era un muchacho con un magnetismo especial y natural hacia los seres humanos, por lo que me hizo bien conocerlo dado que en cierta forma me inspiró a hacer cosas por mí misma que las había relegado a causa del trabajo.

—Con que él es el causante de ese cambio en tu vida, pues sí que es un muchacho con un don especial —dijo en tono burlón—, por cierto, supongo que el de la seis te dijo que es hermano de él.

—Sí, así es —le dije—, él murió, Shane murió hace un mes.

La expresión atónita que adoptó el rostro de Grace debe haber sido la misma que la mía cuando me enteré de ello.

—Dios, ¿cómo? —preguntó de forma perpleja.

—Estaba enfermo —le dije, omitiendo contarle que se había encargado de

acelerar el proceso de su muerte debido a eso, dado que me parecía fuera de lugar, y de todas maneras la enfermedad que tenía era terminal por lo que iba a morir igual.

—¿O sea que cuando vino ya estaba enfermo? —yo asentí—. Eso explica que haya rechazado varios postres y se viera algo cansado y pálido.

—Lo mismo pensé yo —le dije.

—¿Y él no te lo había contado cuando estuvo hablando contigo? —me preguntó.

—No, supongo que no quería que le tuviera lástima, y además solo me vio esa vez —le dije.

—Claro, pues pobre Shane, tan joven y apuesto que era —musitó y yo asentí, concordando con ella—, entonces por eso su hermano me preguntó con tanta curiosidad sobre él, y por ello quiso hablar contigo.

—Sí, quería saber de qué hablamos, a pesar de que no hablamos de nada fuera de lo común —le dije, aunque había omitido contarle la última parte a él, pero pensé que no tenía sentido de todos modos.

—Lo entiendo, si uno de mis hermanos muriera tal vez querría saber lo que hizo en los últimos meses —repuso, Grace tenía dos hermanos más grandes que ella, uno vivía en New Milford, el pueblo del que era ella, y el otro en Boston.

—Eran solo ellos dos por lo que eran apegados —le conté.

—Claro, pues qué triste para ese muchacho haber perdido a su hermano y siendo tan joven —musitó de forma apenada—, ¿por eso vino para aquí ahora? ¿Porque este es uno de los últimos lugares que transitó Shane?

—En realidad Shane le hizo la reserva, y le pidió que esparciera las cenizas en el río de aquí —le dije.

—Vaya, y yo que pensé que había venido a un viaje de placer, por lo visto no es tan así —musitó ella.

Tras que almorzáramos, todos nos fuimos en diferentes autos hacia el pueblo. Una vez que llegamos allí, fuimos hacia la avenida principal en donde había

una especie de desfile con hombres disfrazados en atuendos presidenciales, y carruajes adornados, las aceras estaban llenas de gente dada la festividad y el hecho de que era verano, aunque en invierno, durante los desfiles navideños, también se llenaban, dado que Kent tenía una población que no llegaba a los tres mil habitantes, por lo que no habían tantas atracciones como en las grandes ciudades, pero todo lo que había era atractivo, de hecho el aspecto del pueblo en general era pintoresco, a veces me recordaba a Parkview, mi antiguo pueblo de Pensilvania, en el estilo rústico y el ambiente placentero y tranquilo, aunque Kent era más chico y de estilo más colonial que Parkview, tenía tiendas de todo tipo de cosas artesanales, y algunos lugares históricos para visitar, y aunque el pueblo podía ser chico estaba lleno de atracciones naturales, por lo que muchos lugareños me decían que había tomado la decisión correcta al convertir en posada la casa de la tía Georgette, dado que la ubicación era perfecta y atractiva para todo tipo de visitas y actividades al aire libre, y estaba cerca del pueblo.

Divisé entre la multitud a algunos huéspedes de la posada, entre ellos al hermano de Shane, estaba parado en la acera del frente, junto a un árbol, con los brazos cruzados, llevaba puesta una remera verde y un jean, tal vez en rasgos generales no era muy parecido a Shane, pero sí en rasgos particulares, como en la forma de los ojos, aunque no en cuanto al color dado que los de Shane eran avellanas, y los de este muchacho parecían ser almendrados, el cabello de Shane era castaño claro, y el de su hermano más oscuro, la piel de Shane también era más pálida que la de él, aunque ahora sabiendo que tenía una enfermedad terminal era probable que se debiera a eso. Ambos eran apuestos a sus maneras individuales de todos modos.

Me quedé atrapada en la imagen del muchacho cuando él miró hacia donde yo estaba y nuestras miradas se encontraron, por un momento solo estuvimos mirándonos fijamente, y aunque debí haber apartado la mirada no lo hice, solo me quedé mirándolo fijamente, mientras sentía que él me penetraba con la mirada, después esbozó una sonrisa que se la devolví de manera automática,

mientras escuchaba que en el cielo irrumpían unos estruendos, dando lugar al juego de fuegos artificiales.

Connor

Miércoles 5 de julio

He sobrevivido al primer Día de la Independencia sin ti, y no ha sido tan malo como pensé que sería, pero supongo que se debe al hecho de que me encuentro en un lugar alejado de New York, que aunque me recuerda a ti aquí no hay nadie allegado a nosotros, pero de todas maneras esto es solo el comienzo dado que a lo largo de este año, y parte del que viene, tendré que atravesar por varias festividades sin ti, será el primer Halloween, cumpleaños (tuyo y mío), Acción de Gracias, Navidad, Año Nuevo, y así... una serie de fechas especiales en las que no volverás a estar presente, será como un círculo vicioso, como ver la rotación de la tierra una y otra vez y no encontrar el final, no ver el camino que sea recto, porque ahora todos los caminos serán sinuosos, o con vueltas al pasado, porque solo en el pasado es en donde tú existes.

El martes, tras desayunar, fui a correr como cada día, no tenía planeado hacer nada en particular después, pero dado que la posada ofrecía paseos guiados de seguro tomaría uno de ellos dado que no tenía muchas ganas de ir solo, ya había explorado suficiente en modo solitario, y esto es algo que tú harías, ir con la multitud a visitar la zona, como si estuvieras en un peregrinaje, así que en cierto modo seguiré tus pasos.

Tras almorzar fuimos hacia la Preservación India Schaghticoke, que

básicamente era un bosque rocoso por el que cruzaba el sendero de los Apalaches, recuerdo que me contaste sobre la primera vez que viniste a este lugar, dado que no está muy lejos de tu escuela, de hecho pertenece a ella, me contaste que los indios Schaghticoke solían habitar aquí, que cada pueblo y ciudad de Connecticut habían sido habitados por indios que habían vendido sus tierras, pero que la mayoría de los ríos, lagos y algunas preservaciones conservaban sus nombres, una noche, con tus compañeros y profesores, acamparon allí e hicieron una representación de esa tribu, como también hacían representaciones de las tropas británicas invadiendo estas tierras durante la Guerra Revolucionaria.

La preservación tenía una zona apartada en las que se encontraban unas casetas de maderas que pertenecían a los indios de esa época, bueno, no realmente, pero simulaban serlo, en el medio había un círculo hecho con piedras para hacer fogatas, a lo lejos se veía el río Housatonic que cruzaba por un estrecho.

No regresamos hasta pasadas las cinco, cuando el sol comenzaba a caer de manera lenta por el horizonte.

Esa noche cenamos comida china en la posada, y a pesar de que había sido preparada allí era tan deliciosa como la de un restaurante. Tras tomar un *cheesecake* de postre, me levanté para ir al dormitorio, pero había comido tanto que temí que me cayera mal acostarme tan rápido, además de que todavía no tenía sueño, por lo que fui hacia el exterior a caminar un rato y aspirar un poco de aire nocturno. Afuera la noche estaba serena y estrellada, no se oía ningún ruido excepto el que provenía de algunos animales noctámbulos que estaban ocultos en los árboles. Comencé a caminar en dirección al río y una vez que llegué allí me quedé parado en el borde, mirando al agua de manera fija, a esa hora se encontraba en calma, aunque era probable que siempre lo estuviera, no imaginaba que esas aguas fueran a enfurecerse y producir una especie de tsunami. La luna se reflejaba en el agua como si fuera un espejo, me

pregunté si estarías viéndola desde algún lugar, y si estarías con mamá y ambos me estarían viendo en ese momento.

Un rato después me di vuelta para seguir caminando cuando me llevé un gran susto que casi caí al agua.

—Cielos —musité en voz alta.

—Disculpa, no fue mi intención asustarte —dijo ella de forma apenada.

—Descuida, es que estaba tan absorto mirando al agua que no te sentí acercarte —le dije.

—¿Estabas dando un paseo nocturno? —me preguntó.

—Sí, supongo que tú también —le dije.

—Sí, cada noche doy un paseo tras terminar de arreglar todo en la cocina —repuso, cruzándose de brazos, pero no por cruzarse simplemente, sino como si fuera a protegerse del frío que se sentía allí.

—¿Es agotador el trabajo en la cocina? —le pregunté, tratando de establecer una conversación dado que eso es lo que harías tú si estuvieras aquí.

—Hummm no, es decir, lleva su tiempo, porque no solo debemos cocinar sino también ir al pueblo a encargarse y comprar las cosas, después de cocinar tenemos que limpiar la cocina y preparar otras cosas, pero me gusta mucho hacerlo, y siempre soñé con ser cocinera de un restaurante, pero serlo de una posada, y que encima es mía, colma mis expectativas —repuso con un deje de orgullo en la voz, no pude evitar sonreír al escucharla hablar dado que se notaba que llevaba una vida que le proporcionaba mucho placer, y si tú estuvieras aquí también estarías sonriendo como yo, porque si en algo nos parecíamos los dos era en el hecho de que nos gustaba mucho la gente que seguía sus sueños, en especial en el ámbito profesional, dado que ambos seguimos nuestros sueños sin dudarlos siquiera, tal como mamá nos pidió que hiciéramos antes de morir.

—¿Entonces tú compraste esta casa y la convertiste en posada? ¿O es la casa de tu familia? —le pregunté.

—La heredé de una tía —me dijo y después me contó que en realidad no era

de ahí sino de Pensilvania, que como ambos padres habían muerto y no tenía hermanos prácticamente no tenía familia, y que su tía le legó esa casa por lo que se mudó y abrió esa posada, que tú le habías dicho que conocías a su tía, lo cual no me extrañó dado que tu ex colegio no está lejos de allí.

—Pues hiciste bien, es decir, fue una buena inversión dado que no hay otros hoteles por aquí y es una posada muy linda y cómoda, además de que la comida es deliciosa —le dije y ella sonrió de forma complacida.

—Gracias por decirlo, y sí, yo también creo que hice lo correcto al convertirla en posada, y pensar que por poco decido venderla —repuso.

—Suerte que no lo hiciste —le dije y ella asintió.

—¿Tú qué haces? Es decir, ¿en qué trabajas? —me preguntó.

—Soy profesor de música en una escuela secundaria, y además doy clases en un instituto de música —le dije y ella sonrió.

—Vaya, por lo visto el don de la enseñanza corre en la familia —comentó.

—Sí, bueno, nuestra madre era profesora de arte y aunque después de casarse dejó de ejercer para criarnos siempre amó la enseñanza, por lo que supongo que en cierta forma nos inspiró a seguir por esa vía —repuse.

—Ya veo —musitó—, ¿y por qué escogiste música?

—Porque desde niño me gustó la música, así como a Shane le gustaban los deportes, él era el atlético y yo el musical —le dije y ella sonrió, tenía una sonrisa recatada muy bonita, me pregunto si tú pensaste lo mismo al verla sonreír.

—Oh, ¿y tienes una especialidad dentro de la música? —me preguntó.

—Piano, lo toqué desde niño porque nuestra madre también lo tocaba, y si bien Shane lo tocó por dos años después lo dejó dado que no era lo suyo, pero a mí me encantaba, me sentaba por horas a tocar y desde niño participé en los eventos musicales de mi escuela, así que no fue difícil escoger qué quería ser —le dije y ella volvió a sonreír de esa forma dulce, me pregunté qué más podía decirle para que volviera a sonreír de esa forma dado que con ella parecía iluminar aquella zona oscura, si estuvieras aquí te reirías de mí por

pensar de ese modo, dado que no parece ser propio de mí.

—Pues debes ser feliz haciendo lo que te gusta —repuso y yo asentí.

—Entonces tú vives aquí, es decir, en la posada —le dije.

—Sí, claro, es mi lugar de trabajo y mi hogar —dijo.

—¿Y en dónde duermes? —inquirí, dado que no creía que durmiera en una de las habitaciones de arriba.

—En un cobertizo que hay junto al patio trasero, ahí dormimos las tres —me dijo.

—¿Las tres? —le pregunté.

—Nicole, la recepcionista, Grace, la ayudante de cocina, y yo —me dijo.

—Oh, ¿y son tus amigas desde hace mucho tiempo? —le pregunté, pensando que debía de ser divertido eso de vivir con tus amigas.

—No, nos hicimos amigas tras que yo las contratara —repuso.

—Oh, pero debe ser lindo vivir y trabajar con tus amigas —le dije y ella asintió, sonriendo de manera animada.

—Lo es —dijo y después se quedó mirándome fijamente mientras se mordía el labio inferior de manera nerviosa—. ¿Sabes? Casi la misma conversación mantuvimos con tu hermano hace dos meses atrás y en este mismo lugar.

—¿Ah sí? —le pregunté sorprendido, de repente sentí como si estuvieras con nosotros, pero no solo a través de mi mente, sino parado a nuestro lado, formando parte de la conversación.

—Bueno, en realidad no fue exactamente aquí, sino allí —dijo, señalando a la derecha—, pero da lo mismo.

—¿Puedo preguntarte cuál es la impresión que te causó mi hermano? Más allá de su persona, ¿qué te pareció físicamente? —Quise saber de repente, si bien tú eras el del encanto en cuanto a tu personalidad, también lo eras en cuanto al físico, eras muy apuesto, incluso los hombres heterosexuales decían eso, y no había mujer que se resistiera a todos tus encantos.

—¿Físicamente? Pues era apuesto, todas lo pensamos —me dijo, mirándome algo extrañada—, ¿por qué lo preguntas?

—Para confirmar que no había muchacha en este planeta que no lo encontrara apuesto —le dije y ella enarcó una ceja de forma curiosa—, es solo que Shane era de esos muchachos que lo tenían todo, eso es todo, tenía encanto por donde se lo mirase, y todos parecían coincidir en ello.

—Ya veo, pues no es que fuera ridículamente hermoso, pero no se podía negar su atractivo —musitó y me pregunté qué tan apuesto te habría encontrado, si habría deseado estar contigo, pero no iba a preguntarle eso dado que era cruzar una línea de confianza muy grande.

—¿Le preguntaste si estaba con alguien? —inquirí.

—¿De manera sentimental? —asentí—. Sí, y me dijo que había roto con una muchacha hacía poco y que no pensaba regresar con ella, ¿era por lo de su enfermedad?

—Sí, salieron por más de dos años e iban a mudarse a vivir juntos, tal vez más adelante iban a casarse, quién sabe, pero luego Shane se enteró de que estaba enfermo y que no sobreviviría, por lo que decidió terminar la relación dado que no quería que ella pasara por todo el sufrimiento de verlo morir de a poco —le conté y ella asintió.

—Probablemente yo habría hecho lo mismo en su lugar —dijo, mirando más allá de mi hombro, hacia los árboles que estaban más allá del río, supuse.

—¿Tú estás con alguien ahora? —le pregunté y su mirada regresó a mí.

—No —dijo negando con la cabeza y luego bajó la mirada al piso—, ¿tú? —me preguntó, levantando la mirada.

—Sí, pero no es nada serio —le dije y ella asintió, después pareció querer decir algo, pero se retractó al instante dado que se quedó callada, escaneando la zona con la mirada, aunque no creo que quisiera mirar hacia allí sino que quería desviar la mirada de mí.

—Creo que me iré a dormir —me dijo.

—Sí, yo también —le dije, por lo que nos encaminamos en silencio hacia el interior de la posada, una vez allí me volví hacia ella—, qué duermas bien.

—Tú también, te veré mañana —dijo, esbozando esa sonrisa dulce, puse un

pie en el peldaño de la escalera que conducía al piso de arriba, pero no subí de inmediato, me quedé allí parado, viéndola marcharse hasta que desapareció por el pasillo Esa noche, tras dormirme, soñé contigo, y también con la sonrisa de ella.

Quinn

Jueves 6 de julio

Si bien divorciarme de Lewis había sido la mejor decisión que pude haber tomado, durante un tiempo me costó volver a estar sola, estaba acostumbrada a tener a alguien en mi vida, a pesar de que en el último año de matrimonio nos habíamos distanciado mucho, o más bien era él quien se había distanciado, por la bebida, por su adicción al juego, por estar con otras mujeres por ahí y por haberse hartado de momento de mí, yo tenía la esperanza de que regresara a mi lado, de que todo volviera a ser como al principio de la relación, que estuviéramos juntos y que él fuera cariñoso, pero cuando me di cuenta de que eso no ocurriría no me quedó más remedio que armar mi equipaje y marcharme de allí, pero no fue una decisión fácil o rápida de tomar, pasé meses llorando, deseando inútilmente que todo mejorara, amaba a Lewis, pero no de una forma que era normal, a veces era de una forma tóxica, dependiente, el tipo de amor que conoces cuando te precipitas a una relación siendo tan joven, aferrándote como si fuera lo único bueno que tuvieras en la vida, aunque en cierta forma Lewis era lo único que tenía en esos momentos dado que en el trabajo solo tenía colegas, ya que la gente que trabajaba en ese bar lo hacía de forma esporádica, nadie se quedaba por más de seis meses, excepto yo que no podía conseguir otro empleo, y además de mi padre no tenía más familia, y él se encontraba a más de cinco horas de allí a pesar de estar en el

mismo Estado, y un día ya no estuvo más, por lo que Lewis era toda mi familia y desprenderme de él se sintió como desprenderse de una parte mía, o por lo menos así lo sentí en ese momento, por lo que tras regresar a Parkview, a mi antigua casa, me sentí completamente triste y miserable, como si una nube negra se hubiera asomado de repente a mi cabeza y se rehusara a irse de allí, me sentía completamente sola y algo desvalida, me costó tiempo llegar a sentirme bien conmigo misma, darme cuenta de que lo que tenía con Lewis no era una relación sana, y de que era muy capaz de cuidar de mí misma, por ello ahora gozaba de mi independencia, y no solo de la independencia femenina, sino también masculina, dado que me había costado acostumbrarme a estar sola, pero ahora me gustaba tanto que no sabía si algún día sería capaz de acostumbrarme a estar con alguien de nuevo.

El jueves por la tarde me dirigí hacia el cementerio Good Hill, en donde estaba enterrada mi tía Georgette, usualmente la visitaba una vez a la semana, y le llevaba un ramo de hortensias dado que eran sus flores preferidas (de acuerdo a varias mujeres de la zona que la habían conocido), había comenzado a visitarla al poco tiempo de mudarme hacia allí, dado que sentía que una visita por mi parte era lo menos que se merecía debido a todo lo que había hecho por mí, aunque solo fuera dejarme una casa, pero había sido su adorada casa, la cual era grande, espaciosa y bonita, y que se había convertido tanto en mi hogar como en mi sustento de vida, así como en mi trabajo de ensueño, por lo que le debía mucho y prácticamente sin conocerla, mientras estaba allí pensé que hacía mucho que no iba a Pensilvania, al cementerio, a visitar a mis padres, tal vez pronto debía hacerlo.

Cuando regresé a la posada, fui directo al establo antes de que se hiciera la hora de preparar la cena. Tras tomar a Shadow comencé a cabalgar a los trotes por cerca de la posada, de a poco fue aumentando el ritmo y a desviarse de esa zona para adentrarse en los bosques y salir por los complejos cercanos a

las montañas Taconic, Kent era todo montañas gigantes, colinas coloridas y ríos extensos, era como si todo el pueblo se sostuviera en la naturaleza, como si ella fuera el sustento encargado de mantenerlo con vida, no me sorprendía que tanta gente escogiera aquel lugar para descansar, escalar o para asistir a la escuela, era una zona tranquila y hermosa, además de limpia ya que estaba apartada de toda civilización.

Shadow comenzó a cabalgar por cerca de una pendiente rodeada de árboles y troncos con ramas esparcidas por todas partes, él se movía de forma cuidadosa, tanteando los troncos, como si supiera que debía tener cuidado por allí, una vez que salimos de esa pendiente aparecimos en el sendero de los Apalaches cuando escuché un ruido en el suelo, como si Shadow se hubiera tropezado con algo, y un minuto después se hizo a un lado de forma violenta, lanzándome al suelo.

Connor

Jueves 6 de julio

Decidí seguir con el plan de visitar la zona con los demás huéspedes y un guía, por lo que el jueves por la mañana fuimos a visitar una reserva ecológica y por la tarde iríamos a las montañas Taconic a explorar el lugar, y si bien aquella zona era boscosa, el guía nos indicaba el camino a seguir, pero a medida que iba caminando sentía que no necesitaba guía alguno para ello dado que tú me habías hablado tanto de aquel lugar, tanto de sus descripciones como de las coordenadas, porque así eras tú cuando algo te gustaba mucho, lo describías de una manera tan detallada y apasionada que el que te oía tenía la impresión de conocer todo sobre ello.

El sol caía por el oeste a esa hora del día, y el cielo entero parecía cubierto de un matiz rosado. Mientras el guía iba con los huéspedes adelante, yo iba atrás solo, algo alejado de ellos, dado que quería detenerme a mirar los paisajes de forma detenida, tomándome mi tiempo, tú siempre decías que yo era de los que hacía las cosas a su modo, tanto en mi vida profesional como personal, y hasta en las cosas ordinarias, lo cual es cierto, dado que si bien en mi trabajo sigo la metodología dictaminada no lo hago al pie de la letra sino a mi modo, así como las relaciones que mantengo con las personas, tú eras el sociable y abierto con las personas, pero yo, si bien soy cordial, tiendo a mantener las distancias y no dejo entrar a nadie fácilmente.

Me quedé un rato parado junto a una pendiente, mirando hacia el horizonte dado que los picos de las montañas tocaban el cielo y se veía como si fuera una postal, me quedé atrapado en esa imagen cuando oí un sonido proveniente por detrás, y en cuanto me di vuelta vi dos cosas casi al mismo tiempo: un caballo marrón inclinándose a un lado y una figura cayéndose de él. Corrí hacia allí para auxiliar a esa persona, esperaba que no se hubiera hecho mucho daño, dado que estábamos alejados de la carretera y si debía entrar una ambulancia no podría hacerlo por los caminos estrechos que llevaban hacia allí.

Para cuando llegué al lugar descubrí que la persona estaba tirada, pero no desmayada, dado que al parecer había caído sentada, por lo que respiré aliviado dado que no debía de haberse lastimado mucho, pero cuando levantó la mirada hacia mí me sorprendí al descubrir quién era la muchacha.

—¿Te lastimaste? —le pregunté, agachándome a su lado para verla de cerca.

—No, solo me raspeé la pierna —dijo, tocándosela, la miré de cerca, dado que tenía puesto un short.

—¿Me permites? —le pregunté, para poder examinarla, ella asintió por lo que la miré más de cerca, tenía un raspón en la parte superior de la pierna izquierda. Como yo llevaba conmigo una mochila, en la que solo tenía una botella con agua, una pequeña toalla y un par de mapas y folletos que nos habían dado en la zona, tomé la toalla y la rocié con un poco de agua que se la pasé por encima—. ¿Te duele?

—Solo me arde un poco —respondió. Yo seguí limpiándole la herida, pero eso era todo lo que podía hacer dado que no tenía un botiquín de primeros auxilios.

—Pues en cuanto lleguemos a la posada tendrás que limpiarte con un líquido antiséptico y luego ponerte una venda —le dije, tal como tú me habías enseñado una vez que me había caído del monopatín y me había lastimado.

—No creo que sea para tanto dado que es solo un raspón —me dijo ella.

—Tienes razón —convine y después tomé la pierna y le soplé, al último se

la palpé un poco, ella contrajo un poco el cuerpo, como si se hubiera inhibido porque la estuviera tocando, por lo que aparté mi mano—. ¿Cómo te caíste del caballo?

—Creo que tropezó con esa piedra —me dijo señalando a un lado, miré bien y vi que era un peñasco—, él no está acostumbrado a andar por esta zona, por lo que no la vio.

—Creo que será mejor que regresemos a la posada dado que nos tomará tiempo salir de aquí —le dije.

—Tienes razón —repuso, por lo que extendí mi mano hacia ella para que se levantara, ella dudó primero y luego la tomó de forma tímida, por lo que eso me indicó que a pesar de ser la dueña de un negocio que trabajaba con gente no confiaba mucho en ellos, pero también recordé que Grace me había dicho que socialmente le costaba abrirse a la gente, y en eso nos parecíamos bastante.

—¿Por dónde crees que sea mejor salir? —le pregunté.

—Por allá —dijo señalando hacia el norte, mientras tomaba al caballo para indicarle que caminara por allí—. Vamos, Shadow, caminaremos un tramo y una vez que salgamos del bosque regresaremos a la granja cabalgando.

El caballo acató la orden, como entendiendo lo que le había dicho, y comenzó a caminar a su lado. Recordé cuando tú hablabas de los caballos en los que cabalgabas por allí, decías que eran animales altamente inteligentes e intuitivos, capaces de calmar la ansiedad o la tristeza de una persona.

—¿Siempre cabalgas en él? —le pregunté mientras caminaba a su lado.

—Sí, es decir, siempre que cabalgo, lo cual hago tres o cuatro veces a la semana —repuso—, bueno, desde hace dos meses.

—Desde que mi hermano te inspiró a hacerlo —le dije y ella asintió.

—¿A ti te gusta cabalgar? —me preguntó.

—Para serte sincero, solo una vez lo hice en la secundaria, la verdad es que estaba tan involucrado en actividades en el interior del recinto, que involucraban música, que no presté mucha atención a las que se hacían al aire

libre, como las deportivas —le dije.

—Pues yo antes de mudarme para aquí nunca los había tenido en cuenta siquiera, pero porque en mi pueblo no habían, o por lo menos no en la zona en donde yo vivía —me dijo.

—¿En Pensilvania? —le pregunté y ella asintió—. ¿Y tienes familiares aunque sea lejanos allí? —negó con la cabeza.

—No, ya no tengo a nadie allí —dijo con voz queda.

—Bueno, yo en Albany tengo a mi padre, pero es como si no tuviera a nadie tampoco dado que apenas hablamos, además de que él casi siempre está de viaje —le dije.

—Pero seguramente ahora que Shane no está quiera acercarse a ti —me dijo.

—Lo dudo —repliqué y ella no dijo nada al respecto.

Ya habíamos salido del bosque, por lo que Quinn se subió al caballo y después se quedó mirándome.

—Sube —me dijo.

—Está bien, puedo caminar al lado de ustedes —le dije.

—Es un tramo largo hasta la posada, sube, que este caballo soporta varios kilos en su lomo —repuso sonriendo, yo me quedé pensándolo un momento y después decidí subir dado que era cierto que faltaba un buen tramo hacia la posada y hacía bastante calor, además de que ese día había caminado bastante para la escasa actividad deportiva que yo hacía.

Tras subir detrás de ella, Quinn tomó las riendas del caballo y comenzó a galopar a paso lento, yo iba casi pegado a ella, por lo que podía oler el aroma dulzón que desprendía su cabello y me dieron ganas de apoyar mi cabeza en él, pero tuve que contenerme de hacerlo.

Un rato después la posada comenzó a tomar forma a lo lejos, por lo que al acercarnos a la granja dejamos al caballo en el establo y nos fuimos hacia allí.

—Recuerda aplicarte algo en la pierna —le dije una vez que entramos a la posada.

—Lo haré —repuso y después nos quedamos mirándonos por un tiempo que

me pareció prolongado, hasta que la recepcionista apareció por el pasillo y se quedó mirándonos con curiosidad.

—Bueno, te veré más tarde —le dije y ella asintió, luego comencé a subir los peldaños que conducían a la habitación, una vez que llegué allí me tiré un rato en la cama y me quedé mirando desde allí hacia la ventana, el cielo estaba cambiando de color de manera gradual, tornándose en un azul oscuro, marcando el comienzo de la noche, y después ese día terminaría y otro comenzaría otra vez, en un círculo constante que nunca se acabaría, cada día comenzaba para luego terminar, igual que cada vida, la tuya ya terminó, pero la mía seguirá, hasta que un día finalmente acabará al igual que el día, y entonces tú y yo seremos iguales de nuevo, dos muertos, dos memorias en las vidas de alguien, y ya no sentiré tu ausencia porque ambos estaremos ausentes de la faz de la tierra.

Quinn

Jueves 6 de julio

Esa noche, tras cenar, terminé de acomodar la cocina y después escribí en la pizarra el menú para el viernes. Una vez que me quité el delantal salí por el pasillo para ir un rato afuera a tomar un poco de aire.

—Salió hace un rato —me dijo Nicole desde atrás del mostrador.

—¿Disculpa? —le pregunté confundida.

—El de la seis, salió hace un rato, creo que fue a tomar aire, al igual que tú —me dijo en tono burlón, yo iba a preguntarle que por qué me decía eso, pero estaba claro que solo me embarraría más al querer defenderme, por lo que solo le sonreí y me fui afuera.

Comencé a caminar hacia la zona del río, corría una brisa de aire fresca que hacía danzar mis cabellos, miré alrededor, pero no veía a Connor por ninguna parte, pensé que tal vez se habría subido a su auto para ir al pueblo, los autos de los huéspedes estaban alineados en la zona de aparcamiento, pero no sabía cuál era el de él. Seguí caminando, con la mirada puesta en el río, y cuando llegué al borde me quedé parada allí un rato, absorbiendo la frescura del agua del río, cuando escuché una voz desde atrás.

—¿Nadas a menudo?

En cuanto escuché su voz una sensación parecida a la excitación apareció en mi cuerpo. Me volví y lo vi venir caminando desde atrás.

—Solo en la piscina de la posada —le dije, pensando que podía referirse al río, y nunca me había metido en él, ni siquiera se me había ocurrido hacerlo.

—¿No en este río? —yo negué con la cabeza.

—¿Qué hay de ti? —le pregunté.

—Hummm, no, a veces me baño en alguna piscina, pero solo cuando las temperaturas son extremadamente altas e insoportables —repuso, para ese entonces ya estaba parado a mi lado.

—Lo entiendo, yo también —le dije.

—¿Tu pierna está mejor? —me preguntó.

—Oh sí, me puse el líquido antiséptico, tal como lo sugeriste, y ahora está mejor —le dije y él sonrió.

—Bien —repuso sonriendo.

—¿De dónde venías? —le pregunté.

—Fui a dar una vuelta por la parte trasera de la posada, ¿o no es seguro andar solo por ahí a estas horas? —me preguntó.

—Desde que vivo aquí que toda esta zona es segura a cualquier hora, de hecho el pueblo también lo es, supongo que se debe a la escasa población —le dije.

—Eso pensé, tan diferente al lugar del cual vengo —repuso.

—Debe ser sorprenderte el contraste con New York —le dije, dado que si bien al principio yo me había mudado desde Parkview, un pueblo de diez mil habitantes, y antes de eso había vivido por tres años en Lancaster, una ciudad, pasar de esos lugares a vivir en un pueblo de menos de tres mil habitantes, más aún en la parte rural, era un cambio demasiado abismal.

—Totalmente, allá todo es ruido, tráfico, gente y edificios, aquí es todo lo contrario, pero me gusta, es decir, si bien no viviría aquí está bien para descansar de vez en cuando —repuso.

—¿Sueles irte de vacaciones cada año? —le pregunté.

—Sí, pero generalmente son vacaciones cortas, y nunca fui muy lejos de New York, a veces me iba con Shane, otras con mis amigos —me dijo—, ¿tú?

—No, desde que vivo aquí no fui a ningún lado —le dije, dado que la posada requería mucho trabajo y como yo estaba al mando de ella, y encima cocinaba, era quien más que nadie debía estar allí, dado que tanto Nicole como Grace tenían vacaciones, pero ninguna de ellas era la dueña.

—¿Y antes de eso? —me preguntó—, ¿ibas de vacaciones?

Yo negué con la cabeza, dado que con mi familia habíamos ido pocas veces de viaje, y con Lewis nunca, ya que no podíamos costearlo, apenas habíamos ido a una playa que estaba cerca de Lancaster, pero eso fue todo.

—¿Cómo era tu vida antes de mudarte para aquí? —me preguntó con curiosidad, y yo sentí una especie de ardor en las mejillas, si bien no me molestaba contar que había tenido una vida antes de mudarme para allí, y que esa vida incluía un matrimonio, pero usualmente escogía a quien contarle eso, y ahora mismo no tenía ganas de contarle a Connor sobre ello, pero tampoco quería evadirlo.

—Antes estuve casada. —Si bien en esa área solo nos alumbraba la luz de la luna, podía ver su rostro de manera casi nítida, y se notaba que había quedado perplejo.

—Oh, pareces muy joven para haberte casado —comentó.

—Tu hermano comentó lo mismo —le dije y él sonrió—, aunque todos los que me conocen comentan lo mismo.

—¿A qué edad te casaste? —me preguntó.

—A los diecinueve, aunque no fue un matrimonio legal, sino solo una boda por iglesia, pero, aun así, estuvimos juntos por casi tres años hasta separarnos —le dije.

—¿Y estás en contacto con él? —me preguntó.

—No, no creo volver a tener noticias tuyas nunca más en la vida —le dije con vehemencia, yo le había dicho a Lewis que me iría de la casa, y él no me respondió nada, solo se había encogido de hombros, como si le diera lo mismo que me fuera o que se lo dijera siquiera, por un momento pensé que tal vez no me había tomado en serio, y creía que estaba bromeando, que no me

iría, pero llevábamos meses sin almorzar o cenar juntos, sin tener una conversación o dormir juntos, al día siguiente armé las valijas y me marché cuando él no estaba, y si él hubiera querido contactarme lo habría hecho a mi teléfono móvil, nunca recibí un mensaje o llamada suya, y unos meses después, cuando decidí quedarme en Kent, cambié el número, y volví a usar mi apellido de soltera, borrando todo rastro de mi pasado.

—¿Y... lo extrañas? —me preguntó.

—No, para nada, de hecho dejé de quererlo hace mucho tiempo, el casarme con él fue algo precipitado y estúpido —le dije y él asintió.

—Lo entiendo, yo también he cometido algunas estupideces cuando era joven —me dijo.

—¿Como casarte? —le pregunté.

—Ja, no, pero cuando eres joven haces cosas de las que luego te arrepientes, y la única razón para ello es que no contabas con la experiencia suficiente en la vida —me dijo.

—No sé si sea algo de lo que me arrepiento, a veces sí, pero es lo que pensé que era bueno para mí en esos momentos, era lo que necesitaba por malo que haya resultado —le dije, como tratando de defenderme de aquello, como si fuera una drogadicta que necesitaba justificarse de sus vicios.

—Lo sé, tienes razón en ello —me dijo—, probablemente esa experiencia te ayudó a crecer.

—Bueno, no lo sé, tal vez me hizo ser más consciente a la hora de tomar decisiones precipitadas, pero también me cultivó muchas dudas e inseguridades —le dije. Si bien mi autoestima nunca había sido de lo más alta, tras casarme con Lewis, o más bien cuando los problemas habían comenzado a hacerse notorios, mi autoestima había comenzado a bajar de manera considerable, y el resultado fue convertirme en una especie de persona nueva con una personalidad más precavida y cautelosa respecto a ciertas cosas, en especial cuando se trataba de hombres.

—Claro, lo imagino —dijo y después pareció querer decir o preguntar algo

más, pero no lo hizo.

—¿Tú tuviste alguna relación formal? —le pregunté a sabiendas de la respuesta, porque Shane ya me había hablado sobre ello, pero no sabía si era correcto decirle, además de que quería escuchar esa parte de sus labios.

—No, no realmente —repuso con firmeza—, en realidad nunca estuve interesado en ello, aunque supongo que porque nunca conocí a alguien que me incitara a eso.

—Hummm, es comprensible, pero de todas maneras pareces joven —le dije, dado que parecía tener mi edad.

—Sí, bueno, tengo veinticinco —repuso.

—También yo —le dije y él sonrió.

—¿Y tus amigas, la recepcionista y Grace, están en relaciones? —me preguntó.

—No, bueno, Nicole está saliendo con alguien, aunque no es del todo serio, y Grace está sola —le dije.

—¿Y qué ocurriría si alguna de las tres comenzara a salir con alguien? Es decir, dado que viven aquí, ¿lo traerían para aquí? —me preguntó.

—Sí, supongo, no hay problemas en ello, siempre y cuando no vengán en horarios de trabajo —le dije.

—¿Y si llegaran a casarse? ¿Qué ocurrirá? —me preguntó después.

—Pues no lo sé, supongo que en ese caso la que se case se mudará de aquí dado que no hay tanto espacio en el cobertizo para más personas —le dije.

—Pero tú eres la dueña —me dijo.

—Claro, pues en mi caso supongo que viviría aquí nomás, de todas maneras tengo planes de expandir la posada, pero para serte sincera, no veo una boda en mi futuro, por lo menos no en mi futuro próximo —le dije.

—Bueno, si no estás con alguien es difícil de pensar que algo así vaya a pasar, yo tampoco puedo ver una boda en mi futuro más próximo —repuso.

—¿Y en un futuro lejano? —le pregunté.

—¿Honestamente? Tampoco —repuso.

—Pues yo me siento como tú en ese sentido —le dije y él asintió, de repente me vino a la mente lo que Shane me había dicho sobre Connor, que le recordaba a él en ese sentido, y no pude más que estar de acuerdo con él.

Connor

Viernes 7 de julio

Comienzo a darte la razón en lo de que debía venir para aquí, dado que hasta el momento estoy disfrutando de todo, aun así, después tendré que regresar a New York, y con eso tendré que enfrentarme a la realidad de que ya no estás allí y de que nunca más lo estarás, intento no pensar en qué es lo que haré de ahora en más, en cómo reemplazaré todas las actividades que hacía contigo, aunque no eran muchas, pero era la frecuencia con la que te veía la que no sabré cómo reemplazar, ambos sabemos que no puedo reemplazarte con otra persona, eres irremplazable para todo el que te conocía, me pregunto si Victoria se enamorará pronto, de lo que estoy seguro es de que el muchacho del que lo haga no llenará tus zapatos, nadie lo hará y ella lo sabrá, lo mismo ocurre con tus alumnos, te extrañarán como locos y no aceptarán rápidamente a un nuevo entrenador, no sé cómo vivirá papá toda esta cuestión, sé que te extraña, porque es tu padre, pero él no nos veía con frecuencia a ninguno de los dos, y ambos sabemos que nuestra relación con él no era cercana, nunca lo fue y en eso ambos éramos iguales, pero es tu padre, y todos sabemos que es peor perder un hijo que perder un padre, no lo digo por experiencia, desde luego, pero eso es lo que siempre dicen todos y debe ser cierto, si lo piensas de manera racional tiene sentido, pero el hecho es que tu ausencia se sentirá en cada lugar que pisaste y en cada vida a la que llegaste.

El viernes, tras desayunar, partimos hacia el parque estatal Kent Falls, tú siempre hablabas de ese lugar dado que allí hacían fiestas con tus amigos en verano, y al ver varias cascadas que caían desde distintos ángulos descubrí que era un lugar propicio para ir con tus amigos en esa época del año, dado que en invierno sería prácticamente imposible, más aún cuando nieva. El guía nos dijo que si queríamos podíamos bañarnos un rato, pero nadie había llevado bañador, y de todas maneras yo no me habría bañado con esa gente allí, ya sabes lo maniaco que soy con eso de bañarme con otros, no es por los gérmenes, desde luego, sino por tener que compartir ese espacio íntimo con personas de las que no sé ni siquiera sus nombres, no me importa estar en un restaurante rodeado de gente que al igual que yo está comiendo, pero sí algo tan íntimo como bañarme.

Tras admirar las siete cascadas, regresamos a la posada, por la tarde iríamos a cabalgar en los caballos por lo que aquello me animó bastante, porque el día anterior, cuando me había subido a uno, se sintió muy bien. Le pregunté al cuidador si estaba disponible Shadow, dado que ese era el caballo en el que me había subido el día anterior, o más bien el caballo en el que Quinn me había hecho subir.

El caballo pareció reconocerme, o al menos me dio esa impresión, si tú estuvieras aquí me dirías que es así. Me subí a Shadow de manera sigilosa, una vez que me acomodé en su lomo lo tomé de las riendas y comencé a cabalgar de manera lenta por los alrededores de la posada. Me pregunté hasta dónde podría ir y si conocería toda la zona. Más allá de la posada todo lo que habían eran hectáreas de tierras, rodeadas de árboles que daban lugar a las montañas o senderos que conducían a estas, del otro lado corría el Housatonic, pero desconocía hacia donde fluía.

De a poco, Shadow comenzó a incrementar su galope, por lo que comencé a sentir una brisa que me pegaba el cuerpo. El sol emitía rayos fuertes ese día, y comparado a los días anteriores ahora estaba bastante sofocante, tanto que me apetecía un chapuzón, pero no creía que fuera a bañarme en algún lugar

público de allí.

Shadow se desplazó hacia el otro lado del establo y antes de que siguiera más allá lo tomé de las riendas y lo guie hacia la zona de la posada, tras dar una vuelta regresamos al establo.

Tras darme un baño, bajé para ir al comedor, cuando en la recepción me encontré con una sorpresa.

—Oh, ahí está —le dijo la recepcionista, señalándome, ella se volvió a mí y se me abalanzó, yo me quedé perplejo por lo que no respondí a su abrazo, en su lugar le pregunté:

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué crees que estoy haciendo? Vine a verte porque te extrañaba —me dijo y quiso inclinarse a mis labios para besarme, pero yo la hice a un lado de manera brusca. Noté que la recepcionista estaba frente al ordenador, pero nos estaba mirando de refilón, de forma disimulada, por lo que la saqué de allí para que no nos escuchara. Una vez que salimos del porche me volví hacia ella:

—¿Qué demonios, Bonnie? —le espeté de nuevo—. ¿Viniste desde New York para estar conmigo?

—Desde luego, por ello te pregunté anoche en dónde estabas —me dijo, y pensé que de haber sabido que se aparecería allí no le habría dicho la dirección exacta, aunque en realidad no tendría que haberle contestado el mensaje para empezar, y no iba a hacerlo, pero ella me había preguntado cómo estaba y si me estaba haciendo bien estar allí, por lo que me pareció descortés no contestarle dado que sabía que había ido hacia allí por lo de Shane.

—No puedes aparecerte así en un lugar en el que estoy descansando —le dije de forma seria.

—¿Cuál es el problema, Connor? Ni que estuvieras aquí por trabajo, además mañana regresarás a New York, podemos regresar juntos —dijo, inclinándose a abrazarme, pero yo la hice a un lado.

—Mira, Bonnie, no puedes venir así como si nada a un lugar al que vine a descansar por lo de mi hermano, si vine solo es porque necesitaba privacidad y no puedes irrumpir de esta forma —le espeté de forma seria, si tú estuvieras aquí dirías que no tengo reparos a la hora de ponerle los puntos a la gente, si bien tú eras el del buen temperamento de los dos, yo siempre fui el del carácter duro y en ciertas circunstancias me sentía orgulloso de ello.

—Jesucristo, ni que hubiera ido a la casa de tu familia a presentarme como tu novia —dijo ella de forma exasperada—, por lo que leí esta zona está alejada de todo, por lo que pensé que te vendría bien mi compañía dado que viniste solo, pero por lo visto me equivoqué.

—Mira, Bonnie, lamento que hayas venido hasta aquí pensando que estaríamos juntos, y disculpa, pero de verdad quiero estar solo, de ahora en más —le dije y ella se quedó mirándome un momento, como tratando de entender lo que le estaba diciendo.

—¿Quieres decir que no quieres verme más? —me preguntó de manera incrédula.

—Sí —le dije—, es que desde la muerte de Shane todo ha cambiado, y quiero estar solo.

—Ya veo —dijo asintiendo—, pues realmente este sábado no salió como esperaba, pero supongo que sobreviviré —dijo de forma sarcástica.

—Lo lamento, Bonnie, pero si me hubieras dicho que planeabas venir te lo habría dicho por teléfono —le dije.

—Bueno, supongo que pensé que te gustaría verme, pero al parecer me equivoqué, pero tienes razón, por lo menos podría haberte dado una pista de que vendría y de ese modo me ahorrraba el viaje —repuso de forma relajada, como si le diera lo mismo que no volviéramos a vernos, pero la verdad es que no creía que ella estuviera enamorada de mí ni mucho menos, nuestra relación se basaba en sexo—. Bueno, supongo que si no queda nada por decir me iré.

Fue lo último que dijo y luego comenzó a caminar hacia la zona de aparcamiento, yo iba a decirle de nuevo que lo lamentaba, pero no lo hice,

solo me quedé viendo cómo se marchaba, mientras una sensación de alivio me embargaba.

Otro punto de la lista que cumplí, Shane, y tenías razón, no era del todo buena para mí, por lo que tomé la decisión correcta, y en parte gracias a ti.

Quinn

Viernes 7 de julio

Una vez que Grace sirvió la cena a los huéspedes, yo me senté a la mesa de la cocina para cenar con ella y Nicole, como cada noche.

—Menudo problema se armó recién —comentó Nicole mientras tomaba una cazuela de ensalada para servirse.

—¿Qué tipo de problema? —le pregunté yo.

—¿Era ese con la pareja que llegó esta tarde? —le preguntó Grace, sentándose a su lado.

—Sí y son los mismos que vinieron el sábado pasado, la mujer de la once y el hombre de la doce, llegaron por separado, pero resultó que estaban juntos, por ello el tipo pidió la habitación doce, para estar cerca de ella, yo los vi juntos cerca del río, y entonces pensé que se habían conocido aquí, pero de eso nada, resulta que ya estaban juntos solo que prefirieron venir por separado, y hoy tras que llegaran me cerró todo, resulta que el tipo es casado y por ello se ven a escondidas, su esposa se apareció aquí a preguntarme por un tipo de esas características físicas, yo pensé que le había pasado algo y por ello le dije, casi se armó una trifulca entre los tres por lo que le tuve que pedir a la pareja que se fueran de aquí, que este es un lugar serio, si quieren hacer algo deshonesto a escondidas que vayan al motel de la 134 que allí admiten ese tipo de cosas.

—Vaya, y yo que pensé que ese tipo de cosas nunca sucederían aquí —musitó Grace de forma interesada—, nos hubieras pegado un grito para que fuéramos a ver.

—No sabía que fueras tan puritana respecto al adulterio —le dije yo, dado que de acuerdo a lo que había dicho en algunas ocasiones no parecía tener mal concepto de ello.

—Depende de la situación, pero no me parece correcto en este lugar, y encima la mujer se enteró y por ello tuvimos ese problema —repuso.

—En realidad, creo que el del problema es el marido de la mujer engañada —dijo Grace.

—No me gustaría estar en sus zapatos en estos momentos —le dije yo.

—Tampoco a mí —convino Grace—, pero así aprenderá a no volver a engañar a su esposa, o que se divorcie si quiere andar por ahí con otras.

—Por cierto, tu amigo, el de la seis, tuvo una visita también —me dijo Nicole y yo me quedé mirándola extrañada.

—¿Ah sí? —le dije sin querer indagar, pero igual me lo diría.

—Vino una muchacha joven, como de su edad, era bonita, tras llegar me preguntó en qué habitación se encontraba Connor Holloway, pero justo él bajó y la miró con una expresión que oscilaba entre el asombro y el horror, ella quiso besarlo, pero él la apartó y después pareció ofuscado, la sacó afuera y allí estuvieron unos minutos, menos de diez porque él entró al rato y ella se había ido, si quieres saber qué creo, pues me parece que la muchacha era una especie de ligue dado que no parecía ser su novia, y vino aquí con la intención de darle una sorpresa, pero él se enojó y la despachó —repuso, yo no supe qué comentar o pensar al respecto, sabía que Connor no tenía novia, pero me había contado que andaba con alguien de manera informal, por lo que tal vez era ella.

—No sabía que fueras amiga de él —comentó Grace.

—No lo llamaría amigo —le dije yo.

—Sí, pero nunca antes anduviste por ahí hablando de forma animada con

otro huésped —señaló Nicole y yo no le dije nada, en su lugar cambié de tema.

—Oye, ¿hay muchas reservas para este fin de semana? —le pregunté.

—Mañana y pasado estará completo —me dijo Nicole.

—Y de seguro toda la semana estará completo también —le dije y ella asintió, dado que junio y julio eran las temporadas altas allí.

—¿Qué les parece si mañana por la noche hacemos una fiesta mexicana? —me preguntó Nicole.

—Hummm, no es mala idea —le dije, dado que a veces hacíamos fiestas allí, aunque usualmente eran en fechas especiales como en el Día de San Patricio o en Halloween, pero ahora hacía bastante que no las hacíamos que nos vendría bien una.

Tras terminar de cenar pensé en salir al exterior, en donde tal vez encontraría a Connor, y aunque por un lado la idea me excitó, había algo que me frenaba, probablemente era lo que Nicole había dicho sobre la visita que había recibido, porque me iba a ser inevitable preguntarle sobre ello, y no era mi asunto, pero a pesar de ello de repente me sentí algo inquieta y hasta molesta, no sabía por qué dado que Connor ni siquiera era mi amigo.

Connor

Sábado 8 de julio

Anoche soñé contigo, íbamos en bote, navegando por un río, si bien no podía ver de forma nítida alrededor, parecía ser el río de aquí, en donde ahora vives, en cierta forma, dado que a diferencia de la mayoría de los muertos que no son incinerados tú no estás en el cementerio, solo una lápida está allí, pero no hay un ataúd en la superficie, nunca te pregunté por qué preferías ser incinerado a enterrado, aunque probablemente la respuesta es que de ese modo descansarías en el río, y además odiabas los ataúdes, decías que ni muerto querías estar dentro de uno, y en eso coincidíamos. De todas maneras, volviendo al sueño, solo estábamos remando en un día soleado mientras nos reíamos, la imagen aparecía como en cámara lenta o algo así, y todo alrededor se veía desenfocado excepto tú, que podía verte de forma nítida, vistiendo tu remera de la universidad y un pantalón deportivo, te veías igual que antes de enfermar, dado que después, si bien no te veías demacrado, tu piel adoptó un tono pálido y tus pupilas a veces se veían con un tinte amarillo claro, pero en el sueño te veías completamente sano y enérgico, reías con ganas, como lo hacías siempre, no sé de qué nos reíamos, pero tú te reías con muchas ganas, como si fuera algo realmente gracioso y por un momento, mientras estaba dentro del sueño, olvidé que estabas muerto.

Tras desayunar, fui con el grupo de huéspedes (el cual iba variando cada día dado que ahora habían más) hacia el pueblo, todos fuimos en nuestros autos, y allí el guía nos dio una visita guiada por los lugares más importantes del pueblo, entre ellos una galería de maquinarias antiguas que se usaban en la época de la guerra revolucionaria y de la primera y segunda guerra mundial, una galería de arte en donde se exhibían pinturas de artistas locales, y la sociedad histórica, habían muchos vagones de madera que servían de tiendas, lo cual encontré bastante interesante dado que en New York no se veían ese tipo de cosas.

Compré un par de cosas, como tazas con diseños de ese pueblo (dado que me gustaba coleccionarlas), un clarinete hecho de caña (dado que solía tocarlo en la secundaria), y un par de dulces, dado que no compraré regalos ya que no tengo a quien dárselos, apenas tengo amigos y ni hablar de familiares.

Cuando regresé a la posada ya era la hora del almuerzo, ese día el plato principal era salmón con salsa de pistacho que estaba muy exquisito, y de postre una tarta de frambuesa y crema de queso, cuando me percaté de que al día siguiente regresaría a New York reparé en cuanto extrañaría la comida de allí, pensé que podía pedirle algunas recetas a Quinn, si es que quería dárme las, yo no era un gran cocinero, pero me gustaba cocinar, más cuando quería preparar algún plato nuevo, aunque ahora los comería solo yo, ya que no tendré para quien cocinar, tú eras quien devoraba mis platos, porque decías que cocinaba mejor que tú, y ese era el incentivo que encontraba para cocinar.

Por la tarde, fuimos hacia el establo para cabalgar en los caballos, lo cual me alegró dado que me iría al día siguiente quería cabalgar cuanto pudiera. De nuevo tomé a Shadow y cabalgamos por los alrededores de la posada.

Al regresar a la posada me bañé y después bajé para cenar, pero cuando fui hacia el comedor no había nadie, Grace se apareció al rato y me informó que fuera al último salón del lado izquierdo, que allí cenaríamos en una fiesta mexicana, me pareció extraño, pero en cuanto entré en el salón vi que el

mismo estaba adornado con guirnaldas y adornos coloridos, había mesas repletas de comidas mexicanas como jalapeños, fajitas, tacos, nachos con guacamole, enchiladas y frijoles, y de bebidas margaritas y vodka con ron. Las luces del salón eran algo tenues, y había un par de foquillos de colores conectados en las esquinas, lo que me hizo pensar que tal vez más tarde se haría la fiesta dado que se escuchaba música movida en el ambiente que claramente era salsa.

Ya habían varias personas allí, algunos estaban parados con platos en las manos, y otros sentados, me encaminé hacia una de las mesas y tomé un plato que llené con comida.

Miré alrededor mientras comía un pedazo de taco de pollo, la mayoría de los que estaban allí eran parejas, dos de ellos eran adultos mayores, casi ancianos, me pregunté si se sentirían cómodos estando allí o si preferirían estar en el comedor sentados a una mesa, o en su dormitorio acostados. También habían dos adolescentes, una muchacha y un muchacho que parecían tener entre catorce y quince, parecían igual de animados que los ancianos, no podía culparlos por ello, dado que a nosotros tampoco nos gustaba que papá nos arrastrara a lugares lejos de casa, en especial cuando solo había gente adulta, como esas fiestas de su empresa en las que tanto quería que estuviéramos presentes, suerte que éramos hermanos y que nos gustaba estar con el otro, de lo contrario habríamos muerto del aburrimiento. Miré hacia la puerta porque sentí que alguien había entrado y descubrí que eran la recepcionista, la ayudante de cocina y Quinn. Me quedé mirando hacia allí hasta que ella notó mi presencia y sonrió de manera recatada. Sentí el impulso de acercarme a ella, pero estaba con sus amigas, por lo que solo me quedé en donde estaba, mirándola, ella se desplazó hacia la mesa de comida y se sirvió un plato, en realidad las tres lo hicieron, pero mis ojos estaban posados solo en ella. Después ella y Grace se fueron hacia un rincón, mientras que la recepcionista se desplazó hacia mi dirección dado que seguía sirviéndose comida y yo estaba junto a la punta de la mesa, levantó la mirada y me sonrió.

—¿Te estás divirtiendo? —me preguntó.

—Sí —le dije, aunque si su definición de diversión era comer parado en un rincón pues no—, ¿quién quedó en la recepción? —le pregunté.

—Ya acabó mi turno por lo que cerré la puerta de entrada, de todas maneras no creo que nadie salga si todos están aquí, y si quieren salir pues pueden hacerlo dado que nada se los impide —me dijo.

—Ya veo —le dije.

—¿Quieres venir con nosotras? —me preguntó.

—De acuerdo —le dije sin pestañear y juntos nos encaminamos hacia el rincón en donde estaban Grace y Quinn, esta última se quedó mirándome cuando nos acercamos a ellas.

—¿Cómo estás, Grace? —le pregunté a su amiga.

—Bien, ¿y tú? —me preguntó de forma animada, parecía que siempre tenía buen humor.

—Bien —le dije y ella sonrió, volví la vista a Quinn, que me estaba mirando fijamente—, ¿qué hay de nuevo, Quinn? —le pregunté.

—Nada —dijo, encogiéndose de hombros, como si todos los días fueran iguales allí. Vi que Nicole y Grace se enzarzaron en una conversación, por lo que yo me acerqué más a ella.

—No te vi anoche afuera —le dije.

—Oh, es que estaba exhausta —repuso, desviando la mirada.

—Oh —le dije—, ¿de quién fue la idea de hacer esto?

—¿Te refieres a esta especie de fiesta? —yo asentí—. Pues nuestra, es decir, a veces hacemos eventos o fiestas, por ejemplo cuando viene a la posada un escritor famoso hacemos una especie de reunión en la biblioteca, luego para pascuas, si es que hay niños, hacemos una búsqueda de huevos por el bosque, y luego en Halloween hacemos una fiesta con decoración algo mórbidas y a veces por las tardes hacemos un tour por el cementerio local.

—Parece genial, tal vez deba venir en esa época —le dije.

—Deberías, dado que el otoño se ve muy lindo por aquí —repuso.

—Tal vez venga —le dije y ella sonrió débilmente—, por cierto, la comida está espectacular.

—Gracias, me alegra que te guste, con Grace tratamos de ir alternando los platos cada día y nos dimos cuenta de que no habíamos servido comida mexicana esta semana, justo Nicole propuso que deberíamos hacer una especie de fiesta, dado que hace bastante que no hacíamos una.

—Pues hicieron bien —le dije y ella sonrió.

—¿Qué hiciste hoy? —me preguntó.

—Pues por la mañana fuimos al pueblo, y por la tarde a cabalgar con Shadow —le conté y su rostro adoptó una expresión de sorpresa.

—¿De verdad? Pues es genial, Shadow es un caballo muy dócil y apacible —me dijo.

—Lo sé, me siento cómodo en él y se nota que él se siente cómodo en mi presencia —le dije, aunque tal vez se sentía cómodo en presencia de cualquiera.

—Sí, Shadow tiene la capacidad de hacer sentir cómodo a cualquiera —me dijo—, me he subido a otros caballos, pero con ninguno me sentí tan cómoda como con él, aunque de acuerdo al cuidador eso también depende de quién lo monte, cada caballo es especial a su manera, pero digamos que se sienten más cómodos con ciertas personas y viceversa.

—Lo entiendo —le dije.

—Yo creo que iré mañana a cabalgar un rato —me dijo.

—Yo también, dado que mañana por la tarde ya me iré —le dije.

—Oh, cierto —dijo.

Sus amigas se desplazaron hacia el otro lado del salón a servirse bebidas, por lo que nos quedamos solos.

—¿Crees que volverás algún día? —me preguntó.

—Tal vez lo haga dado que me gustó mucho este lugar —le dije y ella me miró sorprendida.

—¿De verdad? —me preguntó.

—Claro, no solo por el paisaje y la tranquilidad, sino también por la deliciosa comida que sirven aquí —le dije y ella sonrió de forma animada.

—Bueno, en ese caso te haremos un descuento la próxima vez que vengas —me dijo y yo reí.

—En ese caso de seguro vendré —le respondí en broma, bueno, en parte.

Nos servimos unas copas de margaritas, los más viejos ya se habían ido de allí, y los más jóvenes estaban bebiendo y bailando.

—¿Quieres bailar? —le pregunté a Quinn, dado que sus amigas no habían vuelto con nosotros, no sabía si porque preferían hablar en privado o simplemente quisieron dejarnos solos.

—No, no creo, es que no me gusta mucho bailar —me dijo.

—Tampoco a mí, solo te lo preguntaba porque pensé que querrías —le dije.

—¿Quieres ir afuera un rato? —me preguntó.

—Si tú quieres sí —le dije, por lo que dejamos los platos y copas vacíos en una mesa y salimos de allí.

Afuera la noche estaba serena y estrellada, no se escuchaba ruido alguno más que el de algunos autos que atravesaban por la carretera, pero a gran distancia, por lo que todo era silencioso, pensé que a la noche siguiente, cuando regresara a New York, tendría que volver a oír ruido constante y a dormirme acompañado del bullicio.

—¿Te gusta vivir aquí? —le pregunté—. Es decir, sé que sí pero ¿a veces no te gustaría vivir en la ciudad?

—Hummm no, me he acostumbrado a vivir aquí y me gusta tanto que no me imagino viviendo en otro lugar, mucho menos en un lugar concurrido dado que estoy acostumbrada a esta atmósfera tranquila y silenciosa —me dijo.

—Pues qué bien —le dije, pensando que se notaba que aquel tipo de vida le sentaba bien.

—¿A ti te gusta vivir en New York? —me preguntó.

—Sí, Brooklyn se adecua bien a mí —le dije—, es decir, en comparación a

Manhattan allí no hay mucho ruido o mucho ajetreo, mi vecindario se encuentra cerca de un parque y la gente allí es bastante tranquila y seria, además me queda dentro de todo cerca del trabajo.

—¿Y tienes amigos por ahí cerca? —me preguntó.

—Hummm, no en mi vecindario, pero sí en mis empleos, aunque no tengo un círculo social tan amplio, el sociable era Shane —le dije.

—No puedo imaginar lo difícil que será no verlo cada día, bueno, en realidad sí puedo, pero me refería a un hermano, no puedo imaginarme cómo será tener que acostumbrarte a la ausencia de un hermano. —Y yo tampoco sé cómo me acostumbraré a tu ausencia, Shane.

—Pues será difícil, por mucho tiempo —le dije.

—¿Y tiendes a frecuentarte con más personas además de él? Es decir, ¿con tus colegas? —me preguntó.

—Desde luego, aunque con ninguno me frecuento tanto como lo hacía con Shane —le dije.

—¿Y qué hay de la muchacha con la que estás? —me preguntó después.

—Eso ya se terminó —le dije y ella se quedó mirándome.

—¿Es... la muchacha que vino anoche? —me preguntó para mi sorpresa, pero luego pensé que tal vez Nicole le había contado sobre ello—. Disculpa, no quise entrometerme, es solo que Nicole tiende a comentarme sobre todos los residentes o visitas que llegan, es una costumbre que tiene.

—Lo entiendo —le dije—, pues sí, era ella, resulta que vino sin avisarme con la esperanza de que estuviéramos juntos, pero yo le dije que todo se terminó, es decir, no era mucho lo que teníamos, pero ya no estaremos más juntos.

—Oh —dijo ella, con un tono de voz que parecía denotar sorpresa, aunque no sabía por qué—, ¿y estás seguro de ello?

—Oh sí, como te dije antes, solo estábamos pasando el tiempo de vez en cuando —le dije—. ¿Sabes? A Shane no le gustaba ella, es decir, no ella como persona, porque apenas la conocía, sino para mí, decía que debía dejar de

matar el tiempo con ella, aunque creo que si era alguna otra muchacha me hubiera dicho lo mismo, no eran ellas sino yo que no siento cabeza.

—Ya veo —dijo de forma relajada.

—¿A ti te dijo algo sobre mí? —le pregunté y ella se volvió a mí, estábamos caminando por el borde del río, por el frente de la posada.

—¿Shane? —asentí—. ¿Sobre tu vida sentimental?

—Sí.

—Pues solo me dijo lo mismo que tú, pero también me dijo que si bien nunca tuviste una relación formal no es porque seas un libertino o algo así, es solo porque todavía no encontraste a una muchacha de la que te enamoraste —me dijo.

—Ja, pues tiene razón en ello, nunca me enamoré —le dije—, ¿tú te enamoraste muchas veces aparte de tu ex marido?

—No, solo esa vez —me dijo.

—Bueno, supongo que hay un tiempo para todo de todas maneras, incluso para enamorarte —le dije.

—Concuerdo con ello —repuso.

Caminamos un buen tramo en silencio, probablemente porque no sabíamos de qué más hablar, o tal vez porque solo necesitábamos caminar un rato en silencio. Tras un rato regresamos a la posada, pero antes de que entráramos, Quinn se volvió a mí en la entrada al porche.

—¿Sabes? Hay algo más que tu hermano me dijo sobre ti. —Yo me quedé mirándola extrañado, pero no dije nada, solo dejé que siguiera hablando—. Me dijo que yo le recordaba a ti.

—¿Ah sí? —le pregunté sorprendido.

—Bueno, no enteramente a ti, solo en el aspecto sentimental, decía que era algo de lo que había dicho o había visto en mí respecto a lo de ser reacia a las relaciones, y...

—¿Y qué? —le pregunté, dado que de repente se había quedado callada, como si se debatiera entre seguir hablando o no.

—Es solo que en esos momentos sentí curiosidad por ti, pero no creí que llegaría a conocerte —me dijo.

—¿Y qué piensas de mí ahora que me conoces? —le pregunté con verdadero interés.

—Pues pienso que eres un muchacho interesante —musitó.

—Pero no tan interesante como Shane —le dije, inútilmente, dado que todos saben que tú siempre fuiste el más interesante y el mejor de los dos.

—Bueno, no, es decir, cada uno es interesante a su manera —repuso ella—, de repente encuentro algunos aspectos tuyos que me recuerdan a Shane, pero son mínimos, por lo demás tú eres interesante a tu manera.

—Interesante en un buen sentido, espero —le dije.

—Desde luego —repuso sonriendo— y me alegra haberte conocido.

—Lo mismo digo —le dije y ella volvió a esbozar una sonrisa que me pareció algo nerviosa, después se volvió, disponiéndose a subir los escalones del porche para entrar a la posada, pero yo la detuve del brazo, ella se volvió a mí y se quedó mirándome, la atraje del brazo hacia mí y ella se dejó atraer, de hecho su brazo estaba visiblemente relajado, por lo que deslicé mi mano hacia su rostro y se lo acaricié, tenía un rostro con facciones delicadas, y la piel muy suave y lozana, pensé que iba a hacerme a un lado por estar cometiendo semejante atrevimiento, pero no lo hizo, solo se quedó quieta, dejándome hacerlo, tal vez pensaba que estaba chalado por lo que estaba haciendo, tal vez quería zafarse y salir corriendo, pero no lo parecía, parecía relajada, como si le gustara sentir mi tacto encima de ella, deslicé mis dedos hacia sus labios y se los palpé, eran suaves y sugerentes, parecían estar gritándome que los besara, por lo que lo hice, y a pesar de que había besado muchos labios en el pasado, era la primera vez que habían despertado algo dentro de mí más allá de pasión.

Quinn

Domingo 9 de julio

De repente una sensación burbujeante me invadió el cuerpo, era como una sensación efervescente que me recorrió todas las hebras hasta hacerme estallar, hacía mucho que no me sentía así por lo que parecía como si unos fuegos artificiales estuvieran estallando dentro de mí, la noche anterior me había dormido tarde debido a eso, y esa mañana me había despertado con una sonrisa impresa en el rostro.

Tras cambiarme fui hacia la cocina para preparar el desayuno, pero me costó concentrarme en el proceso, incluso cuando era algo tan natural y mecánico en mí que mis manos las hacían de manera automática, sin que tuviera necesidad de pensarlas.

—¿Te sientes bien, Quinn? —me preguntó Grace mientras preparábamos el desayuno.

—Oh sí, ¿por qué lo preguntas? —inquirí.

—Bueno, porque recién te pasaste con la capa de jalea en las tortitas, y ahora estás con esa mezcla de merengue desde hace como diez minutos —observó.

—Oh, no me di cuenta —le dije, percatándome de ello. Hice a un lado la mezcla y la serví en los cuencos.

—También tienes una expresión risueña en el rostro, como si estuvieras...

contenta —dijo después.

—Probablemente porque lo estoy —le dije y ella me miró con expresión curiosa.

—¿Se debe al huésped de la habitación seis? —me preguntó.

—¿Qué te hace pensar eso? —le pregunté.

—Bueno, anoche los vi hablando muy animados, tú nunca hablas así con nadie, además de que tu mirada parecía muy iluminada y algo tímida cuando hablabas con él, pero era una timidez del tipo que una muchacha adopta cuando está interesada por un muchacho —repuso.

—Hummm, pues sí, tengo interés en él —le dije sin demasiados rodeos dado que tarde o temprano le terminaría contando, además de que quería compartir aquello con alguien y ella y Nicole eran las únicas con las que podría hacerlo.

—Lo sabía, es decir, se notaba —me dijo sonriendo— y parece que él tiene mucho interés en ti también, porque también se lo veía animado hablando contigo, además de que su mirada también se torna más cálida cuando te mira.

—Me besó —le conté y sus ojos se abrieron de forma atónita.

—¿Qué? Con razón tienes esa sonrisa idiota —musitó de forma divertida—, cuéntame todo que esto vale un par de lingotes de oro.

—Ja, tampoco tanto, pero bueno, supongo que en mi caso tal vez sea algo inusual —le dije.

—¿Algo? Creí que no viviría para ver tal cosa, bueno, en teoría no vi, pero me lo estás contando que es casi lo mismo —repuso.

—Bueno, no hay mucho para contar más que me besó un buen rato, y yo dejé que lo hiciera —le dije.

—Bueno, eso es mucho en tu mundo —repuso sonriendo—, ¿y quedaron en algo? ¿Saldrán?

—Él se va hoy —le dije, sintiendo una especie de desazón en el pecho por ello.

—Oh, cierto —repuso—, pero tal vez haya decidido alargar su estadía ahora que tiene un motivo para hacerlo.

—No creo que lo haga, y tampoco voy a sugerirlo —le dije.

—Bueno, no estoy diciendo que tengas que hacerlo, aunque podrías regalarle un día más de estadía por haberse quedado tantos días —repuso.

—Ja, no, tampoco haré tal cosa porque entonces pensará que lo estoy incitando a que se quede —le dije.

—Bueno, de todas maneras Brooklyn queda a una o dos horas de aquí, puede venir cualquier fin de semana —repuso.

—No es que esté esperando tener algo con él, fue solo un beso —le dije.

—Pero no se ha ido todavía, tal vez puedan concertar algo más tarde —me dijo, yo no le respondí nada dado que ella ya había cargado algunas cosas en la bandeja con ruedas para transportarlas al comedor, y además no creía que fuéramos a quedar en algo ya que él solo estaba de pasada, sería una idiota si pensara que iniciaríamos una relación amorosa o algo así, esto era todo lo que había.

Connor

Domingo 9 de julio

Pasé casi toda la mañana cabalgando dado que por la tarde debía regresar a New York, y debo decir que entiendo por qué no querías irte cada vez que venías para aquí, porque ahora que debo irme no quiero hacerlo, aunque es muy probable que no sea solo por el lugar. No sé si me estás viendo desde algún lugar, pero si no es así pues debo contarte que anoche besé a Quinn, y se sintió grandioso, tan grandioso que más que nunca deseo que estuvieras aquí así pudiera contarte en persona, sé que nunca he hecho tal cosa como contarte que estuve con una muchacha, es decir, sí, pero nunca te conté los detalles como besarla o tocarla, porque los hombres no hacemos esas cosas, supongo, eso es cosa más bien de mujeres, pero ahora mismo quiero contarte al respecto, pero es probable que sea porque sé que ya nunca más estarás aquí, ya nunca más podré contarte si me hace frío o calor siquiera.

La última comida que comería de esa posada, o más bien de Quinn, era fetucchini, y un postre *brownie* de chocolate con sirope del mismo tipo, crema y virutas, comenzaba a pensar que realmente regresaría en otra ocasión, de todas maneras no estaba muy lejos de New York.

Armé el equipaje y lo puse en la guantera del auto, y después regresé a la posada dado que quería ver a Quinn, aunque al mismo tiempo me daba algo de

pudor verla tras lo ocurrido la noche anterior.

La busqué por la cocina, pero no estaba ahí, pero justo cuando iba saliendo de allí la vi salir de un salón del frente, en el cual se había llevado a cabo la fiesta la noche anterior, en cuanto me vio se detuvo en seco, yo sentí una especie de cosquilleo en la zona abdominal, algo que era nuevo en mí en relación a una muchacha.

—Hey, te estaba buscando —le dije mientras me acercaba a ella.

—Oh, ¿ya... te vas? —me preguntó.

—Dentro de una hora —le dije.

—Oh —dijo y no supe si su tono denotaba algo parecido a la decepción, pero esperaba que así fuera.

—¿Me acompañarías un rato a dar un paseo por la zona, o estás ocupada? —le pregunté.

—No, vamos —me dijo, por lo que nos encaminamos hacia afuera.

—¿Tuviste una buena estadía aquí? —me preguntó, mientras caminábamos por cerca del río.

—Oh sí, como te dije anoche no tengo ninguna queja, dado que todo es hermoso aquí, desde el paisaje, las atracciones, hasta la atención de la posada y la comida —le dije y ella sonrió.

—Me alegra saberlo, y espero que vuelvas por aquí en otra ocasión —me dijo, llevaba la mirada puesta en el suelo por lo que no me estaba mirando.

—He estado pensando en hacerlo —le dije, ella levantó la vista en ese momento—, tal vez en un par de fines de semanas regrese.

—¿De verdad? —me preguntó y parecía que su tono era esperanzado.

—Sí, claro, después de todo no estoy tan lejos de aquí —le dije y ella sonrió de forma animada—, ¿qué hay de ti? ¿Crees que irás algún día a New York?

—¿A New York? —me preguntó confundida.

—Sí, ¿no quieres ir algún día a visitarme? —me atreví a preguntarle sin siquiera haberlo meditado primero, pero probablemente me había salido porque era lo que en lo profundo quería.

—¿A visitarte? —preguntó aún más incrédula—. Pues no lo sé, tal vez lo haga.

—Bueno, te estaré esperando —le dije.

—Oye, tal vez no debería decirte esto, pero anoche me gustó que me besaras —repuso para mi sorpresa, no por el hecho de que le hubiera gustado, porque se notaba que le había gustado tanto como a mí, sino porque no creí que me lo diría.

—Pues a mí también, llevaba días queriendo besarte —le dije, tomándola de la mano, ella la apretó por lo que la atraje hacia mí para besarla de nuevo, esta vez la tomé de la cintura y la apoyé contra mí—. Me gustas mucho, Quinn.

—Tú también me gustas mucho —me dijo ella y apoyó su cabeza en mi pecho, yo apoyé mi cabeza encima de la de ella y le acaricié el cabello—, pero sé que no significa nada.

—¿Que no significa nada? —le pregunté sorprendido.

—No, porque tú te irás ahora y yo me quedaré aquí —dijo con voz aplanada, por lo que no sabía si le daba lo mismo o no.

—Bueno, pero no es como si yo viviera en otro país, solo estoy a unas dos horas de aquí —le dije, ella se hizo a un lado, se cruzó de brazos y se quedó mirándome.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que podemos visitarnos de vez en cuando? —me preguntó.

—Que podríamos visitarnos con la frecuencia que quieras —le dije y ella se quedó dubitativa un momento, probablemente deliberando en su mente al respecto.

—¿Y entonces qué haríamos? —me preguntó.

—Supongo que eso, visitarnos —le dije riéndome, pero ella no se unió a mi risa, solo me miró seria—. Eso solo si tú quieres.

—Me gustaría —dijo ahora, sonriendo de forma animada—, pero ¿es seguro? Es decir, ¿acordaremos cuando visitarnos o algo así?

—Bueno, ¿qué te parece si vas a Brooklyn el fin de semana que viene? —le

pregunté.

—Me... parece bien —repuso de forma animada.

—Genial, te dejaré mi número así arreglamos bien todo —le dije y ella asintió.

—Pues fue un placer conocerte, Connor, y no puedo esperar a verte de nuevo —me dijo y luego se inclinó hacia mí para abrazarme, yo la abracé fuertemente y la mantuve aferrada a mí por un tiempo considerable.

Dimos un paseo rápido por la zona y cuando menos me di cuenta ya era hora de irme. Tras darle un beso y un abrazo a Quinn me subí a mi auto y partí de allí, mientras iba conduciendo miré por el espejo retrovisor hacia la posada, Quinn todavía se encontraba parada afuera, mirando cómo me marchaba, esboqué una sonrisa ante esa imagen hasta que desapareció de mi vista, entonces comencé a sentir que una especie de abismo se abría en mi interior, eso era nuevo en mí, dado que aparte del día de la muerte de mamá y de la tuya, nunca antes me había sentido desanimado por no estar con alguien.

Quinn

Domingo 9 de julio

Traté de mantenerme lo más ocupada posible para no pensar tanto en el hecho de que Connor se había marchado, pero incluso cocinando no podía alejar de mi pecho la sensación inquietante que me había embargado, no era inquietante del tipo ansioso o molesto, sino más bien melancólico, como si añorara algo, pero en cuanto recordé que lo vería el fin de semana siguiente me animé, pero entonces pensé en la posada, no podría alejarme por mucho tiempo, en realidad no podía alejarme más que un par de horas, pensé que el sábado podría preparar la cena temprano e irme y regresar el domingo antes del mediodía.

Cuando llegó la hora de la cena, Grace y Nicole se sentaron a la mesa y se quedaron mirándome fijamente.

—¿Cómo te sientes, Quinn? —me preguntó Nicole con bastante interés.

—Bien, ¿por qué? —le pregunté.

—Bueno, porque esta tarde se fue tu amigo —me dijo en tono de obviedad, y me di cuenta de que ambas pensaban que había quedado triste por ello, no estaban tan erradas después de todo.

—Oh, bueno, pero no es que vaya a ponerme triste por eso —les dije y ambas levantaron las cejas de forma incrédula, como si no me creyeran.

—Pues no me dio esa impresión hace un rato, cuando él se fue tenías cara de

funeral —repuso Nicole.

—Bueno, tal vez, pero ya se me pasó —le dije y ambas volvieron a alzar las cejas.

—¿Quedaste en contacto con él? —me preguntó Grace.

—Sí, bueno, se supone que el fin de semana que viene iré a Brooklyn a verlo —les dije y ambas me miraron extrañadas.

—¿Se supone? —me preguntó Nicole.

—En eso quedamos, pero no sé cómo haré para ir dado que el fin de semana que viene la posada estará llena de gente —le dije, aunque en realidad todo el mes estaría completo allí.

—¿Y? —me dijeron las dos al unísono, como si se hubieran puesto de acuerdo mentalmente para preguntarme lo mismo y en el mismo tono interrogativo.

—Pues que yo soy la cocinera principal, y habrán muchas personas como para ausentarme por dos días —les dije.

—Estás bromeando, ¿verdad? —me dijo Grace con expresión incrédula—. Yo estaré aquí, por lo que puedes ir tranquila.

—Pero será mucho trabajo para ti sola —le dije, dado que si bien yo era la cocinera principal siempre me venía bien la ayuda de ella, de lo contrario no podría hacer todo yo sola.

—Me las arreglaré —dijo ella.

—Además, tú nunca te tomaste vacaciones desde que abriste la posada, te las mereces más que nadie —refutó Nicole.

—De acuerdo, entonces el sábado tras el almuerzo dejaré preparada la cena y me iré, y regresaré el domingo antes del mediodía —les dije.

—Oh por dios, es la primera vez que te tomas vacaciones y no será ni una semana, tómate todo el fin de semana si quieres, con que el viernes dejes un par de cosas preparadas bastará —me dijo Grace.

—Concuerdo con ella, deberías tomarte toda la semana si quieres, dado que te lo mereces, tanto el descanso como con el hecho de estar con alguien que te

gusta —repuso Nicole.

—Yo también concuerdo con ella en ambas cuestiones —repuso Grace, parecía como si de repente se hubieran puesto de acuerdo en el hecho de que necesitaba vacaciones y un hombre.

—Y si estás preocupada porque Grace quede sola en la cocina, hay una agencia de empleos en el pueblo, por lo que se puede contratar a algún cocinero de manera temporal —repuso Nicole después.

—Eso es cierto, si estoy muy atareada llamaré para contratar a alguien allí —repuso Grace— o si no puedo decirle a mi prima de New Milford que venga a ayudarme, tiene diecinueve, pero cocina muy bien y es muy responsable.

—De acuerdo —le dije ahora un poco más tranquila.

—Deja de preocuparte y ve a disfrutar de tu relación —me espetó Nicole.

—Es que... esa es la otra cuestión —le dije yo.

—¿Qué cosa? ¿No estás segura de él? Porque no lo parecía —repuso de manera burlona.

—Él me gusta, pero llevo tanto tiempo sola que ahora es extraño pensar que estaré con alguien —le dije.

—Lo entiendo, créeme —dijo ella, dado que tras el divorcio de su marido le costó volver a estar con un hombre por un buen tiempo, aunque no tanto como a mí.

—Pero también está el hecho de que no sé qué seremos, él no es un muchacho que se tome las cosas en serio, y no es que yo quiera casarme dado que ya cometí ese error una vez, y para volver a atravesar por algo así tendrá que pasar un tiempo en la relación para que esté muy segura de ello —les dije —, pero tampoco sé si esto será algo del todo serio.

—Bueno, hoy en día hay todo tipo de relaciones, y muchas veces debes ir un paso a la vez para saber hacia dónde vas, y a veces es mejor, dado que de lo contrario estarías precipitándote, y como tú misma lo dijiste ya cometiste ese error una vez —repuso Nicole.

—Sí, en eso tienes razón, no quiero precipitarme en absoluto porque después terminaría estrellándome contra una pared, pero por otro lado necesito saber en dónde estoy parada —le dije.

—Claro, tú eres demasiado vainilla como para tener algo pasajero e informal —me dijo ella.

—No soy vainilla, es solo que el matrimonio con Lewis me dejó muy insegura y susceptible respecto a las relaciones que si bien no quiero ir rápido, necesito tener la seguridad de que vamos hacia un lugar seguro —le dije.

—Lo sé, a mí también me afectó de manera negativa mi primer matrimonio, pero no tanto como a ti que por mucho tiempo te cerraste a la idea de mirar a alguien de la especie masculina —repuso ella.

—En parte es por eso, y en parte es porque hasta ahora no había conocido a nadie que despertara mi interés —le dije.

—Creí que te había gustado el amigo de Paul —me dijo Nicole, refiriéndose al amigo del muchacho con el que andaba.

—No, lo lamento, es decir, no de la forma en la que me gusta Connor —le dije, encogiéndome de hombros, como si necesitara justificarme de ello.

—Lo entiendo —repuso ella—, pues yo en tu caso lo que haría sería seguir a mi corazón, dado que se nota que él está muy interesado en ti, sino no te hubiera invitado a ir a su casa, y después deja que todo fluya de manera natural.

—En otras palabras, si está destinado a ser, será —añadió Grace, dado que ella sostenía que en las relaciones sentimentales mucho tenía que ver el destino.

—Sí, supongo que tienen razón —repuse, dado que si bien yo quería saber en dónde estaba parada en cuanto a una relación, también me parecía muy temprano para decidir algo, en cierta forma recién nos estábamos conociendo con Connor, no podía forzar las cosas de entrada, debía dejar que todo fluyera de manera espontánea, pero tal como les había dicho a ellas, si bien la razón

de no haberme fijado en ningún muchacho en mucho tiempo era por mi primer matrimonio fallido, también se debía a que ningún muchacho me había atraído como lo había hecho Connor, y prácticamente de inmediato, lo cual en mi mundo era mucho.

Connor

Viernes 14 de julio

Traté de establecer una especie de rutina y apegarme a ella, dado que todavía no regresé al trabajo se torna difícil aferrarme a ella, solía disfrutar de las vacaciones, pero no ahora que tú ya no estás, porque entonces dispongo de más tiempo libre para recordarte y extrañarte, y encima ahora extraño a otra persona, aunque no como te extraño a ti, pero extrañar a alguien del sexo femenino que no sea mamá es algo nuevo para mí. Desde que regresé de Kent que estoy inquieto, es como una sensación que oscila entre un malestar y desasosiego, me tomó hasta el lunes darme cuenta de que era porque extrañaba el lugar y a Quinn, esa mañana, cuando me desperté, una sensación de melancolía me atravesó el cuerpo y me costó levantarme de la cama, de hecho quise cubrirme con las mantas hasta la cabeza y seguir durmiendo para no tener que enfrentarme a la realidad de mi vida solitaria, durante el resto de ese día sentí que debía arrastrarme para ir a cada lugar, me costó acostumbrarme de nuevo a escuchar tantos ruidos y a ver tanta gente y tantos edificios, a aspirar tanto humo y olores residuales, y a ver tanta mugre y basura, extrañaba la soledad de Kent, y más precisamente de la zona de la posada, pero por sobre todo extrañaba ver cada día a Quinn, ¿cómo era posible si apenas había estado un par de días con ella? El hecho es que no hice más que pensar en ella, en ella y en ti, pero como contigo ya no podré hablar lo hice con ella esa noche,

una oleada de excitación me embargó el cuerpo cuando oprimí su número en el móvil, y cuando respondió pensé que se me saldría el corazón, ¿así es como se siente estar enamorado? Me parece exagerado llamarlo amor si apenas la conozco, aunque debo decir que la conocí mucho más que a cualquier otra muchacha con la que estuve alguna vez, y ella conoció mucho más de mí que cualquier otra muchacha que con la que estuve.

Cada noche de esa semana hablé con ella, dado que no me parecía prudente escribirle durante el día que estaba más ocupada, y además me había dicho que esa semana había llegado mucha gente a la posada, por lo que debía aguardar a que llegara la noche para poder hablar con ella, y la espera era algo agónica, por lo que trataba de mantenerme ocupado durante el día, y cuando llegaba la noche hablábamos por casi una hora, en realidad no era consciente del tiempo, una vez que empezábamos a hablar no parábamos, hablábamos de la posada, de Shadow, de Brooklyn, de sus amigas, de su comida, y de lo mucho que queríamos que llegara el sábado para que ella estuviera en Brooklyn, ambos parecíamos tan excitados por ello que me puse a pensar qué haríamos, es decir, debíamos ir a varios lugares dado que ella apenas conocía New York y no íbamos a quedarnos encerrados en mi departamento todo el tiempo (por mucho que me tentara la idea), por lo que me puse a pensar a qué lugares podía llevarla, llevaba viviendo demasiado tiempo en New York que todos los lugares de atracciones populares se me pasaban por alto, además de que nunca había hecho vida de turista, ni siquiera en mi primer año de universidad, supongo que porque desde niño íbamos hacia allí con papá, por lo que casi todos los lugares culturales me daban lo mismo, además de que no era bueno sirviendo de guía, apenas era bueno sirviendo de amigo, si tú estuvieras en mi lugar de seguro sabrías qué hacer, porque tú sabías cómo entretener a la gente, despertabas atención en cualquiera, incluso en el portero de tu edificio, con quien hablabas todo el tiempo y hasta lo hacías reír, pero yo soy otra historia diferente a ti en ese sentido, así que el jueves por la noche, tras colgar la llamada con ella, me

puse a redactar una especie de itinerario para ver a dónde iba a llevarla.

Para cuando llegó el viernes me sentía muy excitado, como si fuera a ocurrir algo que esperaba con muchas ansias. Esa noche, tras colgar la llamada con ella, me acosté, pero me costó trabajo dormirme de lo excitado que estaba, por las ganas que tenía de verla cualquiera se daría cuenta de lo que en realidad me estaba ocurriendo: me estaba enamorando de Quinn.

Quinn

Sábado 15 de julio

La cantidad de nervios que tenía acumulados en mi interior podrían haberme hecho estallar, tuve que tratar de mantener la calma dado que tenía casi dos horas de viaje hacia Brooklyn. Encendí el reproductor de música para que me hiciera compañía durante el viaje y me mantuviera un poco entretenida en el trayecto. Tras atravesar el puente Bulls tomé la carretera 55, y tras pasar por la interestatal 684, el río Hutchinson, varias avenidas, Brooklyn comenzó a tomar forma ante mí, entonces los nervios emergieron de nuevo, dado que en unos minutos vería a Connor. Durante toda la semana había hablado con él cada noche, y entonces mi día se tornaba en algo mejor, me aliviaba ver que él parecía tan animado y excitado como yo por mi visita, por un momento temí que fuera a perder interés y que al final me dijera que no quería verme o que cancelara mi visita porque tenía otra cosa que hacer, pero por suerte no era así.

Tras atravesar por frente de un parque, llegué a la calle Carroll Gardens en donde vivía Connor. Una vez que me bajé del auto, saqué mi bolso de la guantera y me dirigí hacia el edificio de Connor, que no me tomó mucho encontrarlo dado que él me había dicho que el frente era de color ladrillo y que tenía una cerca negra en la entrada y era el único así en esa cuadra. Tras llamar al portero aguardé con ansias en el rellano de la puerta, mientras

miraba a la calle, había ido a New York una vez, antes de abrir la posada, pero para comprar un par de cosas más que nada, no había tenido tiempo de visitar los lugares populares.

Cuando la puerta de entrada se abrió, tanto mi corazón como mi estómago se contrajeron al ver la imagen de Connor de nuevo, mi primer instinto fue lanzarme a sus brazos, pero tuve que recordarme a mí misma que estaría fuera de lugar, además de que mis manos estaban ocupadas con mi bolso. Él esbozó una amplia sonrisa al verme y después se inclinó hacia mí para darme un abrazo, después me dio un beso bastante prolongado.

—Qué bueno volver a verte —le dije.

—Lo mismo digo —repuso él sonriendo—, pasa.

Subimos por el elevador hacia el piso de Connor, el cual era bastante espacioso comparado a como él me lo había descrito, como si fuera un cuchitril de dos habitaciones y allí por lo menos habían seis habitaciones, y tres de ellas eran bastante espaciosas. Las paredes eran de color marrón, parecían ser de un material de madera buena y resistente, los pisos eran de mármol y había lámparas en cada techo.

—Es muy bonito —le dije admirándolo.

—Dame tu bolso, lo pondré en el dormitorio en el que te quedarás —me dijo, por lo que se lo entregué. Yo me quedé en el living, en el cual había algunos instrumentos musicales, como un piano negro lustroso y una guitarra, luego había muchos muebles y cajas, recordé que me había contado que se había quedado con casi todas las pertenencias de Shane, por lo que pensé que eran suyas.

—Como ya será la hora del almuerzo será mejor que vayamos a un restaurante en Manhattan a almorzar, y después iremos a visitar la ciudad —me dijo.

—De acuerdo —le dije, dado que tenía muchas ganas de visitar la ciudad, y de estar con él.

Fuimos en su auto hacia un restaurante de la séptima avenida, en donde ordenamos linguinis con salsa.

—Son deliciosos —le dije tras probarlos.

—Pero no tan deliciosos como tu comida —me dijo él.

—Solo dices eso porque estás coqueteando conmigo —le dije yo.

—Puede ser, pero también es cierto, y cualquiera que haya probado tu comida estaría de acuerdo conmigo —me dijo.

—Espero que así sea, porque cocinar es mi pasión —le dije.

—Se nota —repuso sonriendo y mi corazón dio un vuelco al ver esa sonrisa, porque caí en la cuenta de que realmente estaba con él.

—¿Cómo es usualmente un sábado tuyo? —le pregunté.

—Pues usualmente por las mañanas doy clases en el instituto de música, eso en épocas de clases, y después regreso a casa, en donde solía almorzar con Shane, después íbamos a correr un rato, y por la noche cada uno salía por su cuenta o juntos.

—¿Entonces los fines de semana siempre estaban juntos? —le pregunté.

—Siempre, a veces los sábados y otros los domingos, dado que él por lo general los sábados por la noche veía a su novia, pero a veces yo cenaba con ellos —me contó, y pensé en lo difícil que debía de ser ahora que todo eso se había esfumado de repente.

—¿Y sigues en contacto con su novia? —le pregunté, aunque debía de haberme referido a ella como “ex novia” dado que habían roto tras que él se enterara de que estaba enfermo, pero él se refería a ella como novia.

—Sí, bueno, ha sido algo extraño y duro tener que contactarla, al igual que a sus amigos más íntimos, aun así, le envié un mensaje esta semana, por mera cortesía y por lo especial que fue para él, para decirle que esperaba que estuviera bien y me respondió que lo está, y me preguntó cómo estaba yo, y eso fue todo dado que ahora no tenemos lazo alguno —repuso con voz aplanada.

—Lo entiendo —le dije—, ¿y tu padre te contactó?

—No —repuso.

—¿No? —le dije sorprendida, dado que si bien él había dicho que no tenía mucha relación con su padre, uno pensaría que ahora que había perdido a un hijo querría ponerse en contacto frecuente con el que le quedaba vivo.

—No, y yo tampoco le escribí o lo hablé —repuso de manera relajada, se notaba que ya estaba acostumbrado a que su relación fuera de esa manera por lo que no quise seguir hablando de eso.

—¿Y no tienes abuelos? —le pregunté.

—No, ya murieron todos, bueno, queda mi abuelo paterno, pero está en un geriátrico de Albany y su mente está más aislada que centrada, por lo que no lo vemos, disculpa, quise decir, no lo veo —se corrigió.

—Entiendo —le dije, pensando que antes debió de referirse como “nosotros” en algunas cuestiones en relación a él y su hermano.

—¿Qué hay de ti? ¿Tienes abuelos? —me preguntó.

—Oh no, mi padre no tenía padres, es decir, murieron cuando él era niño por lo que se crió con unos tíos algo viejos, y mi madre tenía solo padre dado que su madre había muerto, pero murió poco tiempo después de ella —repuse.

—Entiendo, pues algo así es lo que ocurre con mi familia, por mucho tiempo solo Shane fue mi familia —dijo con la voz serena pero algo apagada, mientras desviaba la vista hacia otra mesa, creí que tal vez había visto a alguien conocido, pero después me di cuenta de que solo había sido un acto reflejo, probablemente por el tema que estábamos hablando.

—Pero en cierta forma lo sigue siendo, es decir, el hecho de que haya muerto no significa que ya no lo sea —le dije yo, él volvió la vista a mí y se quedó mirándome un momento.

—Sí, supongo que es cierto —me dijo, esbozando una débil sonrisa—, ¿tú te sientes así respecto a tus padres, que siguen siendo tu familia a pesar de que murieron? —me preguntó.

—Hummm, sí, pero ambos murieron hace tanto que en realidad son más bien como un recuerdo lejano —le dije y él me miró extrañado.

—Creí que tu padre había muerto hace cuatro o cinco años —observó.

—Sí, es cierto, pero hacía mucho que no lo veía, y cuando vivía en la casa con él tampoco éramos cercanos —le dije y él asintió.

—Claro, aun así, habrás sentido su muerte —me dijo.

—Bueno, sí, porque era mi padre, y a pesar de que no éramos cercanos lo quería, y sé que él me quería a su manera —le dije, pensando en lo diferente que era querer a alguien cuando moría, en lo profundo no era un amor diferente sino que la carga emocional era diferente, se convertía en un amor más sólido y compacto, supongo que porque ahora tenías la certeza de que el amor que sientes por las personas nunca muere, quise preguntarle si así era cómo se sentía respecto a Shane, pero no lo hice para no incomodarlo, además de que su muerte todavía era prematura, por lo que en ese sentido era diferente a la muerte de mis padres.

—Supongo que a tu madre si eras apegada —me dijo.

—Supongo que como toda hija, o como la mayoría de las hijas son con sus madres —le dije.

—Lo entiendo —dijo asintiendo.

—¿Tú recuerdas mucho de tu madre? —le pregunté.

—Por desgracia no, porque ella murió cuando yo tenía cinco —yo asentí, pensando que debía de ser duro perder a tu madre a tan corta edad y, más aún, cuando tenías una relación tan distante con tu padre como la tenía él, aunque en cierta forma mi relación con mi padre también había sido así, de repente me sentí identificada con él por nuestras historias familiares.

—Pero al menos llegaste a conocerla, es decir, hay personas que no tienen esa posibilidad porque sus madres murieron tras darlos a luz, o porque los abandonaron al nacer —le dije.

—Sí, eso es cierto, por mucho tiempo envidié a todos mis amigos que tenían madres dado que yo no la tenía, y si bien no conservo muchos recuerdos de ella los pocos que conservo son nítidos, y no creo que vayan a borrarse nunca de mi cabeza dado que parecen estar aferrados allí, a alguna neurona —me

dijo.

—Están aferrados a tu corazón, por ello no se irán nunca de ahí —le dije y él esbozó una sonrisa que le iluminó el rostro, porque parecía que le había gustado lo que le había dicho.

—Tienes razón en ello —me dijo.

Tras dejar el restaurante fuimos a caminar por Rockefeller Center, a ver las tiendas que estaban alineadas y enfrentadas en una cuadra, enfrente de una fuente de agua, pasamos por frente de la pista de patinaje, por Radio City Music Hall, por el Carnegie Hall, por algunos teatros de Broadway y por Central Park, el día estaba soleado y hasta caluroso, y las calles abarrotadas de gente, los ruidos provenían tanto de autos como del clamor de la gente, por lo que a alguien como yo, que llevaba casi tres años acostumbrada al completo silencio y a la tranquilidad, era algo agobiante que me costaba concentrarme en ver algo de manera fija, aun así, traté de disfrutar dado que hacía tiempo que no salía de Kent, además de que estaba con Connor.

Una vez que regresamos a su departamento la noche ya estaba cayendo, por lo que nos duchamos para salir a cenar por ahí. Me puse un vestido negro sin tirantes, que Nicole había insistido en que me comprara dado que lo había visto en una tienda del pueblo y decía que debía comprarlo ya que parecía hecho para mí y me serviría para salir allí, y al ponérmelo noté que tenía razón, dado que era corto y se adhería a mi cuerpo, yo era delgada por lo que la mayoría de la ropa me quedaba ajustada, pero ese vestido en particular me quedaba muy bien, y no siempre quedaba conforme con la ropa que compraba. Me dejé el cabello suelto y me maquillé un poco, aunque luego recordé que debía enviarles una foto a Grace y Nicole para mostrarles cómo me quedaba, y esta última me había dicho que debía maquillarme bien dado que casi nunca lo hacía ya que en pocas ocasiones salía, y además ahora estaba en New York, en donde todo era más sofisticado, así que le hice caso y una vez que terminé de producirme me tomé una fotografía y se las envié a las dos, de paso les

pregunté qué tal iba todo por la posada, no había podido desconectar mucho la cabeza de eso por mucho que lo había intentado, dado que la posada era mi vida, era parte de mi identidad desde hace tres años, y era la primera vez que me alejaba de ella. Ambas me respondieron que les había encantado mi atuendo y mi imagen en general, por lo que me sentí aliviada, Nicole dijo que la posada estaba llena, tal como estaba fijado de acuerdo a las reservas que se habían hecho, y que la mayoría eran parejas jóvenes, y Grace me había dicho que estaba atareada pero bien, porque yo había dejado hechas un par de cosas, y ella había contratado la ayuda de su prima, por lo que en cierta forma todo eso me dejaba tranquila, antes de despedirse me dijeron que me divirtiera mucho.

Una vez que estuve lista, salí de la habitación y me fui hacia el living a aguardar por Connor, pero él ya se encontraba allí, llevaba puesta una remera azul Polo y un jean, en cuanto me vio enarcó una ceja de forma divertida.

—Vaya, te ves muy linda —repuso y se quedó mirándome las piernas.

—Gracias —le dije, sintiéndome algo inhibida por dentro, hacía tiempo que no me vestía tan elegante, y que un muchacho me miraba de esa manera tan interesada—, ¿vamos? —le pregunté tomando mi cartera.

—Sí —dijo asintiendo.

Fuimos a cenar a un restaurante en la Avenida Madison que tenía paredes con empapelado floral bastante elegante, mesas con manteles y cubertería de plata, el lugar, así como la gente que estaba allí, era bastante sofisticado, intuía que debía ser caro cenar en un lugar como ese.

—¿Es muy cara la vida aquí? —le pregunté a Connor y después me di cuenta de que tal vez era una pregunta fuera de lugar dado que involucraba dinero, y era bien sabido que preguntarle sobre dinero a la gente mostraba una gran falta de decoro.

—Hummm, depende de la zona en la que vivas, y de tu estilo de vida también, la gente que vive por esta zona tiene grandes posiciones en empresas

o empleos que tienen aquí, además de que el consumo diario debe ser elevado, pero yo vivo en Brooklyn por lo que no es tan elevado, de hecho está bien para profesores y gente que tiene empleos administrativos —repuso.

—Disculpa si mi pregunta estuvo fuera de lugar, es solo que todo en esta ciudad parece lujoso y costoso —me excusé.

—Descuida, no me incomoda, entiendo que New York parece ser la cumbre de los lujos y comodidades para los de afuera, pero no es tan así, todo depende de la zona —volvió a decirme.

—Lo sé —le dije.

—Y si bien algunas zonas parecen sofisticadas, hay para todos los gustos, hippies, hipsters, latinos y todas las razas que se te ocurran, y aquí no importa si eres raro, cuanto más raro seas más a gusto te sentirás en esta ciudad dado que nadie te juzgará o se te reirá, de hecho es probable que ni te miren si andas por la calle, por lo que todos se sienten a gusto aquí porque sienten que encajan —me dijo y yo asentí, dado que esa tarde había cruzado a un par de personajes que por poco me quedé mirándolos embobada, pero debido al ajetreo y a la velocidad con la que andábamos me fue imposible hacerlo, por lo que por ello también todos debían de pasar desapercibidos allí.

—Pues es una ciudad muy atractiva y electrizante —comenté, dado que esa era la impresión que me transmitía.

—Conuerdo con ello —me dijo.

—¿Y los sábados tras cenar qué haces? —le pregunté después.

—Pues no mucho, pero depende de qué tipo de planes tenga, si es un evento social relacionado a la escuela en la que trabajo es probable que me quede hasta que termine, y si no tal vez regreso a casa y me acuesto —repuso.

—Ya veo —le dije, y luego pensé que cuando andaba con alguna muchacha regresaba a su casa con ella, pero no le dije nada, dado que no quería estropear ese momento.

—¿Extrañas la posada? —me preguntó.

—Un poco, es decir, en las primeras horas tras llegar no podía alejar mi

mente de eso, pero ahora estoy más relajada dado que mis amigas me dijeron que todo está en orden —le dije.

—Si bien yo adoro vivir en Brooklyn no tengo ese tipo de apego, aunque tampoco es que vivo en donde trabajo, como tú —me dijo.

—Sí, fue extraño alejarme por unos días de allí, pero de ahora en más tendré que hacerlo dado que de lo contrario estaré siempre encerrada allí —le dije y él asintió.

—Concuerdo con ello, por mucho tiempo estuviste encerrada en la posada, deberías salir más al mundo exterior —me dijo.

Esa mañana temprano, antes de despedirme de Grace y Nicole, ambas dijeron que deberíamos salir más de allí, que de hecho nos merecíamos unas vacaciones en algún lugar con playa, arena y palmeras las tres juntas, que después arreglaríamos cómo dejar la posada por unos días, y la verdad era que me atraía mucho la idea.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirió de forma cauta—. Es respecto a tu pasado —añadió después.

—Supongo que te refieres a mi pasado en mi vida de casada —le dije y él asintió—, pregunta nomás.

—Solo quería saber cómo fue tu matrimonio, es decir, si bien dijiste que todo terminó mal, supongo que no siempre fue así —me dijo.

—No, al principio todo era lindo, durante un año por lo menos no tuvimos problemas, o no los veíamos dado que estábamos enfrascados en nuestra burbuja de amor, vivíamos en un departamento minúsculo y teníamos lo justo, pero no nos importaba mucho, hablamos de ahorrar y mudarnos a un sitio más grande, pero ni bien cobrábamos nuestros sueldos parecía que el dinero se escurría de nuestras manos —le conté.

—¿Y hablaron de tener hijos? —me preguntó después.

—Sí, en un par de ocasiones, aunque no es que los quisiéramos de inmediato, supongo que tuve suerte de no quedar embarazada, porque de lo contrario un niño me habría unido a él y habría sido difícil irme de su lado, y

tampoco puedo imaginarme a mí misma criando a un niño sola, aunque supongo que porque no lo tengo —le dije.

—Lo entiendo —repuso—, ¿y el matrimonio fue desmoronándose de a poco? Es decir, ¿comenzaron a tener peleas y todo eso?

—Sí, es decir, cuando me casé con él no lo conocía mucho, eso creía, pero ¿qué tanto puedes conocer a una persona en seis meses? Y cuando vives con alguien de a poco comienzas a ver cómo es realmente, todo lo bueno y lo malo también, y a través de esas cosas cotidianas descubrí que le gustaba jugar por dinero de vez en cuando, que no era tan responsable en su trabajo y no le importaba faltar a veces, que andaba con otras mujeres, aunque eso fue casi dos años después de casarnos, y si bien todo eso me molestó creo que lo peor fue enterarme de que bebía con regularidad cuando él me había dicho que solo lo hacía de manera esporádica, supongo que me mintió porque cuando nos conocimos yo le dije que no me gustaban los bebedores ya que mi padre se convirtió en uno tras la muerte de mi madre y yo lo padecí, así que digamos que todo eso fue lo que deterioró el matrimonio, no estoy diciendo que yo haya sido la santa en la pareja, es solo que era la que me esforzaba por tratar de buscar una solución cuando él no lo hacía —le conté.

—Ya veo —dijo asintiendo—, entonces es el resultado de haberte casado a edad temprana.

—Y de manera precipitada con alguien a quien apenas conocía —le dije, durante mucho tiempo me había preguntado qué había hecho mal o por qué no habían funcionado las cosas, pero estaba claro que más allá de todos sus defectos, la falla de nuestro matrimonio se reducía al hecho de habernos casado jóvenes y sin conocernos bien, ni siquiera éramos de lo más compatibles desde cerca.

—Lo entiendo, y disculpa que lo haya traído a colación, es solo que quería saber más sobre esa parte de tu pasado —me dijo.

—Está bien —le dije, pensando que me gustaba que me preguntara al respecto dado que eso significaba que le interesaba mi vida.

Una vez que salimos del restaurante fuimos en el auto de Connor hasta el Parque Central, y una vez allí nos subimos a un carruaje con caballos para visitar la ciudad desde allí. Todo se veía grandioso desde ese carruaje, pero lo más impactante eran las luces titilantes y brillantes de los edificios y el tamaño abismales de los mismos.

Tras culminar con el paseo regresamos a Brooklyn, pensé que nos acostaríamos de inmediato, pero Connor me dijo que quería mostrarme algo, pensé que sería un álbum de fotografías familiar de él y Shane, pero cuando me pidió que me sentara en una banqueta, y él se sentó al piano, me di cuenta de que tocaría una pieza musical.

Me quedé sentada escuchando esa melodía que nunca antes había escuchado, por lo que no sabía si la había compuesto él o tal vez era conocida, solo que yo no estaba muy familiarizada con el mundo musical. Su postura era recta y relajada, y sus manos se deslizaban con avidez y de una manera bastante elegante por encima de las teclas, como si estuviera más que familiarizado con él, que era un placer verlo. Una vez que terminó de tocar, levantó la mirada hacia mí y me miró con expectación.

—Me encantó —le dije y él sonrió de forma animada—, de todas maneras debo decirte que no sé mucho de música, pero lo que interpretaste sonó muy bonito, y se nota que te gusta mucho tocar dado que ahora mismo tú y el piano parecen uno solo.

—Mi primera profesora de piano me dijo algo parecido —dijo él sonriendo.

—Pues es cierto, ¿a esa música la compusiste tú? —le pregunté.

—Sí, se llama *Cascada de abril* porque cuando la compuse estaba junto a una cascada, en abril —dijo y yo rompí a reír.

—¿De verdad la llamaste así por eso? —le pregunté.

—Sé que no es de lo más original, pero me sentí inspirado por esa cascada, o más bien por lo que me inspiró —me dijo.

—¿O sea que si ves algo y eso te inspira te sientas y te dejas llevar por tus dedos? ¿O las notas vienen a tu cabeza? —le pregunté intrigada, dado que

siempre me había preguntado cómo los músicos componían las canciones y de dónde salían las melodías, y si sería como los escritores que tras inspirarse por algo se sentaban y escribían, habíamos recibido a varios escritores en la posada que relataban en charlas cómo era el proceso de escritura, por ello me preguntaba si así también funcionaba con los músicos.

—Más bien si veo algo que me transmite o me inspira, directamente conecto mis dedos a las teclas y entonces comienzo a tocar, las notas salen solas porque a ese conocimiento ya lo tengo incorporado —me dijo.

—Pues tienes un don —le dije, dado que eso opinaba de todas las personas que trabajaban en algo relacionado a las artes—, ¿alguna vez has pensado en trabajar como compositor?

—Hummm, en realidad sí compongo, aunque solo para mí, pero no, soy feliz enseñando a otros —me dijo.

—Pues un día deberías tocar en la posada, es decir, dar un espectáculo para los huéspedes —le dije y después recordé que no teníamos piano allí, aun así, él asintió de manera animada.

—Otra excusa para regresar allá —dijo, guiñándome un ojo.

Bebimos unas copas de refresco en el balcón, desde allí la vista era magnífica, dos puentes se enfrentaban de forma paralela sobre las aguas del Hudson, y más allá se veían las siluetas de los edificios iluminados por luces intensas, el cielo se veía recortado por esos edificios, pero las estrellas brillaban de manera tan intermitente por encima que se veía como una postal, una postal diferente a la que brindaba Kent, pero igual de hermosa.

Una vez que entramos yo me quité los tacones dado que no estaba acostumbrada a andar con ellos, pasaba tantas horas en la cocina que necesitaba algo plano, por lo que me habían cansado.

—Bueno, supongo que me iré a dormir —le dije a Connor, nos habíamos quedado parados en el pasillo que conectaba las habitaciones.

—¿Estás muy cansada? —me preguntó.

—Hummm, tendría que estarlo más, pero sí —le dije.

—¿Quieres venir un momento a mi dormitorio? —me preguntó y por un momento pensé en decirle que no, dado que me parecía algo muy íntimo, ya que era lógico que no me estaba invitando para que nos quedáramos hablando hasta tarde, como si fuera una pijamada, pero tenía ganas de estar con él por lo que asentí.

Su dormitorio tenía solo una cama, un estante y un televisor, después había muchas cajas apiladas que creí que eran de Shane dado que había más apiladas por todas las habitaciones. Me senté al lado suyo y él me atrajo hacia él para besarme, mientras lo hacía sus manos comenzaron a deslizarse por mis piernas de manera lenta y suave, comencé a sentir una oleada de adrenalina desatarse en mi interior, una sensación excitante que hacía mucho que ningún muchacho me despertaba dado que hacía mucho que no tenía ese contacto con un hombre. Decidí dejarme llevar por aquel momento, y si bien hacía mucho que no compartía un momento tan íntimo con un muchacho, todo fue de modo espontáneo, el que me tocase y el que yo lo tocase a él, el que nos desnudáramos, el que nos besáramos en todas partes y el que intimáramos en la parte sexual, hacía más de cuatro años que no estaba de ese modo con nadie, por lo que no solo me dejé llevar por ese momento, sino que también lo disfruté como nunca antes lo había hecho.

Connor

Domingo 9 de julio

Los únicos sonidos que se escuchaban eran los que provenían desde el exterior, pero se escuchaban lejanos y algo apagados, allí adentro el único sonido audible era el de la respiración de Quinn, que dormía plácidamente en mis brazos, con su cuerpo completamente desnudo pegado al mío. Me quedé mirándola un momento mientras dormía, a pesar de que la habitación estaba casi a oscuras, solo una luz tenue que se infiltraba a través de la ventana alumbraba un poco.

Sé que no hemos hablado mucho de relaciones sexuales en el pasado, más allá de la primera vez que lo hicimos dado que era una revelación para ambos, pero no éramos de esos que se contaban cada vez que lo hacían, aunque eso es cosa más de chicas que de chicos, pero el hecho es que nunca hemos hablado de ello, excepto que tú sabías que mis relaciones se basaban en eso, en algo físico y pasional dado que no sentía mucho por las mujeres con las que estaba, por lo que sabías que yo tenía sexo, pero que nunca había hecho el amor, eso lo sabías por seguro, pero ahora las cosas han cambiado, porque si bien sentí mucha pasión y ganas de hacerlo con Quinn también me despertó un montón de sentimientos el hacerlo con ella, porque sentí que la deseaba como nunca había deseado a nadie y que no solo se basaba en algo físico, sino también en algo que iba más allá de eso, como si una energía magnética me atrajera a ella

y no quisiera despegarme más, me pregunto si así es cómo te sentías por Victoria, cuando me decías que un día lo entendería siempre te referías a tu relación con ella, por lo que ahora siento que te entiendo en ese sentido, y más que nunca quisiera que estuvieras aquí para poder contarte al respecto, me imagino la cara que pondrías al saberlo, sería una mezcla de alegría y desafío, como diciendo “ya ves como algún día iba a ocurrir”, pues ahora me ocurrió y a pesar de que lo disfruto, dado que es un sentimiento nuevo y hermoso, lamento que no estés aquí para poder contártelo, porque no tengo dudas de que te alegrarías por mí y por Quinn dado que parece ser la muchacha indicada para mí.

Quinn

Domingo 9 de julio

A la mañana siguiente desperté después de las diez, y me resultó extraño despertarme en un dormitorio que no era mío, me pregunté qué estarían haciendo Grace y Nicole en esos momentos y cómo estaría la posada, de repente me embargó una sensación de nostalgia dado que añoraba mi hogar y a mi trabajo, era increíble pero solo había tenido tres casas en mi existencia, pero cuando me había marchado de la casa de mis padres hacia Lancaster no la había extrañado, y cuando me había marchado de la casa que compartía con Lewis en Lancaster tampoco lo había hecho, en ambas ocasiones había sentido una especie de desazón, pero nunca añoranza, o tal vez solo por la casa de mis padres, pero más que nada por los recuerdos que conservaba de allí, no por el lugar en sí, y ahora, por primera vez, añoraba un lugar, porque lo sentía enteramente mi hogar a pesar de tener que compartirlo con una docena de personas y dos amigas.

Me volví hacia un lado y vi que Connor estaba durmiendo plácidamente, con sus brazos alrededor mío, y su cabeza apoyada en mi hombro, le acaricié la mano y al instante despertó.

—Buenos días —le dije, él sonrió y luego se acercó a mis labios para darme un beso en ellos.

—¿Qué tal dormiste? —me preguntó voz soñolienta.

—De manera profunda —le dije, dado que a pesar de que estaba en una ciudad, y yo estaba acostumbrada a la tranquilidad del campo, sentía que había dormido en una cama hecha de plumas dado que todo mi cuerpo se sentía muy relajado y liviano—, ¿y tú?

—También, soñé contigo —me dijo y yo lo miré sorprendida.

—¿De verdad? —le pregunté con incredulidad, dado que pensé que tal vez me estaba mintiendo porque había dormido conmigo la noche anterior.

—Sí, estábamos en Kent, cerca de tu posada, remando en el río Housatonic —me dijo y yo sonreí al oír eso.

—Pues parece un buen sueño —le dije—, ¿verdad?

—Muy bueno —repuso, volviendo a besarme.

Desayunamos allí, yo preparé unos *waffles* de frambuesa, un batido de frutas y huevos Benedicts.

—Pues esto es como desayunar en la posada Lockwood —comentó Connor de forma burlona.

—Y si quieres puedo prepararte un almuerzo como los que preparo allí también —le dije.

—¿Preferirías que nos quedáramos a almorzar aquí hoy en vez de salir a almorzar a un restaurante? —me preguntó.

—Desde luego, puedo cocinar tu plato preferido —le dije.

—Oh, genial, porque no tenía muchas ganas de salir ahora, es solo que no quería decirte que nos quedáramos a almorzar porque pensarías que quiero abusar de ti y hacerte cocinar, y ahora estás en descanso de la cocina —me dijo.

—Dios, no, si bien cocinar es mi trabajo también es mi placer y mi terapia, me encanta hacerlo, de hecho ayer me sentí extraña al no cocinar nada dado que lo hago cada día de mi vida —le dije.

—Bueno, pero que conste que tú querías hacerlo —bromeó y luego me dio un beso en los labios.

Preparé una tarta de pollo para el almuerzo, dado que a Connor le gustaba mucho, y le conté que Shane había comido eso cuando fue el sábado a la posada y a él le agradó que así fuera.

Tras almorzar, nos cambiamos y salimos a pasear por la zona colindante al río Hudson, pero noté que Connor apenas miraba hacia allí, después de un rato caí en la cuenta de que Shane se había arrojado a esas aguas, por lo que debía de ser difícil mirar hacia allí cada día porque le recordaría a eso, aunque siempre debía hacerlo dado que su departamento tenía vista directa hacia allí.

Como el auto de Connor estaba estacionado sobre la acera, nos subimos a él y fuimos hacia el cementerio a visitarlo a Shane, allí solo había una lápida, dado que Shane no se encontraba enterrado allí, o en ninguna parte, sus cenizas estaban esparcidas en el río Housatonic de Kent, como él lo había anhelado.

Tras dejar el cementerio, fuimos al Jardín Botánico de Brooklyn, era un complejo con jardines japoneses, jardines versallescios y un parque rodeado de árboles. Caminamos a través de los puentes que conectaban los jardines, las aguas parecían césped de lo verde y musgosas que eran, las flores eran tan rozagantes y perfectas que parecían ser artificiales y no naturales, había algunas esculturas y fuentes que adornaban los jardines, haciéndolos parecer de ensueño. Me quedé atrapada en esa imagen que a veces me quedaba parada a mitad del puente admirándolas.

Al final nos quedamos en el parque con Connor, sentados junto a un cerezo cuyas ramas cayeron de él, esparciéndose por todo el césped, formando una alfombra fucsia con ellas que la hacía ver espectacular.

—¿A qué hora debes regresar a Kent? —me preguntó Connor, me tenía abrazada junto al árbol, por lo que todas las personas que pasaban por allí debían de haber pensado que éramos una pareja.

—A las cinco —le dije, viendo que faltaban dos horas.

—¿Hay alguna posibilidad de que regreses otro fin de semana a visitarme? —me preguntó y entonces me di cuenta de que eso era todo lo que él siempre

iba a querer tener conmigo, algo pasajero, sentí como si me hubieran dado una patada en el estómago—. ¿Qué ocurre? ¿Dije algo indebido? —me preguntó después, por lo que pensé que mi malestar se había reflejado en mi rostro.

—Es solo que no sé si pueda seguir viéndote —le dije con sinceridad, pensé que estaría bien con eso de estar en una relación en la que no había compromisos, pero me había equivocado, pero no solo porque él me gustara físicamente, sino porque también tenía sentimientos por él y si él no se sentía igual por mí no tenía sentido que siguiera viéndolo dado que a la larga sería peor.

—¿De qué estás hablando? —me preguntó confundido, no supe si pensaba que estaba bromeando o si no estaba acostumbrado a que lo plantaran, pero no parecía ser esa clase de muchacho, por lo que era probable que fuera la primera opción.

—Es solo que no creo poder estar en el tipo de relación a la que tú estás acostumbrado a tener —le dije, sintiendo que el estómago comenzaba a dolerme por tener que decirle eso, pero ¿qué otra opción tenía? Él se quedó mirándome un momento, con expresión meditabunda, no sabía si estaba tratando de asimilar lo que le había dicho o pensando en qué me diría.

—Lo entiendo —dijo, como aceptándolo, lo que lo hizo aún peor dado que debía resignarme a que todo se terminaría ahora, había venido tan ilusionada el día anterior porque él parecía tan animado como yo con nuestro encuentro, que al parecer por un momento había albergado la esperanza de que esto tornara las cosas un poco más serias entre nosotros, pero me había mentado a mí misma, esto era todo—, pero para tu información, yo ya no soy ese tipo de muchacho.

—¿A qué te refieres? —le pregunté confundida, él me tomó de la mano y me la frotó de manera suave y dulce, produciéndome una sensación cálida y electrizante por todo el cuerpo.

—A que desde que te conocí lo único que quiero es saber más sobre ti, y estar más tiempo contigo —me dijo y yo me quedé mirándolo, tratando de

comprender lo que había dicho.

—¿Puedes ser más específico? —le pedí, dado que no quería mal interpretar la situación.

—Lo que intento decir es que nunca he pensado tanto en una muchacha como he pensado en ti, y nunca he sentido por nadie lo que siento por ti —me dijo y no podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Quieres decir que...?

—Sí, eso mismo, Quinn, quiero que estemos juntos de manera seria —me dijo y entonces tuve deseos de lanzarme a sus brazos, por lo que lo hice y él me estrechó fuertemente.

—¿Estás seguro? —le pregunté y él rio.

—Sí, Quinn, desde que te conocí solo quiero estar contigo y por un largo tiempo —me dijo, y después me dio un beso en los labios.

—Yo también, solo quiero estar contigo y cocinarte cada día si es posible —le dije y él rio con ganas.

—Es una lástima que no vivamos en el mismo lugar, porque entonces podrías cocinarme cada día —me dijo y yo me sentí feliz de que alguien apreciara tanto mi comida como para bromear al respecto.

—Bueno, de momento tendremos que conformarnos con que te cocine los fines de semanas —le dije, dado que era seguro que dividiríamos nuestros fines de semanas entre Brooklyn y Kent de ahora en más para vernos.

—Me conformo con eso —dijo y después me besó, de repente me sentí pletórica dado que si bien había ido albergando esperanzas de que diéramos un paso adelante, no sabía que daríamos más que uno y que él se sintiera de esa forma por mí, de repente me sentía exultante dado que ahora mi vida estaba completa, por lo que sentía como si un círculo que llevaba tiempo abierto en mi interior se hubiera cerrado dado que todo lo que había adentro era más que bueno.

Epílogo

Connor

Sábado 2 de septiembre

Parece increíble que hace tres meses que te fuiste, a veces siento que fue ayer cuando te vi por última vez, la mente me sigue jugando malas pasadas dado que a veces olvido que moriste y quiero llamarte, pero tras oprimir tu número lo recuerdo, y entonces siento que la habitación se tambalea o que mis pies lo hacen, esa sensación vertiginosa que da la sensación de que estás cayendo por un elevador o desde un edificio alto. A veces quiero llorar y lo hago, cuando me embarga una mezcla de sensaciones al mismo tiempo, tristeza, desolación y melancolía, porque sé que no te veré o volveré a hablar contigo.

El mundo sigue girando en esta parte del mundo, pero a pesar de que no estás aquí sé que en cierto modo sigues estando, en papá, por ejemplo, quien llamó la semana pasada para contarme que encontró una caja con cosas tuyas en el sótano y rompió a llorar, me dio pena cuando me lo contó porque se lo notaba muy acongojado a través del teléfono, por lo que le prometí ir a verlo pronto y eso pareció animarlo, sé que a ti también te gustaría que lo hiciera. En las escuelas en las que trabajabas también te extrañan, lo sé porque tus colegas y alumnos me invitaron a una ceremonia en el comienzo de año el lunes pasado, en la cual dieron un discurso muy emotivo en tu nombre, tus alumnos dijeron lo felices que fueron de que hubieras sido su entrenador, y lo devastados que estaban porque ahora ya no lo serías. Pusieron una placa en el recibidor en tu

honor, también plantaron un árbol en el patio a tu nombre, y cambiarán el nombre del gimnasio por el tuyo, porque así de querido eras, porque ese es el legado que dejaste, tan fuerte y emotivo que inspiras a otros a ser como tú, entre ellos yo, ya que espero ser más como tú que como yo, de ese modo seguirás vivo en cierta forma, y una de las cosas que me inspiraste, o más bien contagiaste, es tu devoción por Kent dado que cada vez voy más seguido para allí, aunque claro que debo mencionar el hecho de que voy a ver a alguien que es muy importante para mí, pero a pesar de que amo a Quinn y cada semana no puedo esperar a verla también me gusta estar en Kent, me gusta descansar en esas tierras tranquilas, admirar el paisaje colorido, cabalgar en Shadow, navegar en el río, en fin, me he vuelto adepto a esa zona, tanto que estoy considerando comenzar a enseñar en tu ex colegio, dado que me apunté a un puesto y me lo ofrecieron ya que se quedaron sin profesor de música, así que es probable que me mude para allí porque ya no queda mucho que me ate a Brooklyn, en cambio hay mucho que amo en Kent, así que creo que es una decisión tomada.

Al final debo darte la razón en lo que pusiste en la lista respecto a Kent, dado que cuando fui a esparcir tus cenizas descansé, comí la comida más deliciosa que existe, exploré esos paisajes hermosos, me encantó remar, la sensación de montarme a un caballo para cabalgar realmente es increíble, y la gente realmente es amigable por esos lados, y como si fuera poco conocí a una mujer de la que me enamoré, casi parecería que sabías que ese lugar estaba destinado para mí, probablemente porque una vez fue tu destino. Me tomó un par de días darme cuenta de que en realidad tú escogiste a Quinn para mí, cuando la viste algo de ella te recordó a mí, me percaté de ello cuando recordé algo que ella dijo que tú le habías dicho cuando la conociste, que le recordabas a mí en cuanto a las relaciones sentimentales, a mí me dijiste algo parecido en los días siguientes, que habías conocido por ahí a una muchacha que te recordó a mí en ese aspecto, que a lo mejor un día la conocería y entonces nos juntaríamos, en ese momento lo tomé como una de las tantas

bromas tuyas y no le di importancia, pero cuando lo recordé todo cobró sentido, tú me enviaste a Kent, entre otras cosas, porque sabías que la conocería a ella y que cuando lo hiciera ya no podría escapar de su lado, porque no querría hacerlo, como hermano mayor siempre supiste lo que era mejor para mí e incluso ahora lo sigues sabiendo, y algún día, cuando mis hijos me pregunten cómo conocí a su madre (como en la serie que tanto nos gustaba) les diré que tú me condujiste a ella y así fue cómo la conocí.

FIN

Agradecimientos

Quiero agradecerle a todo el equipo de Penguin Random House, a Selección BdB y a todos los que trabajan detrás de cada libro. A mi amiga Paulina Burgos, por leer cada novela que escribo, y a todos los autores que a través de sus historias me inspiraron a escribir.

Si te ha gustado

Así es como la conocí

te recomendamos comenzar a leer

Destino Elisa

de *Ava Cleyton*



En el purgatorio

Ante sus ojos entumecidos a causa de las legañas pegadas como gusanos babosos que se adhieren al fruto podrido, la imagen de un cielo brumoso y extraño la había paralizado: sus colores eran simplemente indescriptibles, inusual mezcla de grises y rojos, junto a tonos anaranjados y ocre. Estaba asustada. ¿Dónde demonios se encontraba? ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Estaba viva o muerta?

Su primer impulso fue levantarse de donde se mantenía tumbada, una extraña caja de madera, forrada de una tela blanca y gélida, pero se sentía aprisionada dentro de aquella especie de taquilla en la que creía haberse quedado dormida. Sin embargo, un peso brutal, como el que debía sentir una hormiga ante la amenaza aplastante de la suela de un calzado humano, le había anestesiado por completo la musculatura y la agazapaba en su interior como si en realidad se tratara de un potente imán que atrae a su paso a cualquier clase de metal, ya sea plomo, acero, cobre o hierro. Aquella caja de madera forrada en su cara interna por una tela blanca almidonada y excesivamente suave le daba mala espina. Tal vez se tratara de una broma macabra. Lo cierto era que recordaba que una vez, hacía muchos años, cuando comenzó a estudiar en la universidad, una de las novatadas consistía en meter en un ataúd a una de las nuevas. En la sala de autopsias solía haber varias cajas de madera y era la forma más económica de transportar los restos humanos de cadáveres que se donaban a la ciencia con el fin de que unos estudiantes inexpertos y muertos de miedo ensayaran sobre sus cuerpos despojados de alma y de dignidad algunas de sus primeras y temblorosas disecciones.

Pero Mon no recordaba nada de eso cuando despertó en aquel sórdido lugar, una especie de cueva en cuyo centro alguien, como por arte de magia, había depositado su ataúd con ella dentro. Y de repente lo entendió todo: no se

trataba de una cama improvisada; quién en su sano juicio hubiera querido descansar en lugar tan sumamente siniestro como ese a no ser que... ¡mierda! Exclamó totalmente horrorizada, a no ser que... ¡mierda, joder, se tratara del puto descanso eterno! Descanso eterno, descanso eterno, descanso eterno, repitió varias veces con las manos juntas a modo de oración, y mirando al cielo raro que parecía querer caerse encima de su rostro compungido y diminuto. Y aquellas palabras retumbaban en su interior como un eco lejano, el eco del vacío, el mismo eco que le recordaba que no hacía mucho tiempo, no sabría decir con total exactitud los minutos, horas o semanas, pero al fin y al cabo tiempo, aquellas mismas palabras acompañadas de un sin fin de chorradas acerca de la vida eterna, del perdón de los pecados y de la hostia bendita habían sido repetidas y pronunciadas solemnemente en su presencia. Pero en ese momento no recordaba cual fue el último entierro al que asistió ni cuál fue la suerte que corrió entonces el fiambre, puesto que el nivel de preocupación que le suscitaba el verse a aquella profundidad enterrada en medio de la nada donde no se oía ruido alguno y donde ella podía apenas moverse de aquella caja incómoda que la encarcelaba sin un atisbo de piedad superaba cualquier otra cuestión que no estuviera estrechamente relacionada con aquella irreal circunstancia.

De repente, se sobresaltó. Al fin había logrado sentarse y comenzó a mirarse. Llevaba puesto un distinguido vestido negro, medias negras y zapatos de tacón. Estaba realmente elegante, pero seguía sin recordar para qué ocasión tan sumamente especial se había arreglado de manera tan poco habitual en ella, acostumbrada a vestir con vaqueros y zapatillas deportivas. Estaba muy guapa y por una extraña razón recordó a su madre y pensó en lo orgullosa que debía de sentirse si la viera así, vestida como una mujer seria y refinada. Y entonces lo comprendió todo y comenzó a llorar. Estaba sola, totalmente sola en aquel lugar indefinido lóbrego y oscuro, rodeada de piedras mastodónticas. Y su llanto sonó hueco y desamparado en un horrible lugar adonde había ido a parar y en donde no existía absolutamente nada. Pero ¿dónde demonios se

encontraba? ¿Acaso existía forma humana de llegar hasta allí, de colocar el ataúd en el centro mismo de aquella maldita cueva, gruta inexplorada y desierta, donde la soledad y la angustia eran sus únicas compañeras? El miedo se apoderó de ella y la hizo temblar. No sentía ni frío ni calor pero, sin embargo, nunca antes recordó haber sentido la tristeza y el vacío en toda su dimensión. Por fin lo había entendido: ¡estaba muerta, sí, hambreada, la había palmado, estaba criando malvas, estaba cadáver, tesa, había pasado a mejor vida, pero ¿cuándo? ¿En qué momento exacto había dejado de pertenecer al mundo real de los vivos y se había convertido en eso? En un ser irreal, un espectro demacrado, un corazón solitario de dudosa consistencia material que, a pesar de no poseer ya un cuerpo estándar, disponía todavía de un alma y de algo parecido a un recipiente que le hacía sufrir y temblar de pánico y terror como no lo había llegado a hacer en vida. Porque a pesar de todo, ¡Dios, aún sentía, aún sufría, aún vivía! Porque, en realidad, de no ser por el susto que tenía encima, se hubiera sentido divina de la muerte: nada le dolía y su aspecto, a decir por su vestimenta, debía de ser espectacular... pero el espanto y el horror eran inconmensurables: se hallaba sola, en un lugar totalmente desconocido y en donde a primera vista no había nada ni nadie que pudiera rescatarla. ¿Y si pasara allí el resto de sus días? ¿Y si ese era su castigo?, pero ¿por qué? ¡Por qué! Preferiría no sentir, no haber abierto los ojos, no haberse despertado nunca. Se sentía estafada, aquello no era el descanso eterno que le habían enseñado en el catecismo, el Paraíso, la tierra prometida, aquello era una mierda, y, si eso era realmente, la muerte era una jodida mierda.

—¡Socorro! —gritó poseída por un ataque de angustia y pánico—. ¿Hay alguien ahí? ¡Socorro, por favor, sacadme de aquí, estoy aquí abajo, en la cueva, sentada sobre mi propio féretro! ¡Sobre mi propio féretro, pero qué estoy diciendo! ¡No puede ser, la muerte no es así, no, sé que es el destino del ser humano, el fin inexorable, pero esto que me ocurre no es el fin! Tal vez, es una posibilidad, pero —hablaba a gritos y su voz retumbaba en los macizos

pedregosos creando un efecto verdaderamente prosaico, como si estuviera actuando encima de un escenario, solo que el público, su público de momento era inexistente— tal vez me encuentro en una de las etapas de la muerte. ¡Sí, así es, Dios mío, estoy salvada, aún no he muerto, pero estoy en proceso! Lo recuerdo, *Manual de Medicina legal*, tema 15: «Tanatología», a ver, Mon, por lo que más quieras, haz memoria: la muerte tenía cuatro fases, la primera era la aparente, es decir, donde quedaban abolidas la gran parte de las funciones vitales. Evidentemente he pasado esa fase y, sin embargo, me encuentro en una especie de suspensión, por alguna extraña razón la agonía se prolonga, estoy nerviosa, si puedo hablar significa que todavía respiro, mis... —Colocó ambas manos sobre su boca y espiró. ¡No puede ser!, volvió a intentarlo, pero sucedió nuevamente lo mismo: nada, de su boca no salía ni el más mínimo ápice de aliento contenido, la más pequeña fracción de suspiro, nada, las manos, heladas, no recibieron calor de sus entrañas, lo que no podía significar más que una cosa: ¡la función respiratoria había pasado a mejor vida!—. ¡No, no, joder, que estoy aquí, reanimadme, por favor..., no os puedo ver, pero sé que estáis ahí, luchando por mi vida, intentando por todos los medios que mis pulmones vuelvan a funcionar y mi corazón, mi corazón! —Se colocó la mano sobre el centro del pecho y buscó el músculo latente, apretó fuertemente sin éxito. La caja torácica era un almacén de juguetes vacío después de unas fiestas navideñas, una calle congelada en pleno invierno, una biblioteca pública en verano: ¡no había nada, no sentía los latidos, no sentía nada! La muerte se abría paso como lo hiciera la vida hacía veintisiete años, por lo que más valía acostumbrarse a ello—. Estoy en plena extinción biológica de mi actividad fisiológica, no es posible recuperar mi vida, no es posible volver... Una vez asumida la desgracia, Mon salió del ataúd. Estaba totalmente aturdida a pesar de todo; en realidad, nada de lo que estaba experimentando tenía sentido alguno ni guardaba relación con lo que ella tanto como persona como científica conocía acerca del proceso de la muerte, en términos puramente fisiológicos. En ese momento sentía curiosidad por saber más acerca de ello. Tenía las manos heladas por lo que dedujo con facilidad que su temperatura habría descendido bastante desde el momento exacto del fallecimiento. ¿Qué

mejor manera de comprobarlo que verificar en sus propias carnes, en sus propios restos, mejor dicho, in situ, que los signos del fallecimiento eran reales?

—Veamos: fenómenos cadavéricos, se supone que sobre mi organismo he debido de sufrir una serie de cambios evidentes, ¿no? Pues vamos a ello.

Se quitó los zapatos y los colocó con cuidado en el suelo. Acto seguido, sin detenerse a observar la posible tonalidad descolorida de sus pies bajo las medias de cristal negras, se dispuso a quitarse el vestido. Tenía miedo de lo que encontraría debajo de este. Si las cosas habían sucedido como pensaba, su cuerpo habría sido abierto en canal y habría sido estudiado por un médico forense en una autopsia clínica que probablemente habría sido ordenada por alguno de sus compañeros. Comenzó a levantarse la prenda que le cubría el torso y cerró los ojos. «¡Joder! —exclamó temblando—. ¡Nuca imaginé que esto pudiera darme tanto asco!». Siguió subiéndose la prenda hasta la cintura y entonces abrió los ojos, miró hacia abajo focalizando su punto de atención en su pubis e inmediatamente soltó una estruendosa carcajada. «¡Ay, qué gracioso, seguro que la idea de depilarme de arriba a abajo fue de mi madre!». No llevaba ropa interior y pudo observar que sus partes más púdicas estaban intactas: «Al menos no fui violada, gracias a Dios...». Una vez recompuesta de aquel hallazgo singular se desprendió en su totalidad del vestido sacándoselo por encima de la cabeza. Cuando lo tuvo en sus manos la primera intuición fue olerlo. ¿A qué olería su muerte? Cuando trabajaba en la policía tuvo la oportunidad de inspeccionar muchos cuerpos. Algunos de ellos aparecían destrozados, asesinados salvajemente. La intensidad del olor a agrio, podrido, como a carne de pollo caducada desde hace un año, era vomitiva. A nada, no recordaba que, aunque pudiera pensar y hablar el sentido del olor lo había perdido inmediatamente. ¡Mejor, eso que me ahorro! Decidió doblar con cuidado el vestido y lo depositó encima de los zapatos. Ya estaba prácticamente desnuda cuando volteó la cabeza hacia su tronco. «¡Mierda! Exclamó chillando de horror, joder, vaya carnicería, ¡pero ¿quién habrá sido el animal que me ha hecho esto?!; ¿Quién?».

El cuerpo de Mon estaba destrozado. Dos grandes heridas realizadas desde los hombros a ambos lados de la cintura cruzaban de arriba abajo en diagonal haciendo una especie de dibujo geométrico. En el centro de lo que en vida fue el hueco del estómago y del hígado, tan solo se hallaban los metros de intestino delgado mal colocados, desordenados, enmarañados como hebras de un ovillo de lana salvajemente atacado por un felino. ¿Quién le habría destrozado el aparato digestivo así?! De repente cerró los ojos, al tocarse la zona afectada sintió un dolor agudo, una quemazón que provocó que se derrumbase sobre sí misma. Se quedó sentada en el suelo, retorcida sobre lo que quedaba de sus entrañas, y pensó en cómo había sucedido. Un extraño animal, como un perro enorme con grandes zarpas y tremendos dientes la había atacado aquella noche en la que, junto con Daniel, su último amor, habían ido a investigar a Enriqueta Martí. ¡Sí, era un ser sobrenatural, de eso no tenía duda, por lo que se quedó paralizada y no reaccionó, ni ella ni su acompañante! No le dio opción, tan siquiera tuvo tiempo de defenderse cuando aquel monstruo se le abalanzó a la salida de aquel lúgubre portal donde hacía casi un siglo había residido la mismísima Enriqueta Martí, la vampira de la calle Ponent, la macabra asesina de niños cuyo diario le había llevado a investigar los crímenes que esta cometió a principios de siglo. Entonces recordó que aquella fiera se le abalanzó y la tiró al suelo, donde le atacó hasta matarla. Unos instantes antes de desvanecerse por completo vio a Dani, su chico, tumbado sobre el capó de un viejo Cadillac negro, morreándose con aquella mujer, que había salido de la nada y sedujo a su hombre mientras ella era ferozmente atacada. No había podido ver su rostro, pero ya no importaba. Estaba segura de que había sido ella, ella había regresado del mundo infernal donde debió de ir una vez que fue asesinada por sus compañeras de celda, y había terminado con su vida, con la única intención de impedir que siguiera indagando sobre su pasado. Por esa mujer, Enriqueta Martí, había muerto.

Mon se secó las lágrimas, no sin antes comprobar su acidez. «Qué curioso, es cierto que el PH de los fluidos sufren reacciones químicas». Volvió a mirar

hacia la fosa iliaca, término médico que definía la región inguinal derecha o el apéndice, y comprobó que una mancha verdosa cubría gran parte de la piel, putrefacta e inerte. Sin lugar a duda, Mon había dejado de existir, al menos corporalmente, pero un terrible sentimiento de culpabilidad la invadía por completo: había muerto por desobedecer la orden estricta de su superior, Bruno Bernal, de mantenerse al margen de la investigación del diario, y en ese momento comprendía que aquel maldito texto entrañaba mucho peligro a los que aún se mantenían vivos, entre ellos Martina. Sin embargo, ya poco podía hacer más que lamentarse eternamente por aquel error cometido. Solo le quedaba el consuelo de pensar que su fallecimiento podría servir en un futuro para que a Martina le hicieran caso y no la tomaran por loca. En ese momento comprendía que el comportamiento de su amiga y compañera tenía un sentido, un único sentido: alguien intentaría por todos los medios apartarle de Elisa Pérez de Castro con el perverso fin de que ella continuara por la senda del Mal iniciada por sus ancestros.

Resignada por el mortal descubrimiento se levantó del suelo. Le dolía todo en ese momento en que su esqueleto parecía más rígido que el de Pinocho. Volvió a meterse en su tumba y cerró los ojos. No estaba segura de si donde se hallaba era el Cielo, el Infierno o el limbo donde las almas en pena esperan a que alguien las rescate y las lleve a otra parte. Lo único que quería era desaparecer de allí, desintegrarse, volatilizarse como el humo de una chimenea, para dejar de sentir la enorme tristeza de encontrarse completamente sola en medio de la oscuridad. «¡Rezad por mí! —musitó con lágrimas en los ojos—, ¡rezad por mí, malditos cabrones!», chilló aun a sabiendas que nadie ya le escuchaba.

Una nota dejada por su hermano muerto lo guía hacia la mujer de su vida.



Connor viaja hacia Connecticut a cumplir con las voluntades de su hermano muerto. Allí conoce a Quinn, quien está tratando de dejar atrás su pasado.

Ninguno de los dos está en condiciones de empezar una relación, pero no pueden negar la atracción que sienten por el otro.

Luciana V. Suárez. Nací y me crié en el norte de Argentina, estudié comunicación. En la actualidad tengo treinta y cuatro años y escribo desde los quince.

Cada día escribo entre ocho y diez horas, y cuando no estoy escribiendo estoy leyendo.

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, Luciana V. Suárez

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-19-7

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Así es como la conocí

Lista de deseos finales de Shane Holloway

Connor

Quinn

Epílogo

Connor

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro
Sobre Luciana V. Suárez
Créditos